

MÁXIMO ZERTUCHA MÉDICO DE ANTONIO MACEO



**Premio
Biografía**



Ricardo Hodelín Tablada

"Es ahora un médico joven, el doctor santiaguero Ricardo Hodelín Tablada, quien viene al rescate de Máximo Zertucha, aquel cubano puro de corazón, que tras el traumático impacto de la muerte de su jefe, se derrumbó y regresó a casa. A partir de entonces su vida fue tormentosa, al punto que, después de reintegrarse a su labor de galeno en el poblado habanero de Melena del Sur y dedicarse durante meses a restablecer y atender su familia, en abril de 1898 el vilipendiado Zertucha regresó a la manigua y se reincorporó a las filas del Ejército Libertador. Sin embargo, el estigma lo acompañaría de por vida [...]"

Es esta una investigación profunda, polémica y desgarradora. Toca las fibras del sentimiento humano, con sus emociones, virtudes y miserias. Hodelín lo hace con respeto, como solo lo puede hacer quien se sumerja en la historia con el corazón henchido de pasión y la mente pletórica de Patria. Obras como estas nos enriquecen como cubanos".



Ricardo Hodelín Tablada (Santiago de Cuba, 1984). Doctor en Ciencias Médicas; Máster en Bioética; Profesor Titular; Investigador Titular; Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Se desempeña como neurocirujano en el hospital provincial clínico-quirúrgico Saturnino Lora. Es miembro de la Unesao, la Unhio y la Sociedad Cultural José Martí (SCJM). Ha publicado cuatro libros y más de doscientos artículos en revistas de más de quince países, y recibido

múltiples galardones, entre otros: Premio de la Academia de Ciencias de Cuba, Premio Anual de la Salud, Premio del Rector, Orden Julio Antonio Mella y Medalla Abel Santamaría. Su libro *Enfermedades de José Martí* (Editorial Oriente, 2007 y 2018 en segunda edición) obtuvo el Premio Martiano de la Crítica Medardo Vitier. La SCJM le ha otorgado los reconocimientos Honrar honra y La utilidad de la virtud.



Casa
Editorial
Verde
Olivo

ISBN: 978-959-224-461-0



Máximo Zertucha

médico de Antonio Maceo

MÁXIMO ZERTUCHA MÉDICO DE ANTONIO MACEO



Premio
Biografía



Ricardo Hodelín Tablada



Casa Editorial Verde Olivo, 2020

Cuidado de la edición: *Tte. cor. Ana Dayamín Montero Díaz*

Edición: *Felipa Suárez Ramos*

Diseño de cubierta: *Jorge Víctor Izquierdo Alarcón*

Diseño interior y realización: *Martha R. Iglesias Sierra*

Corrección: *Sandra Melian Viñals*

Imágenes: *Archivo del autor*

© Ricardo Hodelín Tablada, 2020

© Sobre la presente edición:

Casa Editorial Verde Olivo, 2020

Premio biografía, Concurso 26 de Julio de las FAR, 2016

Jurado

Dr. C. Nancy Corzo, presidenta

Dr. C. Servando Valdés

Dr. C. Julio César Rosabal

ISBN: 978-959-224-461-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo

Avenida Independencia y San Pedro

Apartado 6916. CP 10600

Plaza de la Revolución, La Habana

volivo@unicom.co.cu

www.verdeolivo.cu

*A mi padre,
quien tanto admiraba
a los médicos mambises.*

En el año 2005, durante el IX Taller Dimensión Histórica de la personalidad de Antonio Maceo Grajales, compartí con la comunidad de historiadores los primeros resultados de esta investigación. Desde entonces los he presentado sistemáticamente en varios cónclaves científicos de las Ciencias Médicas y de las Ciencias Históricas, el último, el XXII Congreso Nacional de Historia, en abril de 2016. En todos esos escenarios he recibido el beneficio del intercambio académico. Asimismo, fue muy importante el debate en el espacio *Memorias de la guerra* que, desde el Centro Dulce María Loynaz, conduce el Dr. C. Yoel Cordoví Núñez.

Lucía Nery Ríos Marrero, sin saberlo, me dio el impulso para convertir en libro mis apuntes iniciales. Deisy Cué Fernández, una vez más, me abrió las puertas de su corazón y de su archivo, revisó atenta el manuscrito y realizó magníficas correcciones. Joel Mourlot Mercaderes, con sus profundos conocimientos maceístas y su sapiencia, con elementos medulares contribuyó a enriquecer el libro. Gregorio Delgado García, desde el compromiso familiar, criticó y convenció con meritorias sugerencias; además, tuvo la gentileza de escribir el prólogo. René González Barrios, presidente del Instituto de Historia de Cuba, puso en mis manos una selección inédita de valiosos documentos.

Isidro Zertucha Viñas y Lydia Zertucha Ramos, descendientes del doctor Zertucha, ofrecieron una decisiva ayuda. Imprescindibles fueron las lecturas de las múltiples versiones compartidas con mi hija Damarita. De

inestimable valor fueron los comentarios, libros y documentos aportados por Damaris Torres Elers, Julieta Aguilera Hernández, Lídice Duany Destrades, Olga Portuondo Zúñiga, Claudio Puente Fonseca, Francisco Goyenechea Gutiérrez, Emilio Herrera Villa, Filiberto Mourlot Delgado, Israel Escalona Chádez, José Miguel Márquez Fariñas y Reinaldo Suárez Suárez. A todos siempre les estaré sinceramente agradecido.

Prólogo

Unido al doctor Máximo Zertucha y Ojeda por lazos familiares (su hijo Arturo Zertucha García estaba casado con mi tía paterna María Teresa Delgado Fernández) desde niño oí hablar mucho del doctor Zertucha a mi abuelo materno Miguel García Pérez, práctico de farmacia y veterano de la Guerra Independentista (1895 - 1898) y a mi padre, Gregorio Delgado Fernández, profesor, académico correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba (1938-1962) e historiador de la provincia de La Habana (1942-1952), lo cual me llevó siendo ya historiador del Ministerio de Salud Pública y director de Cuadernos de Historia de la Salud Pública en 1997, a dedicar el No. 82 de dicha colección monográfica a tan destacada personalidad de la Sanidad Militar del Ejército Libertador; con el título Dr. Máximo Zertucha, médico del Lugarteniente General Antonio Maceo, de la autoría de mi padre y del historiador Rafael Soto Paz.

En él se incluyen importantes documentos históricos como el Diario de campaña del Dr. Máximo Zertucha con introducción y notas de mi padre, los certificados de defunción de Antonio Maceo Grajales y Francisco Gómez Toro expedidos por el doctor Zertucha y copia del título de Profesor de Medicina y Cirugía, expedido en el Estado Libre de Veracruz, México y su expediente de estudios en la Universidad de La Habana.

Con estos antecedentes, el doctor Ricardo Hodelín Tablada, destacado neurocirujano del Hospital Provincial

MÁXIMO ZERTUCHA, MÉDICO DE ANTONIO MACEO

Clínico Quirúrgico Saturnino Lora de Santiago de Cuba, autor de cuatro libros publicados y más de docientos artículos aparecidos en revistas de más de quince países, por lo que ha recibido numerosos e importantes reconocimientos, me ha pedido que le escriba el prólogo a su último libro Máximo Zertucha, médico de Antonio Maceo.

La obra es un acabado estudio sobre tan polémica figura de nuestra historia, apoyada en sesenta y ocho importantes bibliografías, documentos inéditos, fotos y otros materiales de valor extraordinario. El libro termina con siete anexos que contienen documentos históricos que considero fundamentales.

Seguro estoy que los que lean esta obra quedarán tan satisfechos de su lectura como lo está el autor de este prólogo.

DR. GREGORIO DELGADO GARCÍA
HISTORIADOR MÉDICO DEL MINISTERIO DE SALUD PÚBLICA
JEFE DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA DE LA SALUD PÚBLICA
DE LA ESCUELA NACIONAL DE SALUD PÚBLICA

Visión de un historiador

Los pueblos quedan marcados por el cisma que provoca la muerte de sus líderes. El impacto es mayor si esta tiene lugar en medio de una guerra o situación de conflicto. Así ha ocurrido a lo largo de la historia de la humanidad. La de Cuba no es excepción.

Las tempranas muertes de los generales Donato Mármol, Luis Marcano y Federico Fernández Cavada, impactaron los destinos de la Guerra de los Diez Años en los momentos iniciales de la contienda. Fueron golpes demoledores, dado el papel de estos en la conducción de las acciones combativas y en la formación del naciente Ejército Libertador. Lo mismo ocurriría con las de Ignacio Agramonte y Carlos Manuel de Céspedes, y en la última gesta independentista, con la caída en combate de los también generales Flor Crombet, José Martí, Antonio Maceo y Serafín Sánchez.

En todos los casos, ante la hecatombe, el espíritu de las tropas decae, reina el desconcierto, la incertidumbre, el desánimo, la desesperanza y, en algunos casos, el caos. Luego del momento del *shock*, viene la reflexión. De las desgracias surgen los símbolos, los mitos y los caídos se convierten en banderas y fuentes de inspiración.

La muerte en combate del general Antonio Maceo causó verdadera conmoción en las filas del Ejército Libertador.

Máximo Gómez, en carta a María Cabrales, viuda del Titán de Bronce, expresó su pesar y valoración del daño:

Ha muerto el general Antonio en el apogeo de una gloria que hombre alguno alcanzó mayor sobre la tierra, y con su caída en el seno de la inmortalidad, lega a su patria un nombre que por sí solo bastaría, ante el resto de la Humanidad, para salvarla del horroroso estigma de los pueblos oprimidos.¹

El mayor general José María Rodríguez, su compañero santiaguero desde la Guerra Grande, dijo en carta de pésame a la atribulada esposa del héroe:

¡Ah! El destino insensato ha derribado el coloso sobre la tierra que a su paso estremecía con el fragor de sus triunfos. ¡Ya no hay Antonio Maceo! Cuba ha perdido su más valeroso paladín: la Libertad su más poderoso guerrero, la victoria su Dios!²

Desde París, el patriota Ramón Emeterio Betances, Padre de la Patria puertorriqueña, escribió a María:

El luto, señora, es para Ud.; pero aquí también para todos los patriotas, y con Ud. nos inclinamos todos, los ojos en lágrimas, ante la severidad del destino. Aquí lloramos, pero enaltecemos al que fue grande en la batalla, grande en el consejo, grande en el patriotismo, y que con la punta de la espada, escribió en la tierra cubana, de una punta a otra de la Isla, su nombre imperecedero, desde Peralejo hasta Carajícara.³

1 Gonzalo Cabrales: *Epistolario de héroes*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1922, p. 217.

2 *Ibidem*, p. 218.

3 *Ibidem*, p. 221.

Impacto mayor tuvo el suceso entre los jefes y oficiales que acompañaban al lugarteniente general el día de su muerte. Para ellos, Maceo simbolizaba la Patria, la Revolución, la pureza de la causa. Era el Aquiles de nuestra homérica epopeya y al ver su cuerpo inerte, derribado del caballo, sintieron derrumbarse el edificio moral que sostenía la causa.

Tal era la identificación que por el héroe sentían, que en el momento supremo, sus más cercanos colaboradores quedaron cegados y marcados por la inacción y el embeleso. Pocos supieron qué hacer. El cadáver quedó abandonado. Su jefe de Estado Mayor, el general de división José Miró Argenter reconoció en sus *Crónicas de la Guerra*: «[...] salimos aterrados del lugar [...]»⁴ y agregó: «[...] Nosotros no podíamos determinar el sitio del desastre, porque la impresión moral y el estrago físico nos inutilizaron por completo; si no perdimos la razón, poco faltó para ello.»⁵ Años después, en su obsesión maceísta, nombró a un hijo Antonio Maceo.

Suelen los hombres —contemporáneos a los hechos o analistas posteriores— buscar responsables de cada desgracia, como si todo fracaso o error necesitara un chivo expiatorio. Los pormenores que rodean el combate de San Pedro de Punta Brava, la muerte del general Antonio y de su ayudante Francisco Gómez Toro, hijo del General en Jefe Máximo Gómez, provocó el enjuiciamiento apasionado a los jefes que acompañaban al héroe, sobre todo a los generales Pedro Díaz Molina y José Miró Argenter. Ambos quedaron eclipsados por el siniestro y no tuvieron la actuación que de ellos pudiera haberse esperado. Sin embargo, la posteridad ha tejido tendenciosas interpretaciones, muchas de ellas de origen español, haciendo recaer sobre la figura del médico del general Antonio, el teniente coronel

4 José Miró Argenter: *Crónicas de la guerra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 710.

5 *Ibidem*, p. 712.

Máximo Zertucha, la responsabilidad casi única del descalabro. Inmensa injusticia.

El Dr. Zertucha fue, como los dos generales mencionados, otro de los eclipsados. Patriota de nobles ideas y profundo humanismo, se ganó la confianza del general Antonio, quien lo requería preferentemente a su lado para hablar de cultura, política, o de cualquier tema. Era un hombre culto y del espíritu de hombres como él nutría el suyo el glorioso paladín. Ello provocó celos entre sus compañeros que se disputaban la amistad y atención del general.

La mayoría de los cubanos no concebían que Maceo fuera sorprendido por fuerza española alguna. Por la mente de muchos corrió la idea de una delación o traición. La presentación del doctor Zertucha, días después del hecho, lo convirtió automáticamente en el culpable público necesario para justificar la hecatombe.

Por suerte para Cuba, en todas las épocas han existido médicos amantes de la verdad y de la historia, que han llevado en paralelo las dos bellas profesiones: salvar e historiar. Médicos fueron los generales Félix Figueredo y Eusebio Hernández, los coroneles Fermín Valdés Domínguez, Gustavo Abreu, Guillermo Fernández Mascaró y Horacio Ferrer; todos legaron a la posteridad sus memorias como combatientes. Médico también fue el doctor Benigno Souza, biógrafo por excelencia del Generalísimo y cronista de la epopeya del 95 desde las páginas del *Diario de la Marina*, donde publicaba su columna Episodios de la Revolución Cubana.

Es ahora un médico joven, el doctor santiaguero Ricardo Hodelín Tablada, quien viene al rescate de Máximo Zertucha, aquel cubano puro de corazón, que tras el traumático impacto de la muerte de su jefe, se derrumbó y regresó a casa. A partir de entonces su vida fue tormentosa, al punto de que, después de reintegrarse a su labor de galeno en el poblado habanero de Melena del Sur y dedicarse durante

meses a restablecer y atender su familia, en abril de 1898, el vilipendiado Zertucha regresó a la manigua y se reincorporó a las filas del Ejército Libertador. Sin embargo, el estigma lo acompañaría de por vida.

Es esta una investigación profunda, polémica y desgarradora. Toca las fibras del sentimiento humano, con sus emociones, virtudes y miserias. Hodelín lo hace con respeto, como solo lo puede hacer quien se sumerja en la historia con el corazón henchido de pasión y la mente pletórica de Patria. Obras como esta nos enriquecen como cubanos.

MsC. René González Barrios

Introducción

Entre sus múltiples virtudes, Antonio Maceo Grajales tenía la atención y el trato esmerado hacia sus médicos,⁶ según refieren los testimonios de aquellos que lo acompañaron en la manigua. El 15 de junio de 1896 se nombró como médico personal de Maceo al doctor Máximo Zertucha Ojeda, en sustitución del doctor Hugo Roberts Fernández, quien estaba herido. Ocho días después el galeno lo asistió al resultar herido el lugarteniente general en la acción de Tapia.

Desde que conoció al héroe de Baraguá, el doctor Zertucha, contó con su estimación y alta consideración. Después de la muerte del Titán, el 7 de diciembre de 1896, impulsado por la profunda depresión que dejó en su ánimo tan luctuoso suceso, y por injustas ofensas recibidas en el campamento mambí, abandonó las filas del Ejército Libertador para acogerse, el 10 de diciembre, al indulto del gobierno español. Esta grave decisión suscitó comentarios y sospechas que, aunque mucho daño causaron al prestigio del médico, no lograron impedir su regreso y reincorporación oficial a las tropas mambisas antes de terminar la contienda, y la absolución por una comisión de

6 Sobre los médicos que atendieron al Lugarteniente General Antonio Maceo Grajales en diferentes etapas de su vida, he abundado en otros textos. Ver Ricardo Hodelín Tablada: Los médicos de Antonio Maceo Grajales en diferentes etapas de su vida, revista *Medisan* 2016; 20 (12): 7032-7044. [consultado: 08 de febrero de 2017]. Disponible en: [<http://www.medisan.sld.cu/index.php/san/article/view/1229/pdf>]; y Médicos en la vida de Antonio Maceo, en Israel Escalona Chádez y Damaris A. Torres Elers (coordinadores): *Dos titanes en la historia y la cultura cubanas*, Ediciones Santiago, 2016, pp. 91-102.

investigación que a pedido suyo lo juzgó por su conducta pasada. Todas estas incidencias avivaron las controversias en torno a él.

La valoración histórica del doctor Máximo Zertucha constituye un viejo problema, al cual pretendo acercarme con nuevos argumentos a partir de las investigaciones que he realizado sobre el tema en fuentes documentales primarias y secundarias de la época, así como de los criterios de aquellos que conocieron y compartieron con él las vicisitudes de la guerra. Si consultamos los textos que ilustran el tema, nos encontraremos con fuentes hechológicas y apologéticas carentes, en su casi totalidad, de una óptica científica para analizar tanto el proceso histórico como el papel desempeñado por Zertucha.



Foto más divulgada del doctor Máximo Zertucha Ojeda.

En el entretejido de los acontecimientos, la historiografía considera necesario buscar la verdad en la reconstrucción histórica y la fidelidad en su interpretación, hurgando en aquellos documentos que, sin dejar espacio a la duda, permiten aclarar cómo ocurrieron los hechos. En consecuencia, me he motivado a realizar la presente investigación con el ánimo de acercarme a la verdad histórica, contextualizar los acontecimientos según la época, y arribar a conclusiones convincentes.

Esta biografía se basó en la aplicación de métodos científicos de investigación histórica —fundamentalmente la crítica histórica, apoyados en un sustento documental—, cotejando los diversos textos con otras informaciones, y múltiples fuentes bibliográficas. Este análisis me permitió demostrar cómo, en ocasiones, se omitieron hechos y elementos de juicio contradictorios en virtud de mantener la imagen monolítica del doctor Zertucha al presentarlo como traidor.

Asimismo, se han realizado valoraciones inadecuadas sin sustento científico y adicionado informaciones que favorecieron la creación de un halo místico alrededor de su figura. Esta alteración ha provocado que otros testigos adulteren los acontecimientos en sus obras, produciéndose una cadena de inexactitudes que han contribuido a desviar la verdadera esencia, ya sea por copiar de buena fe, por creación de dudas en sus notas o recuerdos, o por considerar adecuado alterar los contenidos ante el fin perseguido.

En consonancia con lo anterior, y con la premisa básica que en la historiografía el investigador no se recrea en la memoria, sino que la construye al colocar al alcance de todos, lo que no estaba en ella, he decidido dar a conocer mis consideraciones. Sirva este texto como un sentido tributo al doctor Zertucha, médico mambí, el último que cuidó de la salud del Titán de Bronce.

Primeros años

Familia, estudios y graduación

Máximo Zertucha y Ojeda fue el segundo de los hijos de don Isidro Domingo de Zertucha y Landabur, natural de Bilbao, quien llegó a La Habana en 1820, con dieciocho años de edad, procedente de esa ciudad española. Al parecer, Isidro fue el tronco, de raíz vizcaína, de cuantos en Cuba llevan el apellido Zertucha.⁷ De su primer matrimonio en esta capital con doña Leandra Matilde Valdés, solo tuvo un hijo llamado Agustín, quien murió en La Habana, soltero, sin dejar descendencia.

Zertucha y Landabur enviudó y a los cincuenta años se casó, en segundas nupcias, el 5 de mayo de 1852, con doña Isabel Antonia de Ojeda y Alfonso, natural de la capital cubana.⁸ De este enlace matrimonial, efectuado en la iglesia de Nuestra Señora de Monserrate, nacieron cuatro hijos: Isidro Teodoro, el 19 de noviembre de 1853; Máximo Mauricio, el 18 de noviembre de 1855; María de las Mercedes

7 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: Máximo Zertucha y Ojeda. El último médico de Maceo, separata de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, año IX, número 1, octubre-diciembre, 1958, pp. 49-52; y Ricardo Hodelín Tablada: Las controversias del doctor Máximo Zertucha, médico del lugarteniente general Antonio Maceo, en *El Cubano Libre*, suplemento del periódico *Sierra Maestra*, 9 de diciembre de 2006, p. 3.

8 EcuRed: Máximo Zertucha y Ojeda, [consultado: 15 de abril de 2016]. Disponible en: [http://www.ecured.cu/index.php/M%C3A1ximo_Zertucha].

MÁXIMO ZERTUCHA, MÉDICO DE ANTONIO MACEO

Carlota, el 4 de noviembre de 1866, y Casimiro Nicasio, el 14 de diciembre de 1871. Los tres primeros fueron bautizados en la Catedral de La Habana, y el último, en la iglesia de Nuestra Señora de Monserrate.

En la partida de bautismo de Máximo, localizada en la Catedral de La Habana, aparece como Máximo Mauricio de Santa Isabel Zertucha y Ojeda,⁹ evidentemente en homenaje al nombre de su madre, aunque en documentos inéditos que he revisado se firmaba indistintamente como Máximo de Zertucha y Ojeda o Máximo Zertucha y Ojeda.

9 Libro 34 de Bautismos de Españoles, filo 219, vuelto; partida número 418.

El documento fue encontrado por el doctor Gregorio Delgado García, historiador médico del Minsap, y comentado en Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Dr. Máximo Zertucha, médico del lugarteniente general Antonio Maceo, *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, número 82, Editorial Ciencias Médicas, La Habana, 1997, p. 122.



Isabel Ojeda y Alonso (La Habana, 17 de junio de 1834-Bejucal, 4 de marzo de 1904), madre del doctor Zertucha.



Isidro Zertucha y Landabur (Bilbao, 1802–La Habana, 19 de octubre de 1875), padre del doctor Zertucha.

De su infancia y adolescencia poco se conoce. Realizó sus primeros estudios en La Habana. Erróneamente algunos autores ¹⁰ han afirmado que cursó el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza, pero en realidad los cuatro primeros

10 Miguel Lugones Botell: Zertucha: médico que tuvo que enfrentar la calumnia y la injusticia, *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 2004; 20 (3), s/p. [consultado: 15 de abril de 2016]. Disponible en: [HTTP://SCIELO.SLD.CU/SCIELO.PHP?SCRIPT=SCI_ARTTEXT&PID=S0864-21252004000300015&LNG=ES&NRM=ISO&TLNG=ES]; y Rafael Soto Paz: El médico de Maceo ¿fué Zertucha un traidor? (Documentos sensacionales inéditos hasta ahora), revista *Bohemia*, 11 de diciembre de 1949, pp. 58-61 y 104-105. En la transcripción literal de todos los documentos y citas se ha respetado la redacción original.

años del Bachillerato en Artes los venció en el colegio San Francisco de Paula, y el quinto, en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de la Isla de Cuba. Así lo evidencian documentos oficiales incluidos en su expediente académico, en total treinta y ocho folios, el cual pude revisar en el Archivo Histórico de la Universidad de La Habana; en la cubierta se lee: «Universidad. Facultad de Medicina. Año de 1879. Expediente de incorporación del Dr. D. Máximo Zertucha y Ojeda Médico-Cirujano por la Facultad de Méjico. 15136. Antiguo».

Veamos su evolución académica. En el curso 1867-68 examinó y aprobó varias asignaturas correspondientes al primer año de Castellano y Latín, Principios de Aritmética, y Doctrina Cristiana e Historia; en el de 1868-69, segundo año de Castellano y Latín, Geografía Descriptiva y Principios de Geometría; en el de 1869-70, Traducción Latina y Rudimentos del Griego, Historia General y Particular de España, y Aritmética y Álgebra; en el correspondiente a 1870-71, Traducción de Griego, Retórica y Poética, y Geometría y Trigonometría.

Llama la atención su dominio de las asignaturas relacionadas con las matemáticas, las cuales aprobaba con calificación de sobresaliente. El último año del bachillerato que, como apunté, lo realizó en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de la Isla de Cuba en 1871-72, aprobó las seis asignaturas finales: Sicología, Lógica y Filosofía Moral, es la primera que aparece como una sola asignatura; luego se encuentran: Física, Química, Historia Natural, Fundamentos de Religión, y Francés.

De esa época se conoce una anécdota que evidencia el carácter del joven Máximo y que se ha conservado en la tradición oral de la familia Zertucha. Acababa de cumplir dieciséis años y su hermano Isidro estuvo en el grupo de los estudiantes de Medicina, entre los que se seleccionaron los ocho que luego fueron asesinados. Máximo, enterado de la

situación, se colocó al lado de su hermano y decidió correr la misma suerte, tuvo que aparecer la madre y hacer uso de su autoridad materna para poder separarlos.¹¹

A los diecisiete años era más bien delgado, de regular estatura, blanco, de pelo rubio y ojos azules.¹² En el curso correspondiente a 1874-1875, con dieciocho años, matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, donde estudiaba su hermano Isidro, con quien en algún momento se le ha confundido. Erróneamente se ha señalado que Máximo pudo escaparse a México para concluir la carrera de Medicina, debido a los sucesos que conllevaron al asesinato de los ocho estudiantes, en la tarde del 27 de noviembre de 1871.¹³ En realidad, su matrícula se realizó el 10 de octubre de 1874, o sea, casi tres años después del lamentable acontecimiento, por lo cual no considero que su salida hacia México estuviera relacionada con ese hecho.

Por problemas de enfermedad no pudo realizar los primeros exámenes en la fecha prevista, como consta en documento presentado por su padre, Isidro Domingo de Zertucha, el 15 de diciembre de 1874. Máximo sufría fiebres intestinales resistentes al tratamiento prescripto en consulta por el doctor Manuel J. Cañizares, el 5 de diciembre del

11 Testimonio de Isidro Zertucha Viñas, biznieto del doctor Isidro Zertucha Ojeda.

12 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo. Análisis caracterológico*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2011, p. 203. Las opiniones sobre Zertucha emitidas por Griñán las cotejamos con la versión original de su libro publicado en 1936 y comprobamos que son exactamente iguales. Así mismo fueron reproducidas en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, en 1997. Ver Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo. Análisis caracterológico*, Editorial Trópico, La Habana, 1936, p. 210.

13 EcuRed: Ob. cit.; y Gregorio Delgado Fernández: Melena del Sur y sus hombres. Máximo de Zertucha y Eugenio Molinet, revista *Cúspide*, año 2, número 3, marzo 15 de 1938; reproducido en Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Ob. cit., pp. 26-29.

mismo año.¹⁴ En el mismo folio aparece una nota sobre el alumno D Máximo Zertucha y Ojeda donde se señala que:

[...] las doce faltas de asistencia que asegura en la primera lista bimestral son el producto de la reducción de las veinticuatro que tiene cometidas cuando se firmó aquel documento, en los días que llevamos del presente bimestre no se ha presentado en clase por manera que aunque su estado comprobado por la certificación que acompaña le haga faltar a clase contra su voluntad el número de estas faltas es tal que no podrá ganar el año por tener hoy más de las quince faltas de asistencia que marca el reglamento.¹⁵

La nota, firmada por Cayetano Aguilera, quien posiblemente fuera el Secretario de la Universidad de La Habana, concluye: «Su asistencia es buena, respecto de aplicación y aprovechamiento nada puedo decir a U.E porque no ha tenido ocasión de demostrarlo».¹⁶ A pesar de esta última información el rector aceptó la petición de Isidro y Máximo pudo realizar los exámenes.

Otro argumento en contra de la posible fuga de Máximo Zertucha hacia México, es que, en el último cuatrimestre de 1875 aún se encontraba en la Universidad de La Habana, según evidencia un documento fechado el 28 de septiembre de ese año, en el cual solicitaba que se le admitiera matricular, sin validez académica, las asignaturas del cuarto año de Medicina: Anatomía Quirúrgica, Obstetricia, Patología Interna y Medicina Operatoria.¹⁷ El rector aprobó que se matriculara, basado en el artículo 149 de la Ley de Estudios de 1863.¹⁸

14 Archivo Histórico de la Universidad de La Habana: Expediente universitario de Máximo Zertucha y Ojeda, N° 15136, antiguo, folio 34. En sucesivo AHU.

15 *Ibíd.* En todos los casos se respetaron la redacción y ortografía originales.

16 *Ibíd.*

17 *Ibíd.* folio 39.

18 Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: *Ob. cit.*, p. 123.

El 19 de octubre de 1875, poco antes de cumplir Máximo los veinte años, falleció don Isidro,¹⁹ como consecuencia de complicaciones a causa de una puñalada que recibiera por la espalda durante un incidente en la calle Trocadero²⁰ — muy cerca de la casa donde vivía con su familia—²¹ al ser confundido con otra persona. Su muerte representó un duro golpe para la familia: el hermano mayor, también nombrado Isidro, no había concluido la carrera de Medicina; de los otros hermanos, María Carlota tenía ocho años y Casimiro, el último, todavía no había cumplido los cuatro.

Con mucho dolor en su alma, Máximo decidió viajar a México a concluir sus estudios de Medicina. Allí hizo un esfuerzo inmenso para vencer las diferentes asignaturas; el último examen, aprobado por unanimidad de votos, lo realizó el 3 de marzo de 1877,²² y el título se le otorgó dos días después en la heroica ciudad de Veracruz, firmado por Luis Mier y Teran, gobernador y comandante militar interino del Estado Libre y Soberano de Veracruz-Llave.

19 Gregorio Delgado Fernández: Otra vez... Vasconcelos contra Zertucha, en: Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Ob. cit., pp. 11-25. Este artículo fue enviado a la revista *Bohemia* en enero de 1949 en respuesta a uno del periodista Ramón Vasconcelo, publicado en el propio semanario el 12 de diciembre de 1948. El director, Miguel Ángel Quevedo, no quiso publicarlo por temor a una polémica con el destacado panfletario. Sobre Vasconcelos volveré a comentar más adelante.

20 Leonardo Griñán Peralta: Ob. cit., pp. 201-205, y Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Ob. cit., pp. 61-65.

21 Isidro vivía en la calle Trocadero número 55. Así consta en documento firmado por él que he encontrado en el expediente de su hijo Máximo. En AUH: Expediente universitario..., folio 22.

22 Ricardo Hodelín Tablada: Semblanza del doctor Máximo Zertucha Ojeda en el 111 aniversario de su fallecimiento, revista *Medisan* 2016; 20 (10): 5058-5066. [consultado: 08 de febrero de 2017]. Disponible en: [http://www.medisan.sld.cu/index.php/san/article/view/1107/pdf].



Fotografía del doctor Zertucha a los 21 años, tomada de su título de Médico, expedido en México.



Plumilla del doctor Zertucha publicada en el New York Herald y reproducida en la cubierta de la separata Máximo Zertucha y Ojeda. El último médico de Maceo, de Luis Felipe Le Roy y Gálvez.



Facsímil del título de Médico emitido en Veracruz, México, el 5 de marzo de 1877.

La reválida en Cuba

Zertucha regresó a Cuba e inmediatamente comenzó los trámites correspondientes para revalidar su título. En carta al rector, fechada el 9 de diciembre de 1878, emitida por la Junta Superior de Instrucción Pública, se autoriza la incorporación de su título, lo que le daba el derecho a realizar los diferentes exámenes. A este documento se añade otra epístola firmada por el propio Zertucha en La Habana, el 12 de ese mismo mes, en la cual señaló:

Ilmo Sr. Rector. Dn. Máximo Zertucha y Ojeda Dr en Medicina y Cirugía de la facultad de México, V. Ilmo con su acostumbrado respeto espone que ha sido autorizado por el Escmo Sr. Gobernador General para incorporar su título a esta Real Universidad y deseando hacerlo cuanto antes ocurre. A V. Ilmo suplicando se digne decretar lo conveniente a fin de que pueda sufrir los exámenes de las asignaturas que constituyen la carrera y que se exigen para la incorporación.²³

Seis días después, el 18 diciembre de 1878, examinó y aprobó las asignaturas Anatomía Descriptiva, correspondiente al primer año, y Anatomía Descriptiva y Anatomía General, al segundo año. El 10 de enero de 1879, se presentó a Fisiología Humana e Higiene Privada, y las aprobó sin dificultad; un día después examinó satisfactoriamente seis asignaturas: Patología Externa, Terapéutica, Patología General, Partos, Medicina Operatoria y Patología Interna. El corto tiempo que media entre uno y otro examen evidencia la adecuada formación que recibió en la universidad mexicana.

En México la Cirugía General se impartía como una sola

23 AUH: Expediente universitario..., folio 34.

asignatura, mientras que en Cuba, como consecuencia de la reforma universitaria de 1842, la antigua cátedra de Cirugía General dio paso a dos asignaturas: Patología Externa y Medicina Operatoria, las cuales se impartían en el quinto año del período del bachillerato en Medicina,²⁴ por lo cual su esfuerzo fue mayor al tener que realizar dos exámenes de una asignatura que había recibido como una sola.

Los profesores que lo examinaron eran destacadas figuras de la medicina cubana en la época: los doctores Juan Manuel Sánchez de Bustamante y García del Barrio; Manuel A. Aguilera y Márquez; Anastasio Saaverio y Barbales; Felipe F. Rodríguez y Rodríguez; Antonio de Gordon Acosta; Fernando González del Valle y Cañizo; Antonio Caro y Cerecio; Domingo Fernández Cuba; Pablo Valencia y García; José F. Horstmann y Cantos; Félix Giralt Figarola; Serafin Gallardo Alcalde; Manuel Valdés-Bango y León, y José F. Pulido Pagés.

Tres de estos ilustres galenos estuvieron relacionados con los sucesos del 27 de noviembre de 1871. El doctor Juan Manuel Sánchez de Bustamante y García del Barrio, explicaba su asignatura de Anatomía 2do curso a los alumnos del segundo año, cuando se presentó el gobernador político, Dionisio López Roberts, acompañado por el inspector de policía Manuel Araújo, y lo presionaron para llevarse a los pupilos presos acusándolos de profanadores, pero no lo lograron gracias a la valiente actitud del galeno, quien manifestó que tenían que llevarlo a él preso antes que a sus discípulos.²⁵

Asimismo, el catedrático de disección en el primer año, doctor Domingo Fernández Cubas, asumió una digna actitud.

24 Gregorio Delgado García: Historia de la Enseñanza Superior de la Medicina en Cuba (1900-1962), tercera parte, *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, número 107, Editorial Ciencias Médicas, 2011, p. 5.

25 Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Ob. cit., pp. 123-124.

El profesor, oriundo de las Islas Canarias, mantuvo una admirable postura y declaró la inocencia de sus alumnos, lo que le valió quedar detenido en la cárcel, al mismo tiempo que los estudiantes. De él, afirmó Fermín Valdés Domínguez: «Sobre sus hombros estuvo siempre honrada la toga del maestro».²⁶ Desde 1908 sus restos reposan en el mismo mausoleo que guarda los de sus alumnos fusilados.²⁷

Un profesor que tuvo una actitud contraria a la de sus colegas, fue el doctor Pablo Valencia y García, quien dando muestras de su cobardía no tuvo el valor de enfrentarse y aceptó entregar a sus alumnos. Además, en vil gesto de servilismo se convirtió en acusador y dijo «que él sabía estaba allí el culpable».²⁸ Este catedrático, que no supo mantenerse a la altura del humanismo característico de los galenos, fue el padre del doctor Pablo Aureliano Valencia y Forns, quien pasados más de veinte años, en la tarde del 23 de mayo de 1895, realizó en Remanganaguas la autopsia del cadáver de José Martí.²⁹

Tras examinar las asignaturas correspondientes, el 14 de enero de 1879 Zertucha se presentó al examen final de esta etapa, ante un tribunal presidido por el doctor Antonio Caro, e integrado, además, por los doctores Antonio Gordon, vocal, y Anastasio Saaverio, secretario. Así obtuvo el grado de Bachiller en Medicina e inmediatamente comenzó los exámenes para la licenciatura: dos días después, en horas de la mañana, se presentó a Clínica Médica, primer curso, y en

26 Fermín Valdés Domínguez: *Los voluntarios de La Habana en el acontecimiento de los estudiantes de Medicina por uno de ellos condenado a seis años de presidio*, Imprenta de Segundo Martínez, Madrid, 1873, p. 11.

27 Ricardo Hodelín Tablada: El Dr. Fermín Valdés Domínguez Quintanó y los sucesos del 27 de noviembre de 1871, revista *Medisan* 2013; 17 (Supl): 9211-9223. [consultado: 15 de abril de 2016]. Disponible en: [[http://bvs.sld.cu/revistas/san/vol17_sup_13/sansu%2017\(Esp\).html](http://bvs.sld.cu/revistas/san/vol17_sup_13/sansu%2017(Esp).html)]. 1873, p. 11.

28 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *A cien años del 71. El fusilamiento de los estudiantes*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, pp. 55-294.

29 Ricardo Hodelín Tablada: *Enfermedades de José Martí*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007, pp. 160-166.

la tarde, a Clínica Médica, segundo curso; el 17, a Clínica Quirúrgica, primer y segundo cursos, y Clínica Quirúrgica, del segundo; y el 22, a Medicina Legal e Higiene Pública. Aprobadas estas seis asignaturas, solo le faltaba un examen final, que constaba de una sección teórica y otra práctica. El teórico estaba programado para el 1º de febrero y no pudo realizarse, según consta en un documento firmado por el decano que se encuentra en su expediente, debido al fallecimiento del rector (doctor Ustariz), y fue pospuesto para el día siguiente, a las dos de la tarde, pero no se realizó. En las investigaciones realizadas no he podido encontrar la causa.

Tuvo que esperar hasta el día 12 de ese mes, cuando lo hizo ante un tribunal presidido por el doctor M.S. de Bustamante, e integrado, además, por los doctores Pablo Valencia, vocal; y Antonio de Gordon, secretario, quienes lo declararon «aprobado en el acto».³⁰ El examen práctico, evaluado por ese mismo tribunal, tuvo lugar en el hospital de San Felipe y Santiago, el 17 de febrero, donde efectuó lo que se llamaba el segundo acto del grado de Licenciado. Como intervención quirúrgica le correspondió un caso realmente complejo para la época: se trataba del enfermo número 12 de la sala de San Cosme, al cual tuvo que realizarle la ligadura de la arteria carótida primitiva.

Llama la atención que, respetando los principios elementales de la ética médica, en el acta del examen se le llama «el enfermo número 12», sin citar su nombre y se protege así su identidad, lo cual es correcto si tenemos en cuenta que fue operado por un médico recién graduado en otro país, como parte de los ejercicios correspondientes a la reválida del título. Una vez realizados los trámites correspondientes, el 19 de marzo de 1879 Zertucha recibió el título de Licenciado en Medicina, pero para ejercer la profesión tuvo que esperar cinco meses, hasta que el 21 de agosto, cuando el Gobernador General de la Isla de Cuba expidió el título.

30 AUH: Expediente universitario... folio 37.

Con los argumentos anteriores se evidencia que no es cierta la afirmación de algunos autores de que Zertucha revalidó su título en La Habana en enero de 1879.³¹ En esa fecha, como ya apunté, obtuvo el grado de Bachiller en Medicina, pero no el de Licenciado. Otro error lo encontré en el *Anuario Médico Social de Cuba*.³² Esta obra, cuyo director fundador fue el doctor Tomás R. Yanes, cirujano oculista de La Habana, fue publicada en 1937, bajo el auspicio y el concurso de la *Revista Cubana de Oto-Neuro-Oftalmiología*. Desde la página 587 hasta la 589 aparece la «Relación de Médicos graduados el siglo pasado y que todavía ejercen la profesión», y entre los ciento cuarenta y tres citados se señala a Máximo Zertucha Ojeda como graduado en 1878, fecha que, como he demostrado, no coincide con su graduación en México ni con la reválida del título en La Habana.



Facsimil del título de Médico emitido en La Habana, Cuba, el 21 de agosto de 1879.

31 Rafael Soto Paz: Ob. cit., p. 105, y Miguel Lugones Botell: Ob. cit., s/p.

32 Tomás R Yanes: *Anuario Médico Social de Cuba*, S/E, La Habana, 1937, p. 587.

Realizó su labor asistencial en Melena del Sur, donde permaneció hasta su muerte. En la investigación encontramos valiosos documentos inéditos, entre ellos, en el fondo Junta Superior de Sanidad, la radicación de la plaza de médico municipal, fechada en 1879, y la designación del doctor Máximo de Zertucha para ocuparla.³³ Asimismo, hallamos una comunicación del año 1880 en la cual se nombraba médico municipal de Melena del Sur al Licenciado Máximo Zertucha.³⁴ Estos hallazgos en fuentes primarias hacen insostenible lo planteado relacionado con el trabajo del galeno en Melena del Sur, en el año 1878,³⁵ lo cual es improbable porque en esta fecha no había sido creada la plaza ni nombrado el joven médico.

El matrimonio y su labor en otras funciones

El 7 de marzo de 1880, Zertucha contrajo matrimonio con doña María del Carmen García Pichardo, en ceremonia efectuada en la iglesia de Nuestra Señora de Monserrate, en la capital cubana. Ese mismo día, su hermano Isidro se casó con una hermana de María del Carmen, llamada Rafaela; de manera que ambas bodas se celebraron simultáneamente. Isidro se estableció en Bejucal, donde desarrolló una amplia vida pública y política, e incluso un teatro llevó su nombre;³⁶ Máximo prefirió Melena del Sur.

Del matrimonio entre Máximo y María del Carmen nacieron Sara y Arturo. Este último se casó años después con

33 Archivo Nacional de Cuba: Fondo Junta Superior de Sanidad, legajo 10, N° 164, año 1879.

34 *Ibidem*, N° 181, año 1880.

35 Rafael Soto Paz: *Ob. cit.*, p. 105, y Miguel Lugones Botell: *Ob. cit.*, s/p.

36 Testimonio de Isidro Zertucha Viñas, biznieto del doctor Isidro Zertucha Ojeda.

María Teresa Delgado Fernández.³⁷ Se ha dicho, erróneamente, que Máximo y María el Carmen tuvieron un solo hijo que murió a los dos años de edad.³⁸ Además de sus labores como médico, desde el principio bien reconocida por los pobladores, comenzó a interesarse por la política y el periodismo, colaborando en varios órganos de prensa.

El doctor Zertucha fue propulsor del primer ayuntamiento melenero,³⁹ y aunque no se contó entonces entre sus miembros, más tarde formó parte de dicha corporación como regidor. En la histórica fundación de ese órgano de gobierno le acompañaron otros destacados patriotas, entre ellos Ramón Cantón García, Mariano Samsó Llabrés, Julián Alfonso Marrero, Juan Ponce de León, Martín Zaldívar Arredondo, Francisco Blanco Bacallao, el farmacéutico Antonio Morales y Camps, y el médico Antonio Fernández de Velasco.⁴⁰

Afiliado al Partido Unión Constitucional, el de los «integristas»,⁴¹ en 1885 resultó electo alcalde municipal,⁴² cargo que continuó desempeñando hasta mediados de 1887, en que le sucedió el señor José Perea Puñales. A Zertucha debió Melena, primero como alcalde y más tarde como jefe de Sanidad, el saneamiento del pueblo; fue quien ordenó la apertura de zanjas a cada lado de las calles, prohibió las cercas «cardón», las cuales mandó a destruir, y orientó la rotulación de las calles y su numeración. Otros de sus logros fueron la adquisición de la casa-ayuntamiento y el crecimiento poblacional, comenzado por su antecesor, don Ramón Cantón. Gracias a su iniciativa, se abrieron las calles

37 Testimonio del doctor Gregorio Delgado García, sobrino de María Teresa Delgado Fernández y actual historiador médico del Minsap.

38 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 56.

39 EcuRed: Ob. cit., y Gregorio Delgado Fernández: *Melena del Sur y sus hombres...*, pp. 26-29.

40 Gregorio Delgado Fernández: *Melena del Sur y sus hombres...*, p. 27.

41 Leonardo Griñán Peralta: Ob. cit., p. 201.

42 EcuRed: Ob. cit., s/p.

nominadas con los números uno, dos, cuatro y seis; la tres, desde la esquina con la número ocho hasta el paradero; y la cinco, desde la esquina con la número diez hasta el potrero conocido como Melenita.⁴³

Del cargo de alcalde pasó al de vocal de la junta local de Sanidad, que ocupó varias veces, así como el de médico municipal. Por esa época llegó a Melena un joven recién graduado de médico, que había nacido en Camagüey el 27 de marzo de 1865: el doctor Eugenio Molinet y Amorós, llevado por su tío, don Gregorio Molinet y Casademón, rico colono residente en Melena.⁴⁴ Ambos jóvenes hicieron muy buena amistad, signada por las ideas patrióticas; contactaron con el movimiento separatista que se estructuraba en toda la Isla y comenzaron sus comprometedoras funciones como conspiradores patrióticos en la localidad.

En 1892 Zertucha pasó a ocupar el cargo del juez municipal y se distinguió en la persecución de Manuel García Ponce, según Griñán Peralta: «célebre patriota y bandolero que operaba en ese territorio».⁴⁵ Importa destacar que Manuel García, conocido como *el Rey de los campos de Cuba*, fue un personaje controversial, cuya leyenda superó la realidad.

En el imaginario cubano, fue un símbolo. El pintor Carlos Enríquez le dedicó uno de sus lienzos, y el primer largometraje de ficción realizado en Cuba, también aborda su figura. De él se comentaba, incluso más allá del Atlántico; la literatura de campaña española lo referenciaba como un connotado bandolero.⁴⁶ El general Antonio Maceo, quien mediante el general Julio Sanguily Garrite lo conoció en 1890 durante su estancia en La Habana, tuvo tratos

43 Gregorio Delgado Fernández: *Melena del Sur y sus hombres...*, p. 27.

44 *Ibíd.*

45 Leonardo Griñán Peralta: *Ob. cit.*, p. 201.

46 Emilio Revertér Delmas: *Cuba Española. Reseña histórica de la insurrección cubana en 1895*, con ilustración de Francisco Pons. En: *Weyler*, tomo II, Centro Editorial de Alberto Martín, Barcelona, 1899, p. 67.

con él. Ambos se entrevistaron en el campo y Maceo lo aleccionó e impartió instrucciones sobre el alzamiento revolucionario.⁴⁷ También se ha dicho que los campesinos lo protegían por no ver en él al bandido, sino al partidario alzado contra España.⁴⁸ Coincidentemente, el artículo *Bandolerismo en Cuba*, donde Enrique Loynaz del Castillo hace referencia a Manuel García, fue la palabra escrita que se trocó en detonante del complot homicida contra Antonio Maceo en Costa Rica.⁴⁹

Zertucha mantuvo su residencia en Melena del Sur, y en el mismo año en que fue ascendido a juez municipal comenzó a trabajar como médico en los vapores de la Compañía Trasatlántica, simultaneando ambas labores. En 1892, durante uno de sus viajes por América Central, hizo escala en Puerto Limón, Costa Rica, donde conoció a Antonio Maceo.⁵⁰

Así surgió entre ambos una amistad que se afianzaría después, en plena manigua insurrecta. Esa relación con el legendario héroe contribuyó a la consolidación de las ideas separatistas en el médico y su abandono del puesto que desempeñaba en la citada compañía, para poder permanecer en Cuba y mantenerse al tanto del movimiento revolucionario que se gestaba.

Al joven Zertucha se le ha caracterizado como:

«[...] un hombre simpático, servicial como pocos, periodista enérgico y valiente, maravilloso tirador,

47 Armando Vargas Araya: *El Código de Maceo. El general Antonio en América Latina*, Colección Historia-Academia, Imagen Contemporánea, La Habana, 2012, p. 66.

48 Leopoldo Zarragoitia Ledesma: *Biografía de Antonio Maceo a través de doce momentos decisivos de su vida*, Editorial Lex, La Habana, 1945, p. 242.

49 Sobre el tema el lector interesado puede consultar El atentado de la Colonia española contra la vida de Maceo, en Armando Vargas Araya: Ob. cit., pp. 59-103.

50 Leonardo Griñán Peralta: Ob. cit., p. 201, y *La muerte de Antonio Maceo (Causas y consecuencias)*, Impresor: A. Ríos, La Habana, 1944, p. 19.

ferviente patriota, excelente médico, hombre de múltiples y profundos conocimientos, en Melena fue todo lo que quiso ser, y aunque violento a veces en su carácter, apasionado en la política, por todos era respetado y querido, y nunca se negó al bien, aún cuando fuese para prodigarlo a sus mismos adversarios [...]⁵¹

También se ha dicho que era sumamente locuaz.⁵²

La tradición familiar conserva una anécdota de la época.⁵³ Un militar español intentó enamorar a la esposa de Zertucha; fue tanto el asedio que María del Carmen lo comunicó a su esposo y este fue directamente al cuartel a conversar con el individuo, quien trató de sacar su revólver, ante lo cual Zertucha respondió con un rápido movimiento que lo inmovilizó. Nunca más el peninsular reparó en la joven.

A principios de 1895, enterado del alzamiento ocurrido en diferentes sitios de la Isla, el galeno comenzó a participar en conspiraciones aisladas.

51 Gregorio Delgado Fernández: *Melena del Sur y sus hombres...*, pp. 26-27.

52 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 201.

53 Testimonio de Isidro Zertucha Viñas, biznieto del doctor Isidro Zertucha Ojeda.

Incorporación a la sanidad mambisa

Antecedentes del Cuerpo de Sanidad

Veamos a continuación aspectos interesantes del Cuerpo de Sanidad mambisa, al cual se incorporó el doctor Zertucha. En 1833 se constituyó la Junta Superior de Sanidad de la Isla de Cuba, institución que encabezó la labor sanitaria en toda la Isla y que agrupó las juntas locales que estaban creadas en los diferentes departamentos.⁵⁴ En los años siguientes surgieron otras instituciones sanitarias.

En la época en que el doctor Zertucha se incorporó a la contienda guerrera, el sistema de salud colonial contaba con cuatro verdaderos subsistemas:⁵⁵ uno estatal, dependiente directo del gobierno colonial, que disponía de las Juntas de Sanidad y las de Beneficencia y Caridad comprendidas en la organización sanitaria y hospitalaria; otro militar, con su propia organización y red de hospitales; un tercero mutualista, integrado por casas de salud dependientes de las llamadas asociaciones regionales de inmigrantes españoles y

54 Carlos Rafael Fleitas Salazar: *Medicina y sanidad en la historia de Santiago de Cuba. 1515-1898*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2003, p. 66.

55 Gregorio Delgado García: La salud pública en Cuba durante el periodo colonial español, *Cuadernos de Historia de la Salud Pública* 1999;85(1). [consultado: 29 de enero de 2017]. Disponible en: [http://bvs.sld.cu/revistas/his/vol_1_96/his07196.htm].

trabajadores del comercio, en su mayoría hispanos; y un cuarto, privado, compuesto por casas de salud propiedad de médicos que brindaban servicios a la población que podía pagarlo.

De las juntas se conoce la existencia de una Junta Superior de Sanidad en La Habana, y en las capitales de las restantes cinco provincias —entonces la isla estaba dividida en seis—, así como en las cabeceras municipales. Como función principal de estas juntas estaba la supervisión de los treinta hospitales estatales o de caridad, y de las siete instituciones de beneficencia pública existentes en territorio cubano, entre estas últimas la Real Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana.⁵⁶ Los subsistemas de salud privado y mutualista contaban con algo más de veinte casas de salud o clínicas en toda la Isla, y en la etapa entre guerras (1880-1894), el mutualista aumentó no solo en número de unidades, sino en calidad de los servicios prestados.

El subsistema militar de salud se encontraba muy bien organizado, con un personal de plantilla integrado por un inspector médico de primera clase, un subinspector médico de primera clase, dos subinspectores médicos de segunda clase, cuarenta médicos mayores, ciento veintiún médicos primeros, dos farmacéuticos mayores y dieciséis farmacéuticos primeros. Asimismo, contaba con cuatro hospitales de primera y segunda clases en La Habana, Santiago de Cuba, Puerto Príncipe y Santa Clara; nueve de tercera y trece de cuarta, con un total de dos mil quinientas camas para un ejército de unos trece mil soldados.⁵⁷

Comenzada la guerra el 24 de febrero de 1895, gran parte de los médicos cubanos partieron al exilio, y otros, entre ellos Zertucha, se sumaron a las fuerzas mambisas, por lo cual todo el sistema de salud se debilitó considerablemente.

⁵⁶ Gregorio Delgado García: Conferencias de Historia de la Administración de la Salud Pública en Cuba, *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, número 81, Editorial Ciencias Médicas, La Habana, 1996, p. 162.

⁵⁷ *Guía de Forasteros en la Siempre Fiel Isla de Cuba para el año económico de 1893-94*, Imprenta Gobierno General, La Habana, 1893, p. 326.

El subsistema estatal quedó subordinado casi por completo al militar, que contaba con todos los recursos de la monarquía, y los subsistemas mutualista y privado vegetaban como podían mientras duró el cruento conflicto bélico. Si bien es cierto que la universidad no fue clausurada oficialmente, en muchas cátedras de la Facultad de Medicina nombraron médicos militares, y su movimiento se tornó muy pobre. Algunas instituciones científicas cerraron o disminuyeron sus actividades temporalmente, y otras pasaron paulatinamente a disposición de las necesidades de la contienda, al igual que los locales de iglesias e instituciones que en lo fundamental pudieran ser utilizados como hospitales de sangre.

Al estallar la guerra, muchas instituciones sanitarias se reorganizaron. En Santiago de Cuba, el hospital civil fue permutado con la Casa de Beneficencia, con el propósito de proteger a los asilados debido a que esta última quedaba frente a las líneas de circunvalación defensiva de la ciudad —medida insulsa e insultante, puesto que el Ejército Libertador jamás dañaría a los niños asilados ni a los enfermos—; el hospital permaneció allí hasta el cese de la dominación española.⁵⁸

En el poblado de Regla, localizado junto a la bahía de La Habana, se unieron varios grandes almacenes y en ellos se organizó un hospital que en noviembre de 1896 contaba con tres mil seiscientas camas, cifra que aumentó de manera que el 1º de enero de 1898 era de cinco mil. La Real Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana quedó habilitada como un hospital de dos mil cien camas.

El viejo e histórico Hospital Militar de San Ambrosio, en la capital de la colonia, cerró sus puertas en enero de 1896 y en esa fecha se trasladó para las alturas del Príncipe con el nombre de Hospital Militar Alfonso XIII, actual Hospital General Calixto García. Entonces contó con ochenta y un

⁵⁸ Carlos Rafael Fleitas Salazar: Ob. cit., pp. 28-29.

barracones de madera, cincuenta de ellos dedicados a medicina general, doce a enfermedades infecciosas, dos a fiebre amarilla específicamente, y seis a convalecientes; de estos, cuatro estaban destinados a oficiales enfermos y el resto a actividades de dirección, administración y apoyo. Cada barracón tenía espacio para treinta ingresados, lo cual dotaba a la institución de una capacidad para albergar dos mil doscientos veinte enfermos, mas en la práctica se elevó a tres mil.⁵⁹

En el resto de la Isla, el estallido de la guerra provocó un aumento muy notable de camas en las diferentes instalaciones hospitalarias. Las de Santiago de Cuba y Sancti Spíritus tenían dos mil camas, respectivamente. El mayor hospital fuera de La Habana se encontraba en Santiago de Cuba y, curiosamente, su nombre era Hospital Militar Príncipe Alfonso, muy parecido al de la capital; con capacidad para más de trescientas camas, su plantilla contemplaba un médico mayor, dos médicos primeros, gran cantidad de ayudantes, un dentista, personal administrativo y cuarenta y seis negras sirvientas.⁶⁰

El hospital de Ciego de Ávila tenía mil setecientas camas; los de Cienfuegos y Sagua la Grande, mil cuatrocientos cincuenta; el de Remedios, mil cuatrocientas; el de Holguín, mil trescientas; y los de Pinar del Río, Matanzas, Santa Clara, Trinidad, Isabela de Sagua, Puerto Príncipe y Bayamo, mil camas cada uno. En total, el 1º de enero de 1898 había cuarenta y cinco mil seiscientas ochenta y cinco camas en los hospitales.⁶¹

Los antecedentes de la organización militar mambisa se encuentran en los mismos inicios de la Guerra de los Diez

59 Gregorio Delgado García: Conferencias de Historia..., p. 162.

60 Carlos Rafael Fleitas Salazar: Ob. cit., p. 29.

61 A. Larra y Cerezo: Datos sobre la guerra de Cuba (firmado en Madrid a 31 de mayo de 1898), *The Lancet*, junio 1 de 1898, 154(2), pp. 1637-1639, en: José A. Martínez-Fortún y Foyo: Cronología médica cubana. Contribución al estudio de la historia de la Medicina en Cuba, fascículo X, edición mimeografiada, La Habana, 1957, pp. 52-53.

Años. En abril de 1870, el presidente de la República de Cuba en Armas, Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, creó por decreto el Cuerpo de Sanidad Militar, el cual establecía el nombramiento de un jefe superior de Sanidad y uno de Sanidad por cada departamento en los que quedó dividida la Isla mediante la Constitución de Guáimaro: Oriente, Camagüey y Las Villas. A pesar de sus escasísimos recursos, la Sanidad Militar mambisa contó con una magnífica organización, regulada en ambas guerras por leyes de Organización Militar, como por ejemplo, las del 9 de julio de 1869 y del 28 de febrero de 1874, en la Guerra de los Diez Años.⁶² El licenciado Pedro Manuel Maceo Infante, farmacéutico, tuvo la gloria de iniciar desde su farmacia el glorioso incendio de Bayamo, e incorporado a las fuerzas libertadoras fue el primero en ocupar la jefatura de la Sanidad Militar mambisa.

En relación con la contienda del 95, nuestro Apóstol avizoró el papel estratégico que los médicos podrían desempeñar en la lucha por la independencia, cuando en una misiva dirigida al doctor Martín Marrero Rodríguez, después coronel mambí, le expresó:

Los médicos son los más apropiados y por lo tanto, serán los mejores delegados. Sus pasos en ninguna parte llaman la atención; siempre son bien recibidos. Todos le deben algo: unos la vida, otros dinero. El médico es quien mejor conoce los secretos de todos: por eso, esta será la revolución de los médicos.⁶³

62 Gregorio Delgado García: La salud pública en Cuba durante el periodo colonial español, s/p; y José López Sánchez: Panorama de la ciencia en Cuba al comienzo de la Guerra de los Diez Años (trabajo leído en el anfiteatro de la Biblioteca Nacional José Martí, publicado en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1968;59 (3), pp. 105-138, y reproducido en José López Sánchez: *Ciencia y Medicina. Historia de las Ciencias*, Editorial Científico-Técnica, Ciudad de La Habana, 1989, pp. 41-63.

63 Gonzalo de Quesada y Miranda: *La revolución de los médicos. Anecdótico martiano*, Ediciones Patria, La Habana, 1948, p. 70.



Y así fue. De los profesionales incorporados al Ejército Libertador desde el inicio de la guerra, el 24 de febrero de 1895, hasta el 25 de abril de 1898, la mayoría fueron médicos, con un total de sesenta y siete, seguidos por treinta y dos abogados, treinta farmacéuticos, quince periodistas y catorce dentistas.⁶⁴

El propio Antonio Maceo valoraba altamente a los galenos, y así lo demuestra una carta suya escrita en campaña, el 30 de abril de 1895, en la cual señaló: «[...] estamos sin familias, no hay día en que no se me incorpore gente, toda la juventud de Santiago de Cuba, se lanza al campo, tenemos buenos médicos y abogados con nosotros».⁶⁵

Con la experiencia de la Guerra de los Diez Años y el objetivo de mejorar la organización del Cuerpo de Sanidad Militar, en septiembre de 1895 se reunió un grupo de destacados galenos, entre quienes se encontraban los doctores Joaquín Castillo Duany, Fermín Valdés Domínguez, Federico Augusto Incháustegui Cabrera, Hugo Roberts Fernández y Eugenio Sánchez Agramonte. Por su experiencia y capacidad, el doctor Incháustegui fue nombrado director jefe del Cuerpo de Sanidad Militar, pero por enfermedad falleció días después, el 7 de septiembre de 1895,⁶⁶ y el doctor Joaquín Castillo Duany ocupó el cargo de jefe del Primer Cuerpo de Sanidad, con grado de coronel.

La Sanidad Militar mambisa siempre fue un elemento bá-

64 Datos compilados por el acucioso investigador Francisco Pérez Guzmán, a partir de fuentes del Archivo Nacional de Cuba: Fondos Ejército Libertador; Carlos Roloff; libros de regimientos; planillas de liquidación de haberes del Ejército Libertador (1895-1898), y Donativos y Remisiones. Ver Francisco Pérez Guzmán: *Radiografía del Ejército Libertador, 1895-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 57.

65 *Papeles de Maceo*, tomo II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998, p. 128.

66 Jorge Eduardo Abreu Ugarte: Experiencias aportadas por los médicos militares cubanos en las guerras por la independencia del siglo XIX, *Revista Cubana de Medicina Militar*, 2009;38(1). [consultado: 15 de abril de 2016]. Disponible en [http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S0138-65572009000100015&script=sci_arttext].

sico en la organización del Ejército Libertador. En relación con el 22 de octubre de 1895, día de la partida de la columna invasora desde Mangos de Baraguá, en su diario de la invasión Antonio Maceo precisó: «La columna á su partida de Baraguá estaba compuesta de 1200 hombres (500 infantes y 700 ginetes) contando en ese número el Estado Mayor, la Sanidad, la Escolta del General y la del Gobierno».⁶⁷ (54) Nótese que se menciona la Sanidad en segundo lugar, inmediatamente después del Estado Mayor e, incluso, por delante de la escolta de Maceo, lo que evidencia la importancia que se le daba.

Maceo se preocupaba constantemente por la situación de los heridos, como puede apreciarse en las anotaciones en su diario de la invasión correspondientes al 16 de enero de 1896: «Mientras se organizaba la marcha después de un ligero descanso empleado en la curación de los heridos [...]»⁶⁸ Y posteriormente, entre los días 12 al 18 de octubre del mismo año, se lee:

El Gral Maceo ha sido tal vez el único que no se ha dado un día de descanso, pues durante el periodo señalado ha recorrido constantemente acompañado tan solo de dos o tres oficiales, distintos campamentos, así como las prefecturas y hospitales de sangre, corrigiendo lo defectuoso, ó disponiendo las innovaciones oportunas.⁶⁹

El 31 de diciembre de 1896, Guaniguanico, seudónimo empleado por uno de los compañeros de Maceo en la Campaña de la Invasión, publicó en *La République Cubaine*, de

67 Antonio Maceo: *Diarios de campaña*: Compilación, introducción y notas, Aisnara Perera Díaz, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 11.

68 *Ibidem*, p. 16.

69 Es válido recordar que en ocasiones las anotaciones las hacían otros oficiales, por lo cual se cita a Maceo en tercera persona. Ver Antonio Maceo: *Diarios de campaña*, p. 106.

París, una interesante caracterización del Titán en la que, aseguraba: «Se ocupaba de lo más mínimo; de si éste corre el caballo sin motivo, de si aquél está montado cuando debiera hallarse a pié; si los caballos comen; si los heridos se encuentran bien asistidos, etc.». ⁷⁰

En la guerra de 1895, la primera Ley de Organización Militar, de fecha 7 de enero de 1896, reconoce a la Sanidad como un Instituto más dentro del Ejército y en su artículo 30 orienta que se rija por su propia Ley de Organización. ⁷¹

En consecuencia, el 26 de marzo de ese año se presentó al Consejo de Gobierno la Ley Orgánica de Sanidad Militar, que había sido aprobada el 28 de enero, la cual con veinticinco artículos y uno adicional instauró la distribución sanitaria por ejércitos y divisiones, incluidos médicos, dentistas, farmacéuticos y estudiantes de Medicina. El objetivo de ese cuerpo era prestar los servicios demandados por los heridos y enfermos en campaña, y resolver todas las cuestiones relacionadas con la sanidad en el Ejército Libertador.

La estructura aprobada para el personal médico, que no era igual a la del subsistema militar de salud antes reseñada en este libro, fue la siguiente: un jefe superior de Sanidad, con grado de brigadier, cuyo nombramiento, tal como se estipuló desde la Guerra de los Diez Años, correspondía al Consejo de Gobierno; un jefe de Sanidad, con grado de coronel, en cada Cuerpo de Ejército; un médico mayor, con grado de teniente coronel, en cada división existente en los cuerpos del Ejército; un médico primero, con grado de comandante, en cada brigada, y un médico segundo, con grado de capitán, en cada regimiento o batallón. Los auxiliares

70 Ver Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, segunda edición corregida y aumentada, Academia de Ciencias de Cuba, Colección Historia-Academia, Imagen Contemporánea, La Habana, 2012, p. 7.

71 Archivo Nacional de Cuba: *Leyes de la Revolución de Cuba*, Imprenta de Rambla, Bouza, Habana, 1912. En Ismael Sarmiento Ramírez: *El ingenio del mambí*, tomo II, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008, p. 281.

de sanidad o ayudantes solo podían ostentar hasta el grado de teniente, y los practicantes de primera y segunda clase, los de subteniente y sargento.

Los ascensos de subteniente a coronel se proponían por el jefe superior al secretario de la guerra, por lo que los jefes de Sanidad solo tenían atribuciones para nombrar a los practicantes. En el Cuerpo de Sanidad destaca la organización de un sistema de transporte de heridos en las acciones combativas de las etapas más móviles de la guerra, como en la Campaña de la Invasión, en que fue necesaria la evacuación de más de cuatrocientos, muchas veces bajo el hostigamiento de las tropas españolas.

Incorporación a la contienda independentista

Acerca del ingreso de Zertucha en el Ejército Libertador, César García del Pino precisó que se incorporó a principios de 1896;⁷² como dato exacto se conoce que fue el 6 de enero.⁷³ Al referirse a enero de 1896, en el diario de la invasión Maceo relató:

Los días 2 y 3 continuamos marcha de avance por la provincia de La Habana. Se rindió el destacamento de voluntarios «Las Vegas» haciendo entrega de 20 armamentos y 1 000 tiros. Pasamos á tiro de bala de una columna española fuerte de 1 500 hombres que se encontraba en el ingenio «Teresa». Nos apoderamos de las poblaciones de Guara y Melena del Sur, visitada momentos antes por

72 César García del Pino: *Mil criollos del siglo XIX. Breve diccionario biográfico*, ediciones especiales, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2013, p. 299.

73 Declaración del Dr. Máximo Zertucha Ojeda ante la comisión nombrada para investigar las causas de su acogida a indulto en diciembre de 1896 (ver anexo 1). En Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Ob. cit., p. 97.

numerosas fuerzas españolas: 180 armamentos y 3 500 tiros fué el botín de guerra adquirido por nuestras armas en esta operación.⁷⁴

Ese testimonio coincide con lo referido por Zertucha, quien ingresó con grado de capitán, por lo cual clasificaba como médico de segunda clase, de acuerdo con el artículo 41 de la Ley de Organización Militar.⁷⁵ Ubicado inicialmente en la 3^{ra} Brigada de la 2^{da} División del 5^{to} Cuerpo,⁷⁶ en las fuerzas de la Comisión del teniente coronel Betancourt, el 3 de febrero,⁷⁷ en el ingenio Teresa, de Melena del Sur, bajo el mando del brigadier Pedro Díaz Molina, quien, de madre esclava, había tenido un notable ascenso en su carrera de mando. El destacado general lo ascendió a comandante y le asignó el mando de la brigada de Batabanó en La Habana.⁷⁸ Al incorporarse al Ejército Libertador tenía cuarenta y dos años de edad, y tal como se caracterizó anteriormente, cuando contaba con 17 años, continuaba delgado, de regular estatura, y a su pelo rubio se sumaban algunas canas. Se añade que la miopía le obligaba a usar lentes, y era un hombre culto.⁷⁹

Cuando el 14 de marzo de 1896 las tropas mambisas acampaban en La Luisa, de momento se sintieron dis-

74 Antonio Maceo: *Diarios de campaña*, p. 21.

75 Enrique Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón. Apuntaciones históricas*, Centenario 1868, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967, p. 119.

76 Rubén Carlos Mayo Márquez: *Médicos en el Ejército Libertador*, revista *Mediciego* 2013;19 (Supl. 1). [consultado: 16 de abril de 2016]. Disponible en: [http://www.bvs.sld.cu/revistas/mciego/vol19_supl_2017/pdf/T27.pdf].

77 Esta fecha coincide con lo escrito por Zertucha en su diario. Ver *Diario de campaña del Dr. Máximo de Zertucha*, publicado por partes en veintiséis ediciones del periódico *Heraldo de Melena*, del 1° de septiembre de 1944 al 1° de marzo de 1947. Reproducido íntegramente con introducción y notas de Gregorio Delgado Fernández, en Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Ob. cit., p. 75.

78 Declaración del Dr. Máximo Zertucha Ojeda ante la comisión nombrada...: Ob. cit., p. 97.

79 Leonardo Griñán Peralta: *La muerte de Antonio Maceo...*, p. 19.

paros provenientes de la manigua; preparados para el combate recibieron una agradable sorpresa: se trataba del general Antonio Maceo. La alegría fue unánime, Zertucha escribió en su diario «¡Viva Maceo!».⁸⁰ El lugarteniente regresaba de su excursión desde los confines de Mantua a la provincia de Matanzas, para darse lo que sería su último abrazo con Máximo Gómez, en Galalón.

En La Luisa tuvo lugar el segundo encuentro entre Maceo y Zertucha, quien, ya con grado de comandante, dirigía una brigada médica —recordemos que se habían conocido cuatro años antes, en Costa Rica—. Inmediatamente Maceo le nombró jefe de Sanidad de las fuerzas invasoras y lo incorporó a su Estado Mayor; así sustituyó al doctor Frexes en la secretaría particular del Lugarteniente General.⁸¹

Por su destacada labor, el 13 de mayo, en apenas tres meses, el doctor Zertucha fue ascendido a médico mayor —con grado de teniente coronel— de la 2^{da} División del 5^{to} Cuerpo, que operaba en la zona de Matanzas-La Habana. El 6 de agosto del propio año fue ascendido a coronel y nombrado jefe de Sanidad, lo que le otorgaba el mando interino del 5^{to} Cuerpo,⁸² en sustitución del doctor Hugo Roberts Fernández. Otros autores han señalado erróneamente que se trataba del 4^{to} Cuerpo⁸³ y que su ascenso a jefe de Sanidad fue el 13 de junio.⁸⁴

80 Diario de campaña del Dr. Máximo de Zertucha, pp. 71-88.

81 Leonardo Griñán Peralta: *La muerte de Antonio Maceo...*, p. 20.

82 Rubén Carlos Mayo Márquez: Ob. cit., s/p, y Declaración del Dr. Máximo Zertucha Ojeda ante la comisión nombrada...: Ob. cit., p. 97.

83 Emilio L. Herrera Villa: *Máximo Zertucha, acusado por la infamia*. Periódico *Juventud Rebelde*, 14 de junio de 2009. [consultado: 10 de abril de 2016]. Disponible en: [<http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2009-06-14/maximo-zertucha-acusado-por-la-infamia/>]

84 Amels Escalante Colás y cols: *Diccionario enciclopédico de Historia Militar de Cuba*, primera parte (1510-1898), tomo I, *Biografías*, Centro de Estudios Militares, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2001, p. 502.

Durante toda la contienda guerrera, el doctor Zertucha desarrolló una destacada labor como médico asistencial, a pesar de que, como he señalado, tuvo un rápido ascenso en los grados militares. Veamos lo expresado por el general Manuel Piedra Martel:

Los heridos de Vega Morales, después de recibida la primera cura, no fueron visitados por un médico sino al cabo de muchos días. Este médico fue el doctor Máximo Zertucha. Zertucha me entablilló y vendó el brazo fracturado, dejándome un solo vendaje de repuesto. Medicina ninguna pues no la había.⁸⁵

Por tratarse de un interesante testimonio que muestra las vicisitudes sufridas por los mambises enfermos, citamos *in extenso* lo relatado por el general Piedra:

[...] la supuración de mis heridas era de una abundancia tal que parecía que todo mi organismo se había convertido en aquella putrefacta materia. El pus me corría a lo largo del brazo roto como por los contornos de una vela se desliza el sebo derretido arriba por la llama del pabilo. Y era tan desagradable el olor que, por evitarlo, llevaba siempre la cabeza inclinada sobre el hombro opuesto. Las tablillas, quitadas una vez, ya no fue posible colocármelas de nuevo, porque Martorell, que era un excelente muchacho no entendía nada en quehaceres sanitarios, a tal extremo que, desconfiando de su destreza, yo mismo me cambiaba las vendas. Y ¡qué vendas! Como las lavaba, o pretendía lavarlas, en un arroyo que corría al pie del rancho, cuyas aguas, recogidas de las vertientes de las lomas en aquella estación de las lluvias, están siempre fan-

85 Manuel Piedra Martel: *Memorias de un mambí*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968, pp. 115-116.

gosas, y además no tenía jabón, conservaban el amarillento color y el nauseabundo olor del pus.⁸⁶

Martorell pertenecía a la plana menor o brigada sanitaria, compuesta por tenientes, que eran los ayudantes; alféreces, practicantes de primera clase; sargentos, practicantes de segunda clase, y soldados, simples practicantes. En su condición de soldado, este joven, quien, si bien era un excelente muchacho según el criterio del general Manuel Piedra, no tenía conocimientos sanitarios. La necesidad ocasionada por la propia guerra hacía que, muchas veces, para la plana menor se nombrara a jóvenes inexpertos que en el transcurso de las acciones se iban adiestrando con el laboreo diario y el estudio de la *Cartilla Instructiva*, importante documento médico redactado por el doctor Eugenio Molinet Amorós.⁸⁷

La lectura atenta de ese material demuestra el nivel científico de los médicos que participaron en la guerra, y estoy convencido que muchas vidas ayudó a salvar. En el preámbulo, su autor escribió:

[...] he procurado condensar en estas páginas y en modo á mi parecer, claro, compendiado y práctico, los conocimientos más elementales acerca de lo

⁸⁶ Ibid.

⁸⁷ El 18 de noviembre de 1896, el brigadier Eugenio Sánchez, jefe superior de Sanidad, emitió una circular en respuesta a la cual el doctor Eugenio Molinet Amorós le envió una carta fechada el 10 de enero de 1897, en San Diego del Chorillo. En ella le adjuntaba la *Cartilla Instructiva de Sanidad Militar*, valioso documento que enriquece la historiografía médica cubana. En veintiséis páginas y tres capítulos, la referida cartilla clasifica adecuadamente las heridas y sus complicaciones, así como señala la conducta a seguir. Ver Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias: *Selección de textos sobre la historia de la Logística Militar Cubana. 1868-1898, tomo I*, tercera parte, Ejército Libertador de Cuba (Mambí). En Tradiciones, edición mimeografiada, La Habana, 1990, pp. 81-119.

que es una herida, como cura, cuáles son las causas que dificultan ó evitan que ésta se realice y cuáles son los medios que el Practicante posee y reglas que debe seguir para obtener un buen éxito.⁸⁸

Sigamos con los argumentos de Piedra:

A muchos de los heridos se le crearon gusanos [...] pasábamos hambre. En ocasiones transcurrían días sin más alimento que frutas, algunas veces verdes y hasta tiernas, que hacíamos hervir. Comenzaba la estación de los mangos; pero las matas más próximas estaban fuera de las lomas [...] Luis Mendi-ve no podía caminar a causa de que su herida era en una pierna [...] las llagas tan purulentas se me adherían a la áspera tela de la hamaca, y esto y la plaga de mosquitos no me dejaban dormir.

Y continúa el general:

Cuando el doctor Zertucha estuvo a visitarnos por segunda vez ya casi había desaparecido la supuración de mis heridas, pero el hueso del brazo había soldado mal. Me propuso hacerme un raspado, pero me negué a ello, pensando lo inútil que sería un dolor más si después de sufrido me mataban. Aplacé la operación para cuando terminara la guerra, con muy buen acierto, pues no la he necesitado. En aquel hospital tuve por primera y única vez en mi vida piojos y carárganos.⁸⁹

Las palabras de Piedra evidencian la profesionalidad del doctor Zertucha, quien daba seguimiento a sus enfermos; además le propuso la intervención quirúrgica en campaña, lo que explica su adecuada preparación como cirujano.

⁸⁸ *Ibíd.*

⁸⁹ Manuel Piedra Martel: *Memorias de un mambí*, pp. 115-116.

Asimismo, se demuestra que era un médico calificado para realizar cualquiera de los dos servicios básicos que se prestaban en el Cuerpo de Sanidad Militar: el sanitario móvil, practicado en los campamentos, marchas y campos de batalla, y el fijo o inmóvil, el cual se realizaba en hospitales, farmacias y comisiones especiales. Este segundo tipo también incluía los hospitales de campaña, conocidos como hospitales de sangre, temporalmente inamovibles, donde se atendían los heridos de los combates para luego repartirlos entre los hospitales fijos, prefecturas o casas particulares.⁹⁰

Con respecto a las prefecturas, resulta interesante el testimonio de Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón, oficial español que durante la guerra estuvo prisionero entre los mambises. En mi opinión, su juicio tiene mayor valor por tratarse de un observador no comprometido con la causa de los cubanos. Según él:

[...] estas prefecturas no son otra cosa que algunos miserables bojíos diseminados por el bosque, a alguna distancia entre sí, y en los que viven varias mujeres, niños, viejos, y hombres enfermos o heridos: todos obedecen al prefecto, autoridad colocada allí por el gobierno de los insurrectos, que tienen el deber de atender a los enfermos y heridos, y el de proporcionar prácticos a las partidas que los necesiten. En muchas de ellas no hay más que un solo bojío, habitado por el prefecto y alguna otra persona.⁹¹

La atención a los hospitales de sangre fue siempre priorizada. Veamos un ejemplo descrito por Miró en sus *Crónicas de la guerra*: «Las tres horas que quedaban de sol debían emplearse en reorganizar las fuerzas, establecer el

90 Ismael Sarmiento Ramírez: *El ingenio del mambí*, tomo II, p. 288.

91 Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón: *En la manigua. Diario de mi cautiverio*, Ediciones Huracán, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2013, p. 65.

hospital de sangre en sitio conveniente y preparar la nueva expedición [...]». ⁹²

Otro ejemplo de la asistencia médica prestada por el doctor Zertucha lo encontré en una carta de Juan Eligio Ducasse, donde le escribió: «Aún recuerdo el día de Galalón donde me ví herido de bala, y usted supo, en mitad del campo de batalla, curarme y curar a mis compañeros que también solicitaron su ciencia». ⁹³ En este combate el galeno practicaba el servicio sanitario móvil de forma múltiple, al tener que atender simultáneamente a varios heridos. Sin dudas, este era el servicio más peligroso y complejo brindado en la guerra. Importa destacar que la organización de la Sanidad Militar contemplaba, incluso, el traslado a los enfermos que lo necesitaban hacia el extranjero.

En una nota necrológica sobre el comandante Carlos Pillot Blatairou, ayudante del general Antonio Maceo, publicada en *Acción Ciudadana*, se aborda el tema. La información, firmada por el doctor Felipe Martínez Arango, recuerda al coronel Andrés, hermano del fallecido y ayudante del Lugarteniente General del Ejército Libertador durante toda la invasión, quien había:

[...] fallecido en Nueva York —adonde fué embarcado por el cubano Perfecto Lacoste— en el año 1898 a consecuencia de un balazo recibido en la cabeza en los albores de la campaña de Pinar del Río; y a pesar de los esfuerzos realizados por el doctor J.R. Álvarez Chacón —gran corazón cubano— en dicha ciudad para tratar de salvar la vida del valiente mambí. ⁹⁴

⁹² José Miró Argenter: Ob. Cit., tomo III, p. 293.

⁹³ Gregorio Delgado Fernández: Otra vez... Vasconcelos contra Zertucha, pp. 11-25.

⁹⁴ Gonzalo de Quesada y Miranda: *La revolución de los médicos. Anecdótico martiano*, p. 70.

Otro ejemplo de evacuación al exterior lo encontré en un artículo publicado por el periodista Walfredo Vicente Her-
cia, a partir de entrevistas realizadas a los médicos Benigno
Souza y Eugenio Molinet, testigos presenciales de la con-
tienda guerrera. Según sus apuntes:

Siempre que había que realizar ciertas operacio-
nes y no había medio de practicarlas en la ma-
nigua, esos lesionados se embarcaban rumbo a
los Estados Unidos [...] El doctor Horacio Fer-
rer —hoy uno de los oculistas más notables del
mundo—comandante de nuestro Ejército Liber-
tador, herido de un tremendo balazo en el maxi-
lar superior, con la bala dentro, fué embarca-
do para los Estados Unidos donde se le operó,
regresando, después de sano, a incorporarse al
Cuerpo de la Sanidad Militar.⁹⁵

De acuerdo con lo planteado por el doctor Gregorio Del-
gado García, historiador médico del Ministerio de Salud
Pública (Minsap), la operación del doctor Horacio Ferrer
Díaz la realizó en Nueva York el destacado cirujano cubano
Raimundo G. Menocal.⁹⁶

La situación de la Sanidad Militar durante la gesta in-
dependentista atravesó diferentes momentos. Al respecto,
Piedra Martel señaló:

En cuanto a Sanidad Militar, aunque el perso-
nal médico no era del todo escaso, las más de
las veces carecía de instrumental quirúrgico y

95 Walfredo Vicente Hercia: La cirugía en la manigua, *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, número 85, 1999. [consultado: 28 de febrero de 2016]. Disponible en [http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu.htm]. Cotejado con el original que se encuentra en el Archivo de la Oficina del Historiador del Minsap.

96 Ver el prólogo de Gregorio Delgado García a *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, N° 85, 1999. [consultado: 28 de febrero de 2016]. Disponible en: [http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm].

aun de medicinas, por lo que con frecuencia se veía impotente para practicar una amputación necesaria, o aplicar el medicamento cicatrizador de una herida. ¡Cuántos y cuántos de nuestros hombres, que debidamente atendidos se habrían podido salvar, no perecieron por esta causa! Y huelga decir que nuestros hospitales consistían en miserables ranchos de vara en tierra dentro de la selva, lo más apartado e ignoto posible, única manera de sustraer a la implacable saña del enemigo a enfermos, médicos y enfermeros.⁹⁷

En contraposición, el doctor Fermín Valdés Domínguez, médico que también participó en la contienda guerrera, refirió:

Mis heridos están bien asistidos, tienen el médico a su lado y nada les falta. He trabajado, pero ya hoy tengo reses y gallinas, tres cajones de medicina y dos cajas de amputaciones y los instrumentos; y preparados necesarios para toda clase de operaciones. Y aquí estaré hasta pasado mañana que iré a ver los heridos que están en la Prefectura de Seboruco, en donde está el doctor Martínez; y todos me tendrán cerca hasta que ya no me necesiten.⁹⁸

Debemos tener presente que estas anotaciones las realizó en su diario el 26 de febrero de 1896, es decir, al año de iniciada la guerra, cuando aún los recursos médicos no escaseaban.

El doctor Máximo Zertucha supo actuar con verdadera maestría ante diferentes incidencias, y su labor asistencial

97 Manuel Piedra Martel: *Memorias de un mambí*, p. 75.

98 Fermín Valdés Domínguez: *Diario de Soldado*, tomo primero, Centro de Información Científica y Técnica, Universidad de La Habana, Transcripción y revisión de Hiram Dupotey Fideaux, Colección Documentos, n° 8, noviembre de 1972, p. 152.

fue sistemática. El 27 de febrero de 1896 escribió en su diario: «Cura de los heridos, continúa la marcha».⁹⁹ A pesar de que en esos momentos ya tenía grado de comandante, era jefe de Sanidad de la brigada y pertenecía a la plana mayor, su amor por la medicina, lo llevaba a la cura directa de los heridos, tarea generalmente realizada por los miembros de la plana menor. En su hoja de servicios destacan la organización de los servicios sanitarios de la brigada de Batabanó, así como los de la división de Pinar del Río, provincia donde fundó los hospitales de Rubí, Brujo, Rangel y Sabana de Morqui. Como médico de asistencia, atendió a los heridos en más de cincuenta acciones combativas.

Su destacado desempeño como profesional y patriota contribuyó a que el 15 de junio de 1896, transcurridos apenas cinco meses después de su alzamiento, el Lugar-teniente General Antonio Maceo Grajales lo distinguiera como su médico personal, labor que realizó con magistral desempeño.

La masonería y su relación con la designación de Zertucha como médico de Maceo

En 1864, a los dieciocho años de edad, señala el destacado historiador doctor Eduardo Torres-Cuevas,¹⁰⁰ el padrino de Maceo, José Ascencio de Asensio, le explicó al joven las características de un nuevo cuerpo masónico, creado el 28 de marzo de 1862 por el doctor Vicente Antonio de Castro y Bermúdez. Ese cuerpo, conocido como el Gran Oriente de Cuba y las Antillas (Goca), constituía una entidad de pedagogía social

⁹⁹ Diario de campaña del Dr. Máximo de Zertucha, p. 77.

¹⁰⁰ Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 27.

fundada en los principios de la ciencia y la virtud, por lo cual perseguía como objetivo la formación de hombres moralmente útiles, despiertos al pensamiento y dispuestos a actuar en beneficio del país y de la humanidad de modo racional y ético.

Su concepción implicaba una proposición pedagógico-filosófica-política que constituía el sistema más perfecto de educación social del hombre. Esa institución contaba con una veintena de logias en las principales ciudades y villas de la Isla, y sostenía concepciones sociopolíticas que permitían dar unidad y proyección a las inquietudes de quienes aspiraban a la independencia de Cuba.

Antonio Maceo se inició en el Goca en fecha no determinada.¹⁰¹ De acuerdo con lo planteado por el periodista e investigador Joel Murlot Mercaderes, ingresó en la masonería entre 1868 y 1872, considerando que en el primero de estos tendría veintitrés años, es decir, mayoría de edad, y en el segundo porque a él corresponde el primer documento conocido de su relación con la masonería: una carta de Carlos Manuel de Céspedes en la cual le llama hermano.¹⁰² Murlot desestima el año 1864, fecha más aceptada, por considerar que para entonces tenía diecinueve años y por lo tanto era menor de edad, y por la existencia de testimonios acerca de su comportamiento en esa época, debido al cual lo calificaban de tumultuoso, conducta incompatible con un iniciado en la masonería.

En 1879, en la Logia Masónica de Cayo Hueso, Estados Unidos, donde estaba radicado, el cubano José Dolores Poyo y Estenoz reunió a un grupo de patriotas, entre ellos José Esquinaldo y Pérez, Gregorio Cruz, José M. Azpeitia, Teodoro Pérez, Joaquín León, Cristóbal Morilla, Luis F. Sánchez, Manuel I. Delgado, su hijo Manuel Patricio, y

¹⁰¹ Ibid.

¹⁰² Joel Nicolás Murlot Mercaderes: *Heroísmo y sindéresis en Antonio Maceo*. En Colectivo de autores: *Visión múltiple de Antonio Maceo*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1998, p.161.

Francisco Alpízar, para jurar que lucharían por Cuba. Así nació la Orden del Sol, de carácter secreto, centrada en la masonería, pero conspirativa. Según la historiadora Nydia Sarabia, entre los adeptos y juramentados se encontraban Máximo Gómez y Antonio Maceo.¹⁰³ Este club tuvo de asociado al Club de Señoras Hijas de Libertad.

Las investigaciones realizadas por Torres-Cuevas han contribuido a esclarecer la afiliación masónica de Maceo. El intelectual ha demostrado que es errónea la pretendida iniciación y pertenencia de Maceo a las logias Oriente y Colón de Oriente, pues no existió logia alguna nombrada Oriente, pues era esta una simbología masónica para referirse al Goca y nada tiene que ver con la provincia cubana que llevó ese nombre. Por otra parte, no podía pertenecer a la masonería de Colón porque en ella era prohibida la entrada de personas no conceptuadas como blancas.¹⁰⁴

El investigador apunta que Maceo llegó a efectuar el juramento de la masonería, y encuentra en la conducta y comportamiento del Titán de Bronce una actitud consecuente con los contenidos de las liturgias en los diferentes grados, sin poder asegurar hasta qué grado pudo haber ascendido de los treinta y tres del Goca. Sobre el tema de su inicio en la masonería y la importancia de esta en la formación de su personalidad, ha escrito la historiadora Zoe Sosa Bravo.¹⁰⁵

Según José Manuel Castellano: «La Sociedad Abolicionista Española se constituyó en 1865 y ese año el Supremo Consejo de Colón se manifestaba contrario a la admisión de individuos que no fueran considerados como blancos».¹⁰⁶

103 Ver la introducción de Nydia Sarabia al libro *Documentos inéditos de José Martí a José D. Poyo*, compilado por Luis Alpízar Leal, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1994, p. 4.

104 Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 33.

105 Zoe Sosa Bravo: *Antonio Maceo en la historiografía cubana. El tratamiento a aspectos controvertidos de su biografía*, Editorial Del Caribe y Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2015, pp. 182-188.

106 José Manuel Castellanos: *La masonería española en Cuba*, Litografía Romero, S.A., Centro de Cultura Popular Canaria, s/a, p. 312.

Por su parte, Aurelio Miranda Álvarez señaló que en el mismo año, a consulta de la Gran Logia, el Supremo Consejo de Colón aprobó una ordenanza sobre la admisión de profanos de color en la cual decía:

[...] encontrándonos en un país donde no es posible que la gente de color alterne con la clase blanca, hasta el caso de estar muy marcada la línea que los divide en la sociedad, donde no son admitidos con una absoluta libertad, se diga a la M.R.G.L [Muy Respetable Gran Logia] que no es dable recibir a ninguno que no sea considerado como blanco, aunque sea del estado llano para evitar de esta suerte los disgustos que podrían proporcionarse, y el conflicto en que todos se encontrarían de admitir a un sinnúmero de pardos y morenos a quienes conocemos revestidos de las mejores cualidades.¹⁰⁷

Al iniciarse la Guerra de Independencia de Cuba, el 24 de febrero de 1895, sus principales figuras, José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo, eran masones, aunque, según Torres-Cuevas, estaban muy alejados de las posiciones políticas de los dirigentes de la Gran Logia Cubana.¹⁰⁸ El 4 de abril de 1895, el capitán general de la Isla, Emilio Calleja Isasi, emitió un decreto mediante el cual suspendía los trabajos de las logias masónicas. Algunos masones de la época afirmaron que ni Calleja ni su sustituto, el general Arsenio Martínez Campos, se preocuparon por hacer efectiva la medida, lo cual sí realizó el general Valeriano Weyler y Nicolau.

En consecuencia con los preceptos anteriores, en la época en que Zertucha se incorporó al Ejército Libertador la

107 Aurelio Miranda Álvarez: *Historia documentada de la masonería en Cuba*, Molina y Compañía impresores, La Habana, 1933, p. 206.

108 Eduardo Torres-Cuevas: *Historia de la masonería cubana. Seis ensayos*, tercera edición, Academia de Ciencias de Cuba, Ediciones Imagen contemporánea, La Habana, 2013, p. 222.

masonería se había extendido por toda la Isla, y Antonio Maceo, conjuntamente con otros insignes patriotas, militaba en sus filas. En este libro esgrimimos que Zertucha perteneció a la masonería; para afirmarlo nos basamos en dos pruebas documentales en las cuales en su firma aparecen los tres puntos equiláteros del triángulo masón, simbología que identifica al masón en el mundo profano, como explica Torres-Cuevas en el glosario mínimo¹⁰⁹ incluido en su *Historia de la masonería cubana. Seis ensayos*.

El primero de los referidos documentos es el certificado de defunción de Francisco Gómez Toro, Panchito, firmado por Zertucha, inédito hasta 1952, cuando en su libro *Sobre la muerte del capitán Francisco Gómez Toro*, Luis Felipe Le Roy y Gálvez publicó una transcripción de la copia fotostática,¹¹⁰ e indicó que el original se encontraba en la Academia de la Historia de Cuba, y explicó haber obtenido la copia de un fototast del original que poseía el doctor Benigno Souza Rodríguez, médico mambí a quien dedicó su libro. En la transcripción no se colocaron los tres puntos del triángulo equilátero.

Años después, en 1958, Le Roy dio a conocer una separata de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, donde publicó una conferencia de divulgación histórica leída en extracto, en la Fragua Martiana, en la noche del 7 de diciembre de 1956. El folleto contiene la referida fotocopia del documento en la cual aparece por primera vez el triángulo masónico con sus tres puntos. El autor reiteró que el original se conservaba en la Academia de la Historia de Cuba, y accedió a él gracias al secretario de correspondencia de esa institución, profesor Manuel I. Mesa Rodríguez.¹¹¹ El documento fue publicado nuevamente en una compilación realizada por

109 Ibídem, p. 332.

110 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte del capitán Francisco Gómez Toro*, Imprenta Cárdenas y Compañía, La Habana, 1952, pp. 39-40.

111 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 16.



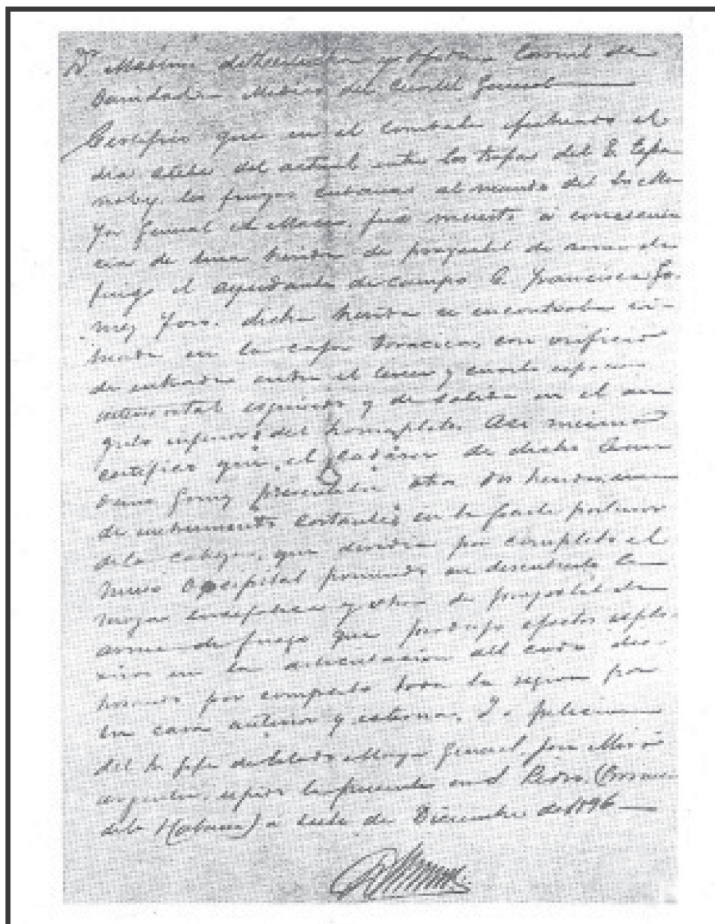
el doctor Gregorio Delgado García, historiador médico del Minsap, como referí anteriormente, y director de los *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, en el número 82 de esa publicación, correspondiente a enero de 1997. De varios documentos contenidos en ese texto, se trata más adelante.

El otro documento, menos conocido, es una carta fechada en Melena del Sur, el 19 de diciembre de 1896, dirigida por Zertucha al director del periódico *The New York Herald*, que constituye una de las versiones del galeno sobre los sucesos, de lo cual trataremos más adelante. El documento original se encuentra en el fondo Francisco de Paula Coronado, de la Universidad Central de Las Villas, y fue publicado por primera vez por la historiadora Lídice Duany Destrades, en su artículo «Acercamiento a la muerte de Antonio Maceo a través de una carta de Máximo Zertucha»,¹¹² que apareció en el año 2003 en la revista *Del Caribe*, en el que se muestra una fotocopia de la misiva donde en la firma del médico aparecen los tres puntos del triángulo equilátero. Dos años después la historiadora volvió sobre el tema y, aunque no publicó el documento original, al transcribirlo tuvo el cuidado de colocar los tres puntos del triángulo equilátero masón al lado de la firma.¹¹³

Considero un elemento importante el hecho de que Zertucha perteneciera a la masonería, para que fuera seleccionado por Maceo como su médico personal. En la Guerra de los Diez Años, el lugarteniente había tenido como tal al doctor Félix Figueredo, también masón, que lo asistió después del combate de Mangos de Mejía, donde resultó gravemente herido al recibir ocho impactos de bala.

112 Lídice Duany Destrades: Acercamiento a la muerte de Antonio Maceo a través de una carta de Máximo Zertucha, *Del Caribe*, N° 40, 2003, pp. 92-99.

113 Lídice Duany Destrades: Aproximación a la muerte de Antonio Maceo y Francisco Gómez Toro, en Olga Portuondo Zúñiga, Israel Escalona Chádez y Manuel Fernández Carcassés (coordinadores): *Aproximaciones a los Maceo*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, pp. 161-172.



Facsímil del certificado de defunción Panchito Gómez Toro emitido por el doctor Zertucha. En la firma del médico aparecen los tres puntos del triángulo masón.

Como dato interesante destaco que en el expediente académico del estudiante universitario Máximo Zertucha, en el folio 22 encontré una nota dirigida al secretario general, fechada en La Habana, el 28 de diciembre de 1875.¹¹⁴ Este documento, del cual una fotocopia obra en mi poder, se localiza en el Archivo Histórico de la Universidad de La Habana;

¹¹⁴ AUH: Expediente universitario..., folio 22.

en él, debajo de la firma del estudiante Máximo Zertucha aparece la de su padre, Isidro Zertucha, con los tres puntos del triángulo, por lo que es posible afirmar que este también pertenecía a la masonería. Quizás sus influencias contribuyeron a la inclinación del galeno para integrarse a esta confraternidad.

Además de su condición de masón, otro hecho que pudo haber incidido en que Maceo lo seleccionara como su médico, es que se conocían desde Puerto Limón, en Costa Rica, cuando Zertucha ejercía su profesión en los vapores de la Compañía Trasatlántica. De esa amistad da fe una tarjeta impresa de presentación del doctor Zertucha, en la que escribió una felicitación para su amigo Maceo. Este documento, inédito, lo encontré en el Archivo Nacional de Cuba¹¹⁵

Antonio Maceo, junto con Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado, ha sido considerado por la investigadora Zuleica Romay entre los hombres negros e ilustrados que, por su conducta o discurso, constituían ejemplos peligrosos para la opinión oficialista.¹¹⁶ A lo anterior puede añadirse que Antonio Maceo, «ese autodidacta, incansable lector»,¹¹⁷ era un hombre de vasta cultura y veía en Zertucha, que también era un hombre muy culto,¹¹⁸ no solo a su médico personal, sino también al compañero, al contertulio, al amigo con el cual podía conversar e intercambiar sobre diferentes temas.

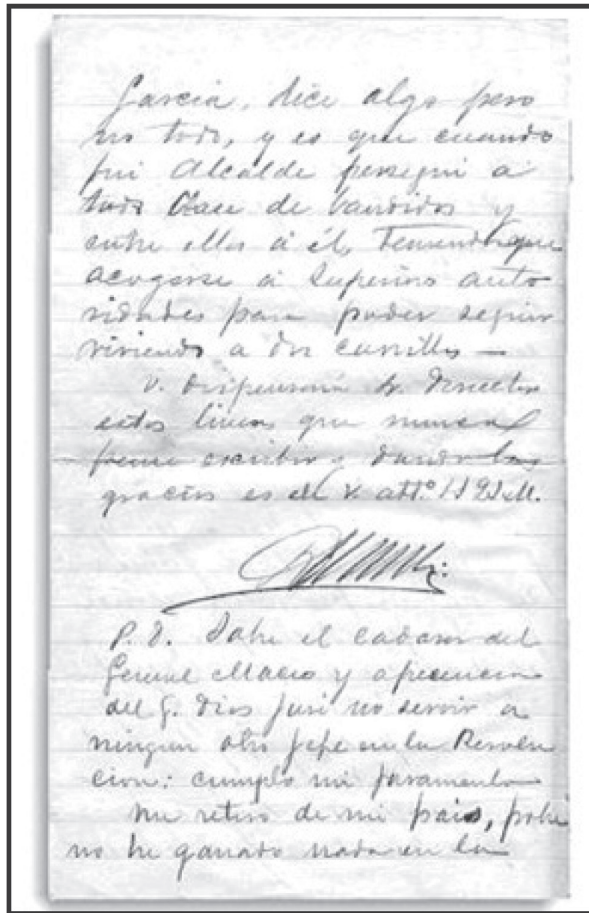
Juan F. Echeverría, el peruano que fuera secretario de Maceo en el último lustro de la década de los ochenta, y

115 Archivo Nacional de Cuba: Fondo Donativos y remisiones, caja 435, número 60.

116 Zuleica Romay Guerra: *Cepos de la memoria. Impronta de la esclavitud en el imaginario social cubano*, Ediciones Matanzas, Matanzas, 2015, p. 29.

117 Eduardo Torres-Cuevas: Presentación a la obra citada de Armando Vargas Araya, p. XI.

118 Sobre la vasta cultura del doctor Zertucha siempre se ha comentado entre sus descendientes, afirma un testimonio de Isidro Zertucha Viñas, biznieto del doctor Isidro Zertucha Ojeda.



Facsímil de la última página de una carta escrita por el doctor Zertucha, en la cual en la firma se aprecian los tres puntos del triángulo masón.

lo conoció cuando el Titán tenía cuarenta años de edad, lo caracterizó así:

Hablar suave y pausado, acento ligeramente gutural
 [...] Moralmente juzgado, Maceo era un hombre de
 clara inteligencia, a pesar de no haber recibido una
 mediana instrucción siquiera; no obstante esto, su

deseo de aprender, su consagración al estudio y el trato constante con distinguidas personalidades, había devastado su tosca naturaleza, de tal modo, que cuando lo conocí era ya el caballero de correctos modales, el político sagaz, de culta y amena conversación. Tenía especial predilección por la historia, y sus autores favoritos eran Mac [...], Thier y [...] Leía mucho y escribía más [...]¹¹⁹

En plena contienda guerrera, Maceo se preocupaba por mantenerse siempre informado y fomentar su cultura. Según Miró:

Maceo hizo algunos encargos al dueño de la finca, entre otras cosas, una colección del diario *La Lucha* y la última quincena del *Heraldo de Madrid*. El deseaba leer constantemente la prensa de España y la de la Isla, y tenía predilección por *La Lucha* y el *Heraldo*; este último, por las publicaciones sobre la campaña de Cuba que firmara Raparaz. Maceo decía que Raparaz era un escritor conceptuoso.¹²⁰

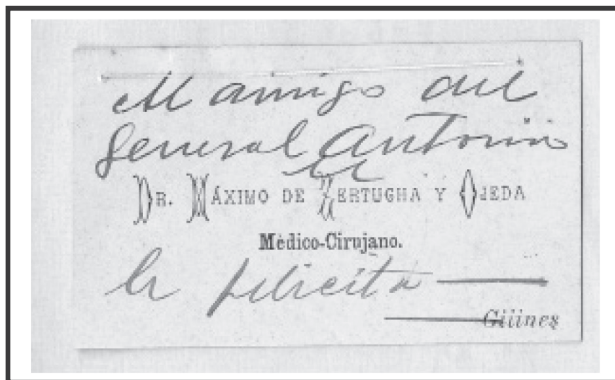
Nótese hasta donde podía llegar el pensamiento reflexivo del Titán de Bronce.

De poesía, también entendía el Titán. Al decir de Miró:

No le gustaba a Maceo la poesía erótica á pesar de su dominante pasión por la mujer: sus entusiasmos eran para el romance patriótico y para la oda descriptiva. La *imprensa*, el *Dos de Mayo*, el *Niágara*, el *Juramento*, la *Zona tórrida*. El capitán Gerardo Portela, que sabía de memoria dos ó tres odas, las recitaba á menudo, con el énfasis más apropiado á las circunstancia.

119 Joel Mourlot Mercaderes: Maceo, como lo vió uno de sus secretarios. Retrato del héroe a los 40 años de edad, según lo vió J. F. Echeverría. Dos bellas anécdotas del general Antonio, en *El Cubano Libre*, suplemento del periódico *Sierra Maestra*, 7 de diciembre de 1996, p. 4.

120 José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 273-274.



Tarjeta de presentación del doctor Máximo Zertucha, en la que felicitaba al Lugarteniente General Antonio Maceo.

Y continúa: «En un periódico de Nueva York, leyó Maceo un romance dedicado á enaltecer la abnegación del campesino mambí que empezaba con este verso: *Iba el negro bayamés sobre el caballo salvaje*; y guardó en la cartera el recorte del periódico».¹²¹

Afirmó Miró que Maceo murió sin conocer quién era el autor de la patriótica marcha; se trataba de Hernández Miyares, y la publicó en el periodo de la propaganda separatista alrededor de 1892. Otras referencias a la cultura de Maceo, incluso su pasión por la música, pueden encontrarse en el libro de Miró.

Es destacable que muy tempranamente el legendario héroe exhibió una cultura integral, que ya estaba cimentándose. Desde su refugio costarricense cultivó una formidable red de relaciones con intelectuales, profesionales, estadistas, empresarios, periodistas, militares..., nudos que generaron adhesión y lazos que despertaron entusiasmo por la causa independentista cubana. Al tiempo que dirigía su colonia en Nicoya, en Costa Rica, se relacionó con dirigentes de los Andes, Centroamérica, las Antillas y México. De él dijo Rubén Darío: «[...] su trato era culto, su inteligencia

¹²¹Ibidem, pp. 274-275.

vivaz y rápida».¹²² Y Ricardo Jiménez Oreamuno, tres veces presidente de Costa Rica, expresó: «Era culto, gran conversador y hombre amable».¹²³

Aunque Maceo designó a Zertucha como su médico personal, no olvidó al doctor Hugo Roberts, su anterior galeno, lo cual se infiere de los apuntes de Miró Argenter:

El día 19 empezó el ataque general. Á las seis de la mañana fueron tiroteados nuestros vianderos por el camino del ingenio *Recompensa*, y poco después los exploradores que envió por aquel rumbo el coronel Sotomayor. El general Maceo no estaba en el campamento; había salido con su escolta, á visitar al doctor Hugo Roberts, herido en el combate de San Gabriel.¹²⁴

Efectivamente, el doctor Roberts resultó herido en el combate de San Gabriel de Lombillo, donde: «Tuvimos 12 bajas: 1 muerto y 11 heridos. Entre estos, el médico del Cuartel Gral Dr. Hugo Roberts».¹²⁵ Maceo le hizo otra visita al doctor Roberts, como describe el doctor Zertucha en su diario de campaña, el 23 de junio de 1896: «Salimos a ver a ver al Dr. Hugo el General y yo».¹²⁶

A los ocho días de su designación como médico del Titán de Bronce, el 23 de junio, Zertucha lo asistió por primera vez debido a las heridas recibidas durante el combate de Tapia,¹²⁷ las cuales curó con dedicación. El 27 de junio, en el diario de la invasión se señala: «El Gral continua en

122 Armando Vargas Araya: Ob. cit., p. 2.

123 Ibíd.

124 José Miró Argenter: Ob. cit., p. 327.

125 *Antonio Maceo: Diarios de campaña*, p. 168.

126 Diario de campaña del Dr. Máximo de Zertucha: Ob. cit., pp. 71-88.

127 Declaración del doctor Máximo Zertucha Ojeda ante la comisión nombrada..., Ob. cit., p. 97, y carta del doctor Zertucha publicada en el periódico *La Discusión*, el martes 7 de febrero de 1899. Ver anexos 1 y 2.

cama, pero despachando»;¹²⁸ y un día después: «El Gral convalece rápidamente».¹²⁹ El 3 de julio se indica: «El Gral montó á caballo, aunque con trabajo, y se emprendió marcha [...]»¹³⁰ Esta asistencia médica ofrecida por el galeno se prolongó hasta el 1^o de agosto, cuando el jefe mambí fue dado de alta.

De este suceso también conocieron los españoles, pues tomando como base lo publicado en un periódico estadounidense, una fuente hispana lo relató así:

El general Azcárraga recibió aquellos días, entre otros recortes de periódicos, el de un diario norteamericano, que tenía la fecha del 15 de Julio anterior, donde se consignaba que el famoso cabecilla Antonio Maceo había sido herido en el tobillo izquierdo por bala de fusil Máuser, en un combate librado en Pinar del Río.¹³¹

Por información de Zertucha se conoce que Maceo padecía de «una reuma articular»,¹³² es decir, artritis reumatoidea, enfermedad que le ocasionaba muchos dolores articulares y que el médico con frecuencia le trataba. Otro testimonio de la labor asistencial del doctor Zertucha se encuentra en un informe del 24 de abril de 1898, firmado por el teniente coronel Miguel Iribarren, en el cual se expresa:

Según informes facilitados por el Coronel Alberto Nodarse, Jefe de la 4^a Brigada, resulta que el Dr. Zertucha, prestó buenos servicios mientras estuvo a las ordenes del Lugarteniente Gral. Antonio Maceo

128 Antonio Maceo: *Diarios de campaña*, p. 72.

129 Ibid.

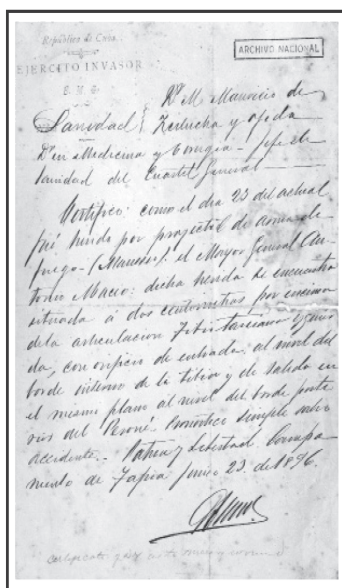
130 Ibid.

131 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 233.

132 Ver Declaración del Dr. Máximo Zertucha Ojeda ante la comisión nombrada... (anexo 1) y su carta publicada en el periódico *La Discusión*, el martes 7 de febrero de 1899 (anexo 2).

y que por referencia supo que dicho Dr. ofrecía sus servicios desde la población en que se encontraba.¹³³

Los mambises tenían diferentes tipos de campamentos: el de tránsito, por unas horas; el de reconcentración, con el objetivo de reunir tropas; y el estable—generalmente el de las prefecturas—, adonde llevaban a los heridos y enfermos para su restablecimiento. El primero era más empleado por los regimientos y escuadrones.¹³⁴ Cuando más, solo permanecían dos o tres días en un campamento, que la mayoría de las veces hacían por las noches y levantaban al amanecer. En varios de estos tipos el doctor Máximo Zertucha Ojeda prestó sus excelentes servicios.



Facsímil de un certificado emitido por el doctor Máximo Zertucha en el que explicó la herida sufrida por el lugarteniente general Antonio Maceo en el combate de Tapia.

133 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, p.106.

134 Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana. Desde enero de 1896 hasta el combate de San Pedro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 120.

Acontecimientos y acusaciones

Los sucesos de San Pedro

Bastante se ha especulado sobre lo acontecido en San Pedro. El acucioso investigador Francisco Pérez Guzmán compiló cuarenta y siete versiones, entre cubanos y españoles,¹³⁵ que han sido aceptadas por otros historiadores.¹³⁶

En el tomo III de sus *Crónicas de la guerra*, Miró Argenter dedicó un apéndice a «El suceso de Punta Brava contado por los turiferarios de Wéyler y refutación á todas las mentiras y desvergüenzas que se publicaron en letra de molde». En él afirmó:

En la Habana se hicieron cinco ediciones más del suceso de Punta Brava, corregidas y aumentadas, pues era indispensable que en la combinación figurasen los nombres de Wéyler, Arolas, Gasco, Despujols, Porrúa, los voluntarios, los hombres de color y Ahumada, además de Cirujeda [...]¹³⁷

135 Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana...*, pp. 200-201.

136 Lídice Duany Destrades: Ob. cit., p. 161, Opinión del Doctor en Ciencias Históricas Antonio Álvarez Pitaluga, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana, en entrevista realizada por el periodista Emilio Herrera Villa, publicada en *Juventud Rebelde*, en Ob. cit., p. 161; e historiadora Azucena Estrada Rodríguez, en un libro que obtuvo el Premio Julio 2009, convocado por la Editora Política. Ver José Miguel Márquez Fariñas: *Entorno de un insigne mambí*, Editora Política, La Habana, 2014, p. 69.

137 José Miró Argenter: Ob.cit., p. 346.

Algunas de las versiones de Zertucha pueden consultarse en los anexos de este libro. Basados en estos testimonios, desde comienzos del siglo XX hasta la actualidad diversos historiadores han comentado sus impresiones al respecto. El estudio reposado de esos textos demuestra que es imposible prescindir de la prueba testifical para llegar al descubrimiento de la verdad. La acción de San Pedro es, sin dudas, la operación guerrera de más confusión en nuestra historiografía.

Veamos solo un ejemplo de las incongruencias en estas opiniones. La versión del coronel Alberto Nodarse, fechada el 6 de marzo de 1897, única que se conoce de este oficial mambí, no obstante haber sido considerada por Máximo Gómez como «unos informes, que me inclino a creer los más verídicos»,¹³⁸ presenta notables incoherencias demostradas años después por Luis Felipe Le Roy.¹³⁹ Refiriéndose a otros testimonios, Gómez escribió: «Atribuyo esas discrepancias al aturdimiento de estos hombres en presencia de tan grande desgracia».¹⁴⁰ La versión de Nodarse también fue aceptada y publicada por los españoles.¹⁴¹

Podemos afirmar que, en realidad, hasta hoy no existen evidencias fácticas. Ni el mismo Máximo Gómez, con toda su experiencia militar y su anhelo de conocer lo ocurrido, matizado por el dolor de la pérdida de un hijo, pudo llegar a la verdad.¹⁴² Situado en el mismo lugar, muy poco tiempo después de acaecidos los hechos y rodeado de testigos presenciales, el Generalísimo no pudo descubrir lo que quería saber, pero que otros, con opiniones disímiles declaraban haber averiguado. Cada

138 Máximo Gómez: *Francisco Gómez Toro. Recuerdos dedicados a la familia y a sus amigos*, Imprenta de La República, La Habana, 1897, pp. 13-14.

139 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, p. 103.

140 Máximo Gómez: Ob. cit., pp. 13-14.

141 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 552.

142 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 193, y Leonardo Griñán Peralta: *La muerte de Antonio Maceo...*, pp. 9-10.

testigo presencial se ha pronunciado en forma completamente distinta a los demás, de tal modo que es difícil armonizar esas declaraciones contradictorias. Como bien apuntó Leonardo Griñán Peralta: «Todos fueron personas honradas, todos fueron patriotas de mérito; y, sin embargo, todos han faltado a la verdad. Preciso es creer que, de buena fe, cada uno ha dicho su verdad, lo que vio o entendió desde su personal punto de vista».¹⁴³

De todo lo escrito hasta la actualidad, considero muy acertadas las opiniones de Francisco Pérez Guzmán publicadas en su libro *La guerra en La Habana. Desde enero de 1896 hasta el combate de San Pedro*, de 1974, el cual obtuvo mención en el Concurso 26 de julio de las FAR. Pérez Guzmán volvió sobre el tema años después, en una edición de la *Revista de la Universidad de La Habana* dedicada al centenario de la muerte del Héroe de Baraguá. En su artículo concluyó que todavía quedaban muchas observaciones en torno a la polémica historiográfica del combate de San Pedro, y escribió que «quizás en una nueva oportunidad regresemos a estas páginas para adentrarnos en el tema».¹⁴⁴ Y así lo hizo en el año 2005, en su *Radiografía del Ejército Libertador 1895-1898*.

Es bien conocida la necesidad de Maceo de acudir con urgencia al llamamiento que le hicieran Máximo Gómez y algunos miembros del Consejo de Gobierno, para aclarar la discordia reinante entre él y el Gobierno de la República; además, también era urgente poner fin a cierta intriga que divulgaba el deseo de Maceo de obtener el cargo de General en Jefe del Ejército Libertador. En consecuencia, el Lugarteniente General se dispuso a penetrar en territorio habanero con la pretensión de atacar Marianao, y luego marchar

¹⁴³ *Ibíd.*

¹⁴⁴ Francisco Pérez Guzmán: Algunas observaciones en torno al combate de San Pedro y la muerte de Antonio Maceo, *Revista de la Universidad de La Habana*, n° 245, 1996, pp. 119-124.

hacia el centro de la Isla. Para cumplir su objetivo tenía que cruzar la célebre Trocha de Mariel a Majana, formada por una doble cerca de alambre de púas de siete pelos, con un espacio entre ellas de diez metros, intermallada por una red de alambre de cinco pelos cruzados, y con un fortín intermedio cada veinte metros. Esto se hacía para que, en caso de un ataque insurrecto, la defensa fuera más efectiva. Tanto Weyler como el jefe de la trocha, general Arolas, estaban convencidos de que esa senda era imposible de cruzar.

Importa destacar que, en aquel momento, las tropas españolas no conocían la posición de Maceo. Así lo demuestra la siguiente fuente hispana:

De lo que no se tenía aún noticia ni indicio alguno era del lugar en que se encontrara Maceo; sobre este punto reinaba la más completa obscuridad, de tal modo que ni siquiera por deducción se podía sospechar con probabilidad de acierto si retrocedió hasta el extremo occidental de la sierra de los Órganos, ó si en el camino verificó una contramarcha para acercarse de nuevo á la línea de Mariel.¹⁴⁵

Desde el 28 de noviembre los mambises comenzaron la exploración con la esperanza de encontrar alguna grieta en la vigilancia enemiga, pero las patrullas eran numerosas. El 1º de diciembre Maceo recibió, desde Costa Rica, tres cartas de su esposa, María Cabrales, en las que le decía que estaba enferma, y otra de Tomás Estrada Palma, quien también aludía a la enfermedad de María. Preocupado, contestó a la mujer amada y le comentó la epístola de Estrada Palma «quien me escribe apenado por tus dolencias, y falta de recursos para recuperar tu salud [...] mucho, pues, he sentido todo eso, no ya por tu pobreza, sino por tu estado, que siempre me

145 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 504.

alarma».¹⁴⁶ Y le refirió: «Mi estado de salud es el mismo que tenía cuando me separé de tí, pues no he cesado ni un solo día de medicarme. Tengo buenos médicos y no me falta medicina adecuada a mi enfermedad».¹⁴⁷ En esas líneas se infiere que el héroe se sentía enfermo, y que reconocía la labor de los médicos, entre ellos, por supuesto, Zertucha.

En la noche del 2 de diciembre, encontrándose a veinte pasos del cordón, los patriotas reconocieron las primeras trincheras de la línea militar. Se demostró que era imposible el cruce por aquel lugar. Se contramarchó para buscar el paso por el norte de Guanajay, a cuyo sur se hallaba el punto acabado de explorar. Ese día, a las diez de la noche, sucedió un hecho en la vida del Títán que considero importante comentar. En la retirada hubo un nutrido tiroteo con el destacamento español que guarnecía la finca Zayas. El general Maceo, quien iba a la cabeza de la gente, según Miró: «cayó desplomado del caballo, como muerto; la alarma fué inmensa; al poco rato abrió los ojos. Dijo que había sido un vahído, pero que se sentía enfermo».¹⁴⁸ Y continuó: «Atribuyó el síncope á la humedad de la noche y á que había dormitado algunos minutos, después de haber chupado una caña».¹⁴⁹ Este episodio también ha sido contado por Raúl Aparicio¹⁵⁰ y, de forma errónea, por José Luciano Franco, quien lo tomó de las *Crónicas...* de Miró, pero lo transcribió incorrectamente al escribir: «Dijo que había sido un vahído, pero que no se sentía enfermo».¹⁵¹ Lo he comprobado al cotejar la cita con el original.

146 José Luciano Franco: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, tomo III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 346-347.

147 *Ibíd.*

148 José Miró Argenter: *Ob. cit.*, p. 249.

149 *Ibíd.*

150 Raúl Aparicio: *Hombradía de Antonio Maceo*, Ediciones Unión, La Habana, 1967, pp. 506-510.

151 José Luciano Franco: *Ob. cit.*, p. 347.



Es evidente que Maceo, como él mismo expresó, se sentía enfermo; imposible determinar la dolencia que lo llevó al síncope, pero sea de una u otra causa, puede afirmarse que esa pérdida transitoria del conocimiento debilitó su cuerpo. Las exploraciones continuaron en los siguientes días y, después de analizar varias alternativas, el líder tuvo que abandonar el proyecto de cruzar la trocha y decidió atravesar la bahía de Mariel. Finalmente, el 4 de diciembre de 1896, con una comitiva de veinte hombres, Maceo pudo escabullirse de la vigilancia española y llegar hasta tierra habanera. Ese mismo día, debido a una delación, los españoles tuvieron alguna información sobre Maceo «por un muchacho que formaba en las filas insurrectas y pertenecía á la partida de Maceo, y que se presentó á la autoridades de Mariel el día 4».¹⁵²

Cruzaron la bahía en un bote de color negro que efectuó cinco viajes. La embarcación llevaba forrados los remos con paños para no hacer ruido, según declaró en entrevista de prensa el doctor Zertucha.¹⁵³ Maceo anotó en su diario que el día anterior lo habían herido en el combate de Vejerano.¹⁵⁴ Él necesitaba algunas aclaraciones acerca de la muerte de su hermano, el general José, razón por la cual estaba disgustado y, además, tenía fiebres,¹⁵⁵ estaba indispuesto y había perdido su buen humor.

En aquel momento ya los españoles conocían que Maceo había cruzado la bahía, aunque la información resultaba imprecisa:

Según los más autorizados informes se dio como averiguado que Maceo pasó la trocha de noche, entre Guanajay y Mariel, acompañado sólo de una mujer, que se supuso fuera su esposa María Gosaldo, de

152 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 521.

153 *Papeles de Maceo*, tomo II, p. 232, y Raúl Aparicio: Ob. cit., p. 509.

154 *Papeles de Maceo*, tomo II, p. 258.

155 Abelardo H. Padrón Valdés: *Panchito Gómez Toro. Lealtad probada*, Casa Editora Abril, La Habana, 2008, p. 80.

su secretario Pancho Gómez, el cabecilla Miró, el doctor Zertucha y media docena de sus secuaces.¹⁵⁶

En La Merced, a una legua de Mariel, Maceo y sus hombres tuvieron que acampar durante veintiocho horas por no estar dispuestos los caballos que, desde el 7 de noviembre, había ordenado preparar. Durante ese tiempo Maceo estuvo tan enfermo que hubo necesidad de aplicar masajes a sus piernas entumecidas; su padecimiento reumático, ya comentado, se había recrudecido y estaba fatigado.¹⁵⁷

Antonio estaba cansado y abatido, aunque comprende que el haber pasado la trocha constituye una victoria sobre Weyler. Ha estado mucho expuesto a la lluvia invernal, ha caminado durante horas y horas. Le duelen todas las heridas, especialmente las de las piernas. Él dice que son dolores reumáticos. Está contrariado [...] se siente febril. Los compañeros le friccionan las piernas para aliviarle los dolores. Se duerme con la fiebre cada vez más alta. Miró vela su sueño, que es agitado; le oye palabras incoherentes.¹⁵⁸

Miró contó: «[...] en la noche del 5 de diciembre, que la pasó entera en el vivac de la Merced á causa de no haber llegado los caballos, y en que tuvo una crisis febril, acompañada de fuerte dolor de cabeza [...] hallándose enfermo y casi baldado de las piernas [...] dióle fiebre alta».¹⁵⁹ Al amanecer Antonio le manifestó que había dormido mal y haber soñado con sus hermanos muertos, su padre y su madre. Le habló de José y de Mariana, fallecida desde hacía tres años. Todas estas dolencias fueron atendidas directamente por el

156 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 543.

157 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 195.

158 Raúl Aparicio: Ob. cit., p. 509.

159 José Miró Argenter: Ob. cit., p. 162.

doctor Zertucha, quien posteriormente refirió a los periodistas: «Me dijo que presentía que lo iban a matar».¹⁶⁰

A las doce del día del 6 de diciembre, todavía estaba enfermo,¹⁶¹ reanudaron la marcha con dirección a Banes. A las once de la noche hicieron alto en la colonia Maiquez, del ingenio Baracoa, límite entre las provincias de La Habana y Pinar del Río; a las tres de la madrugada reanudaron la marcha y antes de salir el sol cruzaron el camino Hoyo Colorado-Punta Brava-Marianao-Habana. En el trayecto llegaron a la casa de un campesino de apellido Hernández, donde Maceo, quien sentía la necesidad de estar siempre informado, conversó con aquel cubano que simpatizaba con la causa revolucionaria, y acordó con él que fuese a comprarle los periódicos *La Lucha* y *El Heraldo de Madrid*. Poco después bordearon la laguna del Ariguanabo y llegaron a la finca Purísima Concepción, también conocida como Montiel y como Los Mameyes, de Claudio Hernández, en San Pedro.¹⁶² Cuando acamparon, eran las nueve de la mañana del lunes 7 de diciembre de 1896; día lluvioso y gris.¹⁶³

El recibimiento fue grandioso; los mambises demostraban su alegría al ver al héroe de Baraguá, de la Invasión y de la Campaña de Pinar del Río. Maceo, como reseñé, no estaba bien de salud. Al decir de Miró: «[...] se sentía enfermo; iba aún embozado en la capa [...] y se desabrigó, para recibir, á pecho franco, los expresivos homenajes de la devoción de sus soldados».¹⁶⁴

Las fuerzas concentradas fueron formadas por regimientos e inspeccionadas por el lugarteniente, quien complacido dijo: «Con estas fuerzas se puede ir al cielo».¹⁶⁵ Esta expresión, al

160 *Papeles de Maceo*, tomo II., p. 232.

161 Raúl Aparicio: Ob. cit., pp. 509-510.

162 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 195.

163 Abelardo H. Padrón Valdés: Ob. cit., p. 53.

164 José Miró Argenter: Ob. cit., tomo III, p. 276.

165 José Miguel Hernández, quien era jefe del 1^{er} Escuadrón y jefe de la escolta del Regimiento Santiago de las Vegas, afirmó en carta dirigida al

parecer dirigida al Regimiento Santiago de las Vegas, reafirmaba su complacencia con respecto a las fuerzas reunidas en aquel lugar. En el pase de revista Maceo pudo hacerse una idea del porte y aspecto, y del estado de ánimo de la tropa que, sin dudas, era el mejor. Después, y hasta alrededor de las once de la mañana, estuvo tratando de solucionar las desavenencias existentes entre Alberto Rodríguez, Ricardo Sartorio y Juan Delgado.¹⁶⁶

Aproximadamente a la misma hora en que Maceo y el grupo de mambises que le acompañaban llegaron al campamento, un comandante español, al mando de una columna, partía de Punta Brava con la finalidad de reconocer la zona y acabar con los dispersos del combate sostenido por él tres días antes. Se trataba de Francisco Cirujeda y Cirujeda, líder del Batallón de San Quintín Peninsular N° 7, militar de experiencia que en España había participado en las guerras carlistas y poseía conocimientos fundamentales de la que se libraba en Cuba.

Una fuente española lo describió así:

[...] comandante Cirujeda es inteligente y amigo del estudio, lo prueba el haber conseguido, vistiendo el uniforme de soldado, la licenciatura en farmacia y en ciencias [...] Como hombre civil ha dado cima á dos carreras; como militar ha hecho las guerras del Norte y de Cuba y ha estado en la de Joló y Mindanao (Filipinas).¹⁶⁷

A la una de la tarde los mambises almorzaron gallina frita y

comandante José Cadalso, con fecha 7 de diciembre de 1919, que esas frases fueron para el regimiento al que pertenecía. Ver Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana...*, p. 132.

¹⁶⁶ Interesantes reflexiones sobre el tema se han publicado en un libro escrito por el historiador Márquez Fariñas. Ver José Miguel Márquez Fariñas: *Entorno de un insigne mambí*, Editora Política, La Habana, 2014

¹⁶⁷ Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 566.

viandas.¹⁶⁸ Esta información coincide con el argumento ofrecido por el general Alberto Nodarse, que, como he comentado anteriormente, y así lo reitera Bernabé Boza,¹⁶⁹ era el testimonio más verídico aceptado por Máximo Gómez. Luego tomaron café, y Miró comenzó a revisar el manuscrito de lo que sería su libro *Crónicas de la guerra*, en el cual perfeccionaba el resumen de la campaña de la invasión, y estaba específicamente en la página correspondiente al combate de Coliseo.

Muy cerca de allí, el comandante Cirujeda, estimando que los mambises serían pocos, salió en su búsqueda. Serían las dos de la tarde,¹⁷⁰ quizás entre las tres y las tres y diez, más o menos,¹⁷¹ cuando se oyeron los primeros disparos; otras versiones señalan horas diferentes, siempre alrededor del mediodía.¹⁷²

Con dificultad —recordemos que estaba herido, con fiebres y fatigado—, Maceo se levantó de la hamaca. Tuvo que calzarse y amarrarse los cordones de sus borceguíes. Luego se puso las polainas que se secaban al calor de una pequeña hoguera —de acuerdo con su vieja costumbre—, las espuelas, el cinto con el revólver, el machete, sus gemelos de campaña y, por último, ensilló personalmente su caballo,¹⁷³ o sus asistentes le ensillaron el caballo.¹⁷⁴ Sobre esto último considero más acertada la idea de que el héroe de Baraguá lo hiciera personalmente, ya que, según Miró

168 Abelardo H. Padrón Valdés: Ob. cit., p. 53, y Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 195.

169 Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra. Desde Baire hasta la intervención americana*, tomo 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 306.

170 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 196.

171 Abelardo H. Padrón Valdés: Ob. cit., p. 54.

172 Las horas señaladas van desde las 11 y 30 de la mañana hasta las 3 y 30 de la tarde, Pérez Guzmán compiló nueve versiones. Ver Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana...*, pp. 138-139.

173 Abelardo H. Padrón Valdés: Ob. cit., p. 54, y Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana...*, p. 154.

174 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 196.

Argenter, testigo presencial, era esta una «faena que practicaba personalmente en los casos bélicos para estar seguro sobre los estribos».¹⁷⁵

Para el historiador Fernando Portuondo:

[...] enfurecido por aquella sorpresa, reveladora de ineptitud del jefe a quien estaba confiada la vigilancia del campamento, y por el desconcierto que había causado en su gente, el general tomó sus armas, dio las primeras órdenes para el contraataque y a caballo se dirigió al encuentro de los españoles rodeado de unos cuarenta hombres y varios ayudantes.¹⁷⁶

La presencia de los españoles en San Pedro fue una sorpresa para los cubanos, pero también para los rastreadores peninsulares al encontrar que la fuerza acampada era mayor de lo pensado. De manera que quienes dieron la sorpresa resultaron igualmente sorprendidos. Antes de partir al combate, el jefe pronunció una breve arenga a sus soldados: «¡Muchachos! ¡Al machete!» Cuando partió iban con él Silverio Sánchez Figueras, Juan Delgado, Baldomero Acosta y Pedro Díaz. Les seguían José Miró, Alfredo Jústiz, Máximo Zertucha, Nicolás Sauvanell, Alberto Nodarse, Carlos Gordon y Ramón Ahumada. La primera carga la dieron Ricardo Sartorio y Emilio Collazo, integrantes de las fuerzas de Sánchez Figueras.

Dirigida por el teniente Acha, la guerrilla española, perteneciente a las tropas mandadas por Peral, se vio obligada a retroceder y replegarse. Maceo no se conformó con este primer empuje, por lo que la batalla se hizo más intensa y con la intención de dar una carga al machete se acercó a la cerca de piedra que dividía las fincas Purísima Concepción

¹⁷⁵ José Miró Argenter: Ob. cit., p. 290.

¹⁷⁶ Fernando Portuondo del Prado: *Historia de Cuba, 1492-1898*, sexta edición (segunda impresión), Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965, p. 561.



y Bobadilla. Allí se dio cuenta de que una cerca de alambres le interceptaba el paso. Inmediatamente ordenó a Juan Manuel Sánchez, comandante de la escolta de Sánchez Figueras, que derribara el obstáculo.

El general le dijo a uno de sus compañeros, probablemente al brigadier Miró: «¡Esto va bien!»¹⁷⁷ Tras pronunciar esas palabras se desplomó del caballo. Un proyectil de máuser argentino había penetrado a dos centímetros de la sínfisis mentoniana, es decir, el mentón, del lado derecho. La bala fracturó la mandíbula inferior en tres puntos y salió por la parte posterior lateral izquierda de la base del cuello, desgarrando a su paso el paquete vásculo nervioso carotídeo. En esta estructura anatómica se encuentra la arteria carótida, encargada de suministrar la sangre al cerebro. La hemorragia ocasionada por estas heridas graves lo llevó a la muerte, según testimonio del propio Zertucha, como puede constatarse en los anexos.

Por iniciativa de Miró, el 8 de diciembre se levantó el acta siguiente:

Los que suscriben Brigadier José Miró, Jefe del estado Mayor, del Ejército Libertador del departamento de occidente, General de División Pedro Díaz, y Brigadier Silverio Sánchez declaran solamente que en el día de ayer ha muerto el Lugarteniente General Antonio Maceo por consecuencia de heridas recibidas en un combate librado el siete del actual en terrenos de San Pedro, término municipal de Hoyo Colorado provincia de La Habana, cuyo cadáver, después de habérsele tributado honores correspondientes a la alta Jerarquía militar del ilustre desaparecido ha sido sepultado en lugar que conocen los infrascritos junto

¹⁷⁷ Carta del doctor Zertucha al director del periódico *New York Herald*, de Nueva York, fechada en Melena del Sur, el 19 de diciembre de 1896, y su Declaración ante la comisión nombrada... Ver anexos 4 y 1, respectivamente.

con el de su ayudante Francisco Gómez Toro, hijo del General en Jefe del Ejército Libertador.

Y para que en todo tiempo conste tan deplorable acontecimiento extienden la presente acta por duplicado en Patria y Libertad a ocho de diciembre de 1896.¹⁷⁸

Importa destacar que, aunque el reconocimiento de los cadáveres fue hecho por Zertucha, en la tarde y prima noche del mismo día de la muerte de Maceo y Panchito, en Pozo de Lombillo, los certificados, no obstante aparecer expedidos en San Pedro, el 7 de diciembre de 1896, no se confeccionaron hasta el día siguiente, en horas de la mañana, en la Loma del Hambre. Esta información la expuso Zertucha en su declaración ante Alejandro Rodríguez, el 7 de julio de 1898 (ver anexo 1), y en la posdata de su carta abierta a Máximo Gómez, el 12 de septiembre de 1899 (ver anexo 7), en la que le preguntaba al Generalísimo si los dos certificados habían llegado a sus manos. Hasta donde he avanzado en esta investigación, no he podido determinar si Gómez obtuvo tan valiosos documentos. Según Le Roy: «Estos dos certificados se cree que no llegaron a manos de Máximo Gómez».¹⁷⁹

El día 9 de diciembre, por la mañana, al llegar a la finca El Navío, el galeno tuvo conocimiento de la difícil situación en que se encontraba su familia; ese mismo día la columna en la que iba pasó por las cercanías de Melena del Sur, donde residían su mujer y sus dos hijos. Desanimado, preso de la depresión, entre las ocho y las nueve de la noche abandonó las filas insurrectas. Al llegar a Melena del Sur, su primera estancia la hizo en la botica de don José Massot

178 Archivo Nacional de Cuba: Fondo Donativos y Remisiones, caja 230, No. 3. En: Martha María Fernández Rodríguez: *José Miró Argenter: el catalán mambí*, Premio de la Ciudad 1999, Historia, Ediciones Holguín, Holguín, 2005, p. 53.

179 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 15.

y Arnautó. Al día siguiente se presentó ante el coronel español Guillermo Tolt Gil, en el pueblo de San Felipe, y quedó así confirmada oficialmente la muerte de Antonio Maceo.

Veamos cómo dos fuentes españolas reflejaron su presentación:

«Ministro Guerra. – Madrid. – Habana 10 de Diciembre de 1896. – Se ha presentado á indulto, ante el Coronel Tort, el rebelde Certucha (ó Zertucha) médico que era de Antonio Maceo. Confirma la muerte de éste. Dice que el día 7, á las dos de la tarde, murió Antonio Maceo en el combate de Punta Brava. Maceo recibió una bala que le rompió la quijada y salió por la unión del cuello y el hombro y otra bala que le penetró en el vientre.¹⁸⁰

En Melena del Sur, Zertucha descansó dos meses en el regazo de la familia, reponiéndose de lo rudo de la campaña. Allí se negó a recibir cargos retribuidos que le ofrecían los españoles; luego entró a formar parte de la Junta Separatista de Melena, en calidad de secretario, cargo desde el cual prestó importantes servicios a la causa de la independencia; incluso, en ocasiones utilizó sus escasos recursos pecuniarios.

Al presentarse ante los españoles, el doctor Zertucha se acogió al indulto. Ya en libertad se convirtió en foco de atracción del público; sobre todo de reporteros de diversos periódicos de la capital y del extranjero. Muy pronto sus declaraciones, en ocasiones adulteradas por los periodistas, vieron la luz en letras de molde y circularon profusamente en Cuba y en el extranjero, como se analizará posteriormente.

180 Antonio Vesa y Fillart: *Historial del Regimiento de Caballería de Jaruco. Disposiciones generales acerca de la movilización de voluntarios y recompensas que le han sido concedidas*, S/E, Madrid, 1908, p. 475. De forma muy similar, incluso con el término «quijada», lo reflejó Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 549.

Según Leopoldo Horrego Estuch: «Al día siguiente se presentó al coronel español Guillermo Tort, acogándose al perdón del hispano. Lo asediaron los periodistas y dio detalles de la muerte de Maceo, quedando oficialmente confirmada y la de su ayudante Panchito Gómez Toro».¹⁸¹ Asimismo, lo confirmó el propio Zertucha un año y cuatro meses después, en su comparecencia ante la Comisión de Investigación que lo juzgó, al declarar «haberse presentado a indulto el 10 de diciembre de 1896».¹⁸²

En opinión de Griñán Peralta:

Se presentó Zertucha y suministró a las autoridades cuantas pruebas pudo aportar para convencer a todos que Maceo había muerto. ¿Por qué? Porque Zertucha era extremadamente locuaz. Porque su intimidad con Maceo hacía que él fuese, en la fecha de su presentación «el hombre del día»; y lleno de vanidad, quería hacer notar su proximidad al héroe temido y admirado. Además, él sabía cuánto habrían de agradecerle esas pruebas los españoles; y, en su situación, ese agradecimiento podía serle provechoso, sobre todo si era cierto, como dijo, que pretendía irse a vivir a España.¹⁸³

Coincidió con Torres-Cuevas en que «[...] las tendencias, populares y periodísticas, de que solo la traición podía haber acabado con la vida de Maceo, convirtió a Zertucha en el traidor que debió haber dado la información a los españoles de dónde y en cuáles circunstancias se encontraba el caudillo invasor».¹⁸⁴

181 Leopoldo Horrego Estuch: La muerte de Maceo revista *Bohemia*, N° 49, La Habana, 8 de diciembre de 1967, pp. 4-9.

182 Declaración del doctor Máximo Zertucha ante el Consejo de Guerra que se celebró el 21 de abril de 1898 (ver anexo 3).

183 Leonardo Griñán Peralta: *La muerte de Antonio Maceo...*, pp. 20-21.

184 Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 185.





Chapa de identificación que tenía el doctor Zertucha en la puerta de su casa.

Visión de las acusaciones desde el extranjero

La caída en combate del Lugarteniente General del Ejército Libertador, Antonio Maceo Grajales, el 7 de diciembre de 1896, después de haber sostenido ciento diecinueve acciones de guerra y completar la histórica invasión de Oriente a Occidente,¹⁸⁵ ocurrió en un momento importante para la Isla: la reapertura del Congreso de Washington, al cual el Presidente de Estados Unidos remitió un documento en el cual se negaba a reconocer al Gobierno de la República de Cuba en Armas «[...] por inoportuna y por claramente peligrosa y perjudicial en sus efectos, a nuestros intereses».¹⁸⁶

Sin estimar los heroicos esfuerzos del pueblo cubano por alcanzar su plena libertad, continuaba la administración de

185 Rafael Marquina: *Antonio Maceo. Héroe epónimo*, Editorial Lex, La Habana, 1943, p. 217.

186 Periódico *El Cubano Libre*, La Habana, 30 de enero de 1897, p. 3.

ese país: «Si bien es cierto que España aún no ha restablecido su autoridad, tampoco los insurrectos han hecho buenas sus pretensiones y títulos a ser considerados como un estado independiente». ¹⁸⁷ El presidente Cleveland alegaba, entre otras infamias, que el mando cubano era otro gobierno sobre el papel, que los cubanos no combatían y patentizaba sus aspiraciones anexionistas, al declarar que «[...] la Isla está tan cerca, que apenas está separada de nuestro territorio». ¹⁸⁸

La trágica noticia sobre el héroe cubano superó las informaciones acerca del Congreso y se convirtió en un verdadero acontecimiento con opiniones diversas aparecidas en publicaciones periodísticas, notas aclaratorias de los jefes militares españoles, informes privados y cartas personales. Asombra la repercusión mundial de aquella muerte; quizás una de las más significativas de la última década de la centuria decimonónica y, en grado mayor, si son halladas las razones por las cuales el luchador independentista cubano se convirtió en el héroe de las más importantes corrientes progresistas de su tiempo. ¹⁸⁹ Representante de lo más avanzado de las ideas políticas y sociales, Maceo era un ejemplo, vivo y actuante, presente en las primeras páginas de los principales diarios del mundo.

Los órganos de prensa tergiversaron la información y la convirtieron en la noticia más leída. Titulares sombríos en los periódicos estadounidenses acusaron de traidor a su médico personal. El 13 de diciembre de 1896 el *New York Herald* publicó una carta en la que se aseguraba que Zertucha había recibido cincuenta mil pesos por dar muerte a Maceo. ¹⁹⁰ También ese día el rotativo dio a conocer una

187 *Ibíd.*

188 *Ibíd.*

189 Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 182.

190 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 202, y *La muerte de Antonio Maceo...*, p. 21.

entrevista con el mayor Antonio Serrano, veterano combatiente de la guerra de 1868, en la cual declaraba haberle dado cuenta a Maceo de los nefandos propósitos del médico. «Zertucha es un vicioso, le dijo Serrano al Titán; algún día lo entregará a usted por dinero. No creo lo que de él dicen, respondió Maceo. El doctor Zertucha es un excelente cirujano y me resultaría difícil sustituirlo. ¡Vean si yo tenía razón!, grita el viejo Serrano». ¹⁹¹

En igual fecha, *The Mail and Express* aseguró que Maceo había muerto envenenado por su médico personal, el doctor Zertucha, quien hubo de rendirse luego a las tropas hispanas, ¹⁹² y el *World*, aseveró que cayó asesinado cuando se dirigía, bajo bandera de parlamento, a una reunión en la que se iba a tratar la compra de la independencia de Cuba.

Todo su staff, excepto el cirujano Zertucha, perdió la vida [...] Sería una cosa del todo intolerable que nuestra ayuda y sanción fueran dadas a un gobierno que elimina a sus enemigos por la traición, aprovechándose de una conferencia en la que ha sido el propio gobierno el invitante. ¹⁹³

Otro despacho, fechado en Jacksonville, decía que Maceo se hubo de comprometer con el marqués de Ahumada para el cese de las hostilidades, a base de la independencia de Cuba, y que ahí fue traidoramente eliminado. Este marqués era el general Francisco Téllez Girón y Aragón, segundo cabo de la Capitanía General de la Isla de Cuba, desde enero de 1896. En aquel momento actuaba interinamente como gobernador y capitán general por ausencia del titular Valeriano Weyler y Nicolau, quien se hallaba de campaña. ¹⁹⁴

191 Leonardo Griñán Peralta: *La muerte de Antonio Maceo...*, p. 21.

192 Rafael Soto Paz: Ob. cit., p. 58.

193 Ibidem, pp. 58-59.

194 Periódico *La Lucha*, 27 de enero de 1896, p. 2.

El 14 de ese mes, *The Mail and Express* insertó una nota referida a la inherente cobardía y brutalidad de la hiena humana que mandaba a las fuerzas españolas en Cuba, y había llegado a su clima natural con el asesinato de Maceo. Evidentemente, la hiena era Valeriano Weyler y Nicolau, a quien los periodistas estadounidenses bautizaron como el «*butcher*» (carnicero). Dos días después, el periódico *Patria*, órgano independentista fundado por José Martí, abrió la portada con una gacetilla que informaba el fallecimiento del Titán de Bronce. Con una clara alusión a la traición en las filas insurrectas, decía:

El guerrero vencedor de cien batallas no se ha despeñado en el fragor del combate, como águila caudal fue fulminada por el rayo. Lo acechaba la muerte y le ha sorprendido, con la máscara de la traición infame [...] La negativa profunda á la primera noticia, la gran duda de los días sucesivos, y la creencia final en la muerte del General Maceo, ha producido en el pecho de los cubanos el odio á España, acallado hasta hoy por la magnanimidad del pueblo más heroico de la tierra, que creía luchar contra los hombres [...] y al contrario de lo que creen los españoles acerca de su victoria, la muerte de Maceo es la rúbrica con que el destino sella El Triunfo de la Revolución Cubana.¹⁹⁵

En su edición 310, correspondiente al 19 de diciembre de 1896, ese periódico volvió sobre el tema. Un facsímil del original se encuentra en poder del autor de este libro, en él se planteó:

Pasan los días, pero no pueden los patriotas cubanos acabar de darse cuenta de que es un hecho la tremenda pérdida que ha tenido la patria. La muerte de

195 E. Hernández Miyares: La muerte de Maceo, periódico *Patria*, Nueva York, , año V, N° 209, 16 de diciembre de 1896, p. 2.

Maceo es obsesión de todos los espíritus y torcedor de todos los corazones [...] El sistema de ocultación y falsificación que sigue tan tenazmente España la ayuda para ocultar esta vez mejor que nunca el atentado que tiene tanto interés en desfigurar.¹⁹⁶

Y acusaba directamente al médico:

Todo lo que diga Zertucha ha de tener por objeto dificultar el análisis de los hechos para que no se llegue claramente á su culpabilidad [...] a poco el golpe está dado. Maceo y todo su Estado Mayor cae bajo el plomo español, solo Zertucha se salva y va a buscar refugio entre los españoles. Surge incólume del terrible desastre, a leguas de distancia, para confirmar la nueva, que ha de encender el regocijo en dos mundos. De las tinieblas profundas que rodean la tragedia, sale el médico desertor, para atestiguar únicamente que Maceo ha muerto. Allí está, solitario, en su altura infame, blanco de todas las miradas y de todas las sospechas.¹⁹⁷

La versión de la muerte de Maceo, como consecuencia de una apostasía, de su asesinato a traición, de una trampa, adquirió dimensión universal. Un titular muy comentado, que apareció en *The New York Journal*, cuestionaba: «Massacre, Ambush or Poison?» —¿Asesinato, emboscada o veneno?—.¹⁹⁸

Ese mismo rotativo publicó un editorial donde se apuntaba:

En el asesinato de Maceo la más negra felonía cumplió su objetivo. Con un traidor en su propio Estado

196 La muerte de Maceo, periódico *Patria*, Nueva York, año V, n° 316, 19 de diciembre de 1896, p. 2.

197 Ibid.

198 Rafael Soto Paz: Ob. cit. 59.

Mayor, llevado engañosamente a una cita bajo la protección de la palabra de honor española, sin sospechar lo que venía, el patriota cubano -él y el hijo de Máximo Gómez- cayeron bajo el fuego de la emboscada enemiga.¹⁹⁹

Y continuó con sus imputaciones al médico. El 20 de diciembre insertó en sus páginas una caricatura del galeno con una figurilla de Maceo en la mano derecha y una bolsa de cincuenta mil dólares en la izquierda. Los brazos los tenía extendidos y del pecho a los pies le insertaron tres óvalos con los rostros de Judas, del Duque de Malborough y de Benedict Arnold. Al pie del grabado, la nota siguiente:

Cuatro traidores: Judas Iscariote traicionó a Jesús por 30 monedas de plata. Juan Churchill, Duque de Malborough, traicionó a Jacobo II por un título de nobleza. Benedict Arnold traicionó a Washington por 6 000 libras esterlinas y el grado de general. Máximo Zertucha traicionó a Maceo por 50 000 dólares.²⁰⁰

La République Cubaine, de París, la reprodujo en su edición del 21 de enero de 1897.

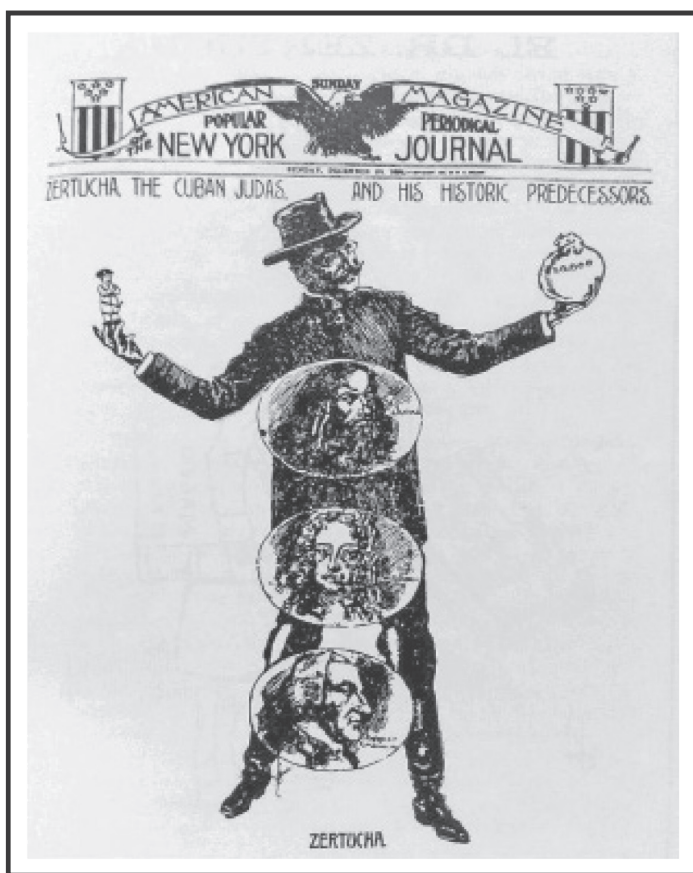
En Estados Unidos la noticia no solo ocupó espacios en las páginas entintadas, sino que también llegó al Congreso Federal. Es poco conocido que el senador Wilkinson Call se permitió presentar una moción de denuncia por el asesinato, y ese cuerpo legislador nombró una comisión especial encargada de investigar los hechos. El senador Chandler calificaba de brutales e incivilizados los métodos usados por España contra los cubanos, y consideraba que el crimen del general Maceo con todo su estado mayor era un buen motivo para que, inmediatamente, el Congreso y

199 Ibid.

200 Ibid.

el presidente Cleveland reconocieran la absoluta independencia de la Isla.

Otro senador, mister Roger Mills, defendía que la muerte de Maceo significaba la violación de la bandera de tregua, y responsabilizaba al gobierno español con el lamentable suceso. Hasta la Cámara de Representantes llegaron otras mociones firmadas por Woodman, de Illinois; Howard, de Alabama, y otros senadores, preocupados por las circunstancias en que sucedió aquella muerte.



Caricatura de Zertucha publicada en The New York Journal y reproducida en La République Cubaine, de París.

Woodman, por ejemplo, reclamaba en el congreso que el Presidente del país hiciera saber oficialmente al gobierno de España una enérgica censura relacionada con los métodos usados por sus fuerzas en Cuba y, especialmente, por los medios empleados en el asesinato del general Antonio Maceo.²⁰¹ Fue tanta la conmoción por la muerte del héroe que, incluso, se ha llegado a plantear como uno de los factores que por aquellos días conmovieron la Bolsa de Nueva York. El infausto hecho repercutió de tal modo, que muchos creyeron que la guerra entre Cuba y España llegaba a su fin con el triunfo de la metrópoli ibérica.

También se dijo en Nueva York que al dar muerte a Maceo, Zertucha cumplía lo convenido en un complot fraguado por Manuel de la Barrera, jefe de policía de La Habana y agregado al estado mayor de Weyler; el coronel Guillermo Tort, de la guardia civil, y el propio médico. Al parecer, detrás de tal imputación, probablemente fundada en el conocimiento de su amistad con el coronel Tort, se ocultaba un viejo resentimiento surgido contra él en la época en que, como alcalde municipal de Melena del Sur, perseguía a quienes eran considerados cómplices de Manuel García, primero, y posteriormente como patriotas que ayudando a éste creían ayudar a Cuba.²⁰²

En Tampa, en el Club Profesional Federico de la Torre, se efectuó una reunión para discutir la forma en que debía vengarse el asesinato del legendario santiaguero. Se conoce de un telegrama fechado el 12 de diciembre de 1896, enviado desde Jacksonville, Filadelfia, por Emilio Núñez y recibido por Enrique Trujillo en Nueva York, en el cual se le comunicaba: «Carta recibida Habana con detalles General Maceo. Este con Estado Mayor asesinados. Complot Ahumada Zertucha».²⁰³ Ese mismo día, Tomás Estrada Palma,

201 *Ibíd.*

202 Leonardo Griñán Peralta: *La muerte de Antonio Maceo...*, p. 22.

203 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 202.



delegado del Partido Revolucionario Cubano en Estados Unidos, envía a Francia una información acusatoria sobre el médico, la cual más adelante comentaré.

Estrada Palma consideraba beneficioso para la causa cubana mantener la idea de que el héroe había caído como consecuencia de una traición. Fernando Figueredo se dirigió a él para tratar de aclarar la situación; sin embargo, Estrada Palma, en carta del 22 de diciembre de 1896, le contestó:

Como se ha extendido por todo el pueblo americano la idea de la traición en la muerte del General, yo he creído conveniente reservar algunos días más el informe del General Miró, para no desvanecer esa impresión, que ha enardecido los sentimientos de simpatía a favor de la causa de Cuba. A los gacetilleros de periódicos les digo que las noticias recibidas de La Habana confirman la sospecha de alevosía por parte de los españoles.²⁰⁴

El 30 de diciembre emitió una comunicación dirigida al secretario de Relaciones Exteriores de la República de Cuba en Armas, donde volvió con su acusación contra el médico; en ella consideraba:

Es de suponer que, al recibo de esta, ya se habrá reunido al Gobierno el General José Miró, testigo presencial del tremendo suceso, y de quien, por carta a nuestro Agente en La Habana, hemos sabido la verdad del hecho. Se creyó, al principio, que mano alevosa, en combinación con el General Ahumada, había asesinado al General Maceo. Hoy, aunque sabemos que este murió en combate, abrigamos aun la sospecha que el doctor

204 Leopoldo Horrego Estuch: Ob. cit., pp. 4-9.

Zertucha, médico de confianza del último, haya tenido algo que ver con respecto al encuentro de las tropas españolas y el General Maceo. El doctor Zertucha, inmediatamente después de la muerte del General, se presentó al enemigo, quien le ha dejado en libertad, tratándole con toda consideración y permitiendo que envíe a la redacción del *Herald* correspondencia en que hace elogios del General Maceo, pero, a la vez, lanza ataques contra algunos miembros de nuestro gobierno, intentando así imprimir descrédito a la Revolución. Yo he recomendado con interés a nuestro agente en La Habana tome el mayor empeño en descubrir la conexión que haya podido tener ese doctor apóstata con la muerte del General Maceo.²⁰⁵

En carta a la señora Elvira Cape, esposa de Emilio Bacardí Moreau, fechada en Tampa, el 6 de febrero de 1897, el coronel Federico Pérez Carbó abordó el asunto:

Y a propósito de Maceo. Me pide Vd. que le cuente como fue su muerte. Aún está rodeada de misterios. Miró me escribió una sentida carta momento después de dejar sepultado los cadáveres del General y de Francisco Gómez en una misma fosa. Miró da rienda suelta al sentimiento y no procura en su carta entrar en detalles de la acción de San Pedro que pudieran conducirnos al esclarecimiento de los hechos. Parece que el enemigo atacó al General en momentos en que no tenía a su lado más que a Miró, Alberto Nodarse, Alfredo Jústiz y Francisco Gómez. Las fuerzas se batían en esos momentos con la columna de Cirujeda.²⁰⁶

205 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 202.

206 Emilio Bacardí Moreau: *De Cuba a Chafarinas. El denunciante de Pintó, Epistolario*, Playor, Madrid, 1973, p. 46.

Llama la atención que tres meses después de los acontecimientos Pérez Carbó conociera que los cadáveres de Maceo y Panchito habían sido enterrados en una misma fosa, y se lo contara a Cachis, como cariñosamente llamaba a Elvira Cape, en misiva donde señaló:

Dice Miró que el general se adelantó, que ellos le siguieron; que aquél, espada en mano, cargó a los soldados como un héroe recibiendo toda una descarga tan formidable que el único que escapó con vida, pero herido, fue él (Miró). Llamó entonces a Perico Díaz y le contó lo ocurrido. Con algunos números volvieron al sitio, pero los cadáveres no estaban allí. Siguieron por el rastro y se los arrebataron a los españoles. Esto es todo lo que sabemos por nuestra propia información; pero los españoles nos han dicho que Zertucha se presentó y Zertucha no estuvo en su puesto cuando mataron a Maceo, y nos han dicho también que la *gloria* de esa muerte corresponde a Ahumada y no a Cirujeda; después que éste escribió una carta a Weyler exonerándose de toda *gloria* en ese hecho que corresponde al Gobernador General Weyler al tiempo que Ahumada se la atribuye al ejército.²⁰⁷

Nótese que la acusación hacia Zertucha se basa en lo que han dicho los españoles, según Miró, por lo que no puede considerarse como un testimonio confiable. De las desavenencias entre Miró y Zertucha ampliaré más adelante. El propio Miró reconoce en la carta que no hay claridad en el asunto, así escribe: «¿No ve Vd. en todo esto, aparte de las contradicciones y oscuridades del parte oficial que ha jugado la traición en este drama? Yo así lo creo, y espero que no pasará mucho tiempo sin que los mismos españoles descubran el crimen».²⁰⁸

207 Ibidem, p. 47.

208 Emilio Bacardí Moreau: Ob. cit., p. 47.

La noticia de la muerte de Antonio Maceo en América Latina puede considerarse como una de las de mayor significación en la historia del continente en el siglo XIX.²⁰⁹ En Argentina se inició una suscripción especial y se constituyó un Comité por Cuba Libre; estudiantes, obreros y pueblo en general hicieron una gran reunión por la independencia cubana y se manifestó el sentimiento por «el asesinato de Maceo».²¹⁰ Sobre el tema la historiadora Damaris Torres Elers ha realizado una acuciosa investigación, aún inédita, que se encuentra en poder del autor de este libro.

Los mexicanos también destacaron los hechos. El 17 de diciembre de 1896, durante la sesión celebrada por la Cámara de Representantes mexicana, Juan A. Mateos, «en un arranque de legítima elocuencia y guiado por su amor a la libertad americana y a la justicia de nuestra causa se expresó de manera brillante respecto al terrible acontecimiento que registra la historia con el nombre de *El asesinato del general Maceo*».²¹¹ En otros países, como Chile, Perú, Colombia, El Salvador y República Dominicana, también hubo pronunciamientos.

Más allá del Atlántico también se hizo eco la noticia. En Francia, el periódico *La République Cubaine*, editado en París por el patriota puertorriqueño Ramón Emeterio Betances —agente especial para Europa de la República de Cuba en Armas— y el cubano Domingo Figarola-Caneda —futuro fundador de la Biblioteca Nacional de Cuba—,²¹² dedicó su número del 17 de diciembre de 1896 a temas maceístas. En primera plana, un titular acusatorio, acompañado por una

209 Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 194.

210 Damaris Torres Elers: Francisco Pí y Margall y Emilio Castelar ante la caída en combate del mayor general Antonio Maceo Grajales, original inédito en poder del autor.

211 Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 194.

212 *Ibidem*, pp. 186-194.



foto del Titán de Bronce, refería: «Maceo assassiné par les espagnols»

El texto del artículo aseguraba:

La última y más asquerosa infamia del gobierno español en la guerra de Cuba, se ha consumado. El cobarde y miserable Weyler, el derrotado por Maceo en todos los combates, compró un hombre, el doctor Máximo Zertucha, para que le entregara al general Antonio Maceo, y este infame, aprovechando su puesto junto al General, ha podido llegar al logro de traición tan negra.



Titular de La République Cubaine, de París, donde se asegura que Maceo fue asesinado por los españoles.

Tras ofrecer un bosquejo biográfico del médico encartado, agregaba:

Cuando la invasión llegó a la provincia de La Habana, un día publicaron los diarios de aquella capital que el doctor Zertucha se había unido a los revolucionarios; pero nunca más volvióse a oír hablar de él, ni mucho menos que se encontrase en relaciones de servicio y de amistad tan íntimas como las que acreditan el ser médico de un general en campaña, y de un general de la importancia de Maceo. Méritos sobrados son éstos para que el doctor Zertucha —aun habiéndose presentado a las autoridades españolas— no se librara de ser inmediatamente fusilado por la hiena Weyler, quien para no dejar con vida a nadie que sea cubano, ha asesinado y asesina hasta viejos, niños y mujeres. Pero ¡caso extraordinario! Se presenta a indulto el doctor Zertucha, cuenta que ha muerto en un combate el general Maceo, e inmediatamente, sin someterlo a formalidad ninguna, ni siquiera a la más elemental, de aguardar la próxima llegada de Weyler a La Habana, se le deja en libertad completa, ni mayor ni menor que la que disfruta el comandante Cirujeda, por ejemplo ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué ha podido acontecer que no aparezca tenebroso, infame, criminal, horrible, ante toda conciencia honrada? ¿Qué puede pensarse del proceder del doctor Zertucha, que no resulte de lo más espantoso para un hombre y para un ciudadano? ²¹³

En su análisis, el reportero, evidentemente arrastrado por la pasión contra el médico, aseguraba que Zertucha se encontraba ante un dilema: o contribuía al asesinato para poder vivir tranquilo entre los españoles, o se rindió para comprar su libertad absoluta prometiendo declarar lo que más conviniera a estos. Ambas alternativas eran desfavorables para el galeno.

213 Rafael Soto Paz: Ob. cit., pp. 35-36.

Días después, en su edición del 31 de diciembre, el propio diario insertó un interesante documento denominado Acuerdo Patriótico, en el que la Sociedad de Estudios Jurídicos y Económicos, radicada en Estados Unidos, declaraba:

Reiterar en estos tristes momentos, con mayor energía que nunca, su adhesión entusiasta a la causa invencible de la independencia de Cuba, herida recientemente por la espalda [...] Promover una suscripción para perpetuar con busto de mármol ó de bronce, la representación viril del nunca subyugado caudillo de Baraguá, que permanecerá depositado en el Museo Metropolitano de Nueva York mientras dure nuestra guerra de independencia, y que será colocado después en el Capitolio de la República de Cuba; obra de propaganda para con el extranjero, de cuyo concurso moral y material necesitamos; humilde ofrenda nuestra a la memoria del héroe que parece figura de leyenda; cuyo trágico destino, como hombre de armas, se expresa, todo entero, con muy breves palabras: Asesinado, pero no vencido.²¹⁴

Tomás Estrada Palma, quien desde Nueva York realizó varias acusaciones contra el médico, cursó un cable a Betances donde decía: «Por conducto fidedigno se afirma que Maceo y su Estado Mayor han sido asesinados en un complot formado entre el general español Ahumada y el doctor Zertucha».²¹⁵

En España la prensa colonialista reaccionó detonando el genuino sentimiento de madres, esposas e hijos de los soldados españoles que peleaban en Cuba. Maceo se convirtió en el hombre más popular de toda la península; su nombre circuló por todas partes. Se vendieron historietas, carteles,

214 Acuerdo Patriótico, *Le République Cubaine*, París, 31 de diciembre de 1896, p. 2.

215 Leopoldo Horrego Estuch: Ob. cit., pp. 4-9.

juguetes, novelas y hasta piezas musicales para conmemorar su muerte y ridiculizar su figura. El diario *Correspondencia de España*, editado en Madrid, publicó el 16 de diciembre de 1896 una caricatura del doctor Máximo Zertucha donde lo ridiculizaba y lo censuraba como traidor.²¹⁶ Otros españoles integristas ofrecieron grandes muestras de alegría por lo que consideraron un acontecimiento.²¹⁷



Caricatura de Zertucha publicada en *Correspondencia de España*, Madrid.

216 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 28.

217 Los historiadores Damaris Torres Elers y Eduardo Torres-Cuevas han realizado excelentes revisiones sobre la repercusión de la muerte de Maceo en España y otros países. Ver Damaris Torres Elers: María Cabrales frente a un «horrible saturnal de caníbales»: Una digna respuesta a las celebraciones en España por la muerte de Antonio Maceo», suplemento *El Cubano Libre*, periódico *Sierra Maestra*, 8 de diciembre de 2007; y Francisco Pí y Margall y Emilio Castelar ante la caída en combate del mayor general Antonio Maceo Grajales, original inédito en poder del autor; así como Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, pp. 190-193.



Recortes de periódicos de la época donde se aprecian los titulares sobre la muerte de Maceo. Tomado de Rafael Soto Paz: El médico de Maceo ¿Fué Zertucha un traidor?... Ob. cit., p. 60.

Es necesario destacar que antes de la muerte de Maceo, en España se decía que la caída del guerrero llevaría a la paz. Así lo relató Pérez Carbó en su carta a Elvira Cape:

Recuerda Vd. que toda la prensa española se hizo eco de una especie echada a volar, no sé si en La Habana o en Madrid, de que la pacificación de la isla dependía de la suerte de una bala; esto refiriéndose a la posibilidad de la muerte de Maceo cuando Weyler inició la campaña contra él. No será difícil que ahora tenga otro plan siniestro para acabar con Máximo Gómez, porque son tan estúpidos que creen a pie juntillas que sin esos dos hombres muere

la revolución. La obra de ellos está hecha y cualquiera de nosotros por oscuros que seamos, podemos continuarla hasta lograr el triunfo de nuestro supremo ideal: la independencia de Cuba.²¹⁸

Esta referencia de Pérez Carbó la encontré en una fuente española que destacaba: «Creíase en el extranjero que la muerte de Maceo podía acelerar en Cuba el advenimiento de la paz, y la total restauración de nuestra soberanía».²¹⁹

Los italianos también conocieron del posible asesinato. En un discurso pronunciado en Roma, el 18 de diciembre de 1896, ante el Comitato Centrale Italiano per la Libertà di Cuba (Comité Central Italiano por la Libertad de Cuba), el doctor Francisco Federico Falco,²²⁰ les comunicó a sus compatriotas: «Los telegramas de la prensa norteamericana y las notas de la Delegación Cubana, acaban de confirmar la triste verdad: Maceo ha sido asesinado».²²¹ Hasta aquel momento los miembros del comité, junto con los demás simpatizantes con la causa cubana, no creían que Antonio Maceo había muerto; lo consideraban una de las tantas calumnias de España para desestabilizar la opinión internacional con respecto al apoyo que se brindaba a los mambises desde el extranjero.

218 Emilio Bacardí Moreau: Ob. cit., p. 47.

219 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit. p. 585.

220 Nació en Penne, Italia, el 12 de abril de 1866. Miembro del Partido Republicano de Roma, fue de los principales colaboradores italianos con los mambises cubanos. Se graduó de médico y participó en la guerra del 95, en la cual alcanzó el grado de comandante y fue jefe de Sanidad Militar. Ver Sandra Estévez Rivero: *Repercusión de la muerte de Antonio Maceo Grajales en Italia, Antonio Maceo en nosotros*, publicación especial por el aniversario 165 del natalicio del Titán de Bronce, auspiciada por la Uneac, la OCC y la Unhic, Santiago de Cuba, 14 de junio de 2010, pp. 8-9. Otros datos sobre el médico italiano pueden consultarse en el trabajo de Sandra Estévez Rivero: *Breve acercamiento a la vida y obra de Francisco Federico Falco*, incluido en Sandra Estévez Rivero; Antonio de Fabritis; Julieta Aguilera Hernández, y Aida Liliana Morales Tejeda (coordinadores): *El néctar italiano en la cultura santiaguera*, Maretti Editore, Italia, 2012, pp. 44-56.

221 Sandra Estévez Rivero: *Repercusión de la muerte...*, p. 9.

La muerte de Maceo conmovió profundamente al doctor Federico Falco, quien sentía gran admiración por el guerrero cubano, y al igual que este, era masón. Para los italianos Antonio Maceo era el Garibaldi cubano, comparándolo así con Giuseppe Garibaldi, patriota de su país con reconocida historia latinoamericana y republicana: en 1836 luchó en Brasil junto a los insurrectos separatistas de Rio Grande do Sul, y en 1841 comandó tropas uruguayas que enfrentaban al ejército del dictador argentino Juan Manuel Rosas. De regreso en Italia, defendió la república establecida en Roma, en 1849, por lo que tuvo que exiliarse. De nuevo en su país natal, en 1860, combatió por la unificación italiana contra los ocupantes austriacos, el reino de las Dos Sicilias y el Estado pontificio.²²²

Asimismo, el periódico *La Sera*, editado en Milán, informó que el diputado Imbriani²²³ había propuesto: «La cámara invita al gobierno a hacer las necesarias investigaciones para asegurarse de la verdad acerca de la muerte del valiente y generoso Maceo».²²⁴ En latitudes tan distantes como Hungría, Rusia y Nueva Zelanda,²²⁵ también lo recordaron.

Apreciaciones en Cuba

En la Isla, los peninsulares celebraron con jolgorios o guateques la caída del Titán. El Obispo de La Habana, Manuel Santander y Frutos, mandó que se cantase *Te Deum*, en

222 Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 197.

223 Matteo Renato Imbriani. Nació en Napoli, Italia, en 1843. Participó en la primera y segunda guerras independentistas italianas; fue diputado desde 1870 hasta su muerte en 1901. Ver Sandra Estévez Rivero: *Repercusión de la muerte...*, p. 9.

224 Sandra Estévez Rivero: *Repercusión de la muerte...*, p. 9.

225 How Maceo died, *The Star* (Christchurch, Nueva Zelanda), febrero 12 de 1897; citado por Armando Vargas Araya: Ob. cit., p. 213.

acción de gracias, y ordenó que, en misas, se dijera que, con la muerte de Maceo y Gómez, Dios había querido señalar el aniversario de la Concepción de María.²²⁶

Según Torres-Cuevas: «[...] nunca antes los sectores colonialistas y conservadores celebraron con mayor júbilo un acontecimiento como lo hicieron con la muerte de Antonio Maceo [...]».²²⁷ No faltaron los lechones asados, cabalgatas, tangos, quemas de judas, triquitraques, morteros y décimas. Los establecimientos mixtos de las calzadas de Monte, Galiano, Belascoaín, Obispo, Cuatro Caminos y Basurero del Vapor, regalaron piezas de lustrina y garrafones de aguardiente, con la finalidad de que todos se vistieran a la española y celebraran la muerte del cabecilla mulato y el triunfo de las armas hispanas. Hubo un almacén de ropa que pagó una orquesta para que tocara durante dos días y dos noches.

Otros establecimientos de la calzada de Galiano exhibieron zapatos enormes y muñecos peludos que representaban al gorila, con rótulos significativos sobre la procedencia del zapatón y la semejanza del mulato con el chimpancé.²²⁸ Los facinerosos del 5^{to} de Ligeros vaciaban botellas de champagne Codorniu sobre la cabeza de los soldados bisoños; después apelaron a la espumosa de Asturias, por ser más barata y, por último, al porrón. El domingo, los cuerpos de voluntarios y los comités políticos acudieron al Palacio en una espléndida manifestación, imponente por el elevado número de participantes.

La Caricatura, periódico bisemanal humorístico de sucesos e inventos, en su edición del domingo 20 de diciembre de 1896 publicó un artículo titulado *La muerte de Maceo*. El texto, de autoría no declarada, expresaba que, según

226 Manuel Fernández Carcassés: ¿Cómo reflejó *El Cubano Libre* la caída de Maceo?, *El Cubano Libre*, suplemento del periódico *Sierra Maestra*, 7 de diciembre de 1996, p. 1.

227 Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 190.

228 José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 350-351.

afirmaba su médico Zertucha, al morir Maceo «[...] estaba rodeado de los suyos, de los que con él pasaron la trocha embarcados»,²²⁹ y hacía eco de la idea contenida en las acusaciones desde el extranjero, de que con la muerte de Maceo se lograba la paz. En correspondencia con ello, señalaba:

Encierra tanta importancia la muerte de este cabecilla que representaba el brazo principal de la insurrección por su tenacidad e inteligencia, que es sin dudas este acontecimiento el suceso de más importancia de la actual insurrección y seguramente será el que imprima un nuevo rumbo á los sucesos aproximando más el día hermoso tan deseado por los amantes todos de la paz y del trabajo.²³⁰

El artículo insertaba una caricatura de Maceo, con el pie siguiente: «Antonio Maceo, cabecilla principal de la insurrección, muerto el día 7 por las tropas, en Punta Brava», y reseñaba:

Con regocijo tal fué recibida en La Habana la noticia de la muerte de Antonio Maceo, que subieron los valores en la bolsa y prueba elocuente del contenido que produjo en todos los amigos, fué la manifestación que se le hizo al General [Valeriano Weyler] á su llegada, sin que hubiesen mediado preparativos, pues la ciudad toda, espontáneamente, acudió á recibirle vitoriándole en todo su trayecto.²³¹

Quince días después de los sucesos, al refutar una versión de *La Lucha* sobre las prendas y documentos recogidos por los guerrilleros al cadáver del lugarteniente, el general José Miró Argenter calificó al médico Zertucha de infame.

229 S/A: La muerte de Maceo, *La Caricatura*, 20 de diciembre de 1896, año X, N° 102, p. 4.

230 Ibid.

231 Ibid.

Su ataque no quedó ahí, años después, en su clásico libro *Crónicas de la guerra*, luego de señalar que Zertucha examinó la herida de Maceo y la declaró mortal, apuntó: «[...] salimos aterrados del lugar, precediéndonos el médico Zertucha y el teniente Urbina».²³² La relación de Miró con Zertucha será analizada más adelante.

El Cubano Libre, periódico mambí fundado por Maceo, no hizo referencias al fatal suceso, en sus ediciones correspondientes a diciembre de 1896 ni en las de enero de 1897, en ejemplar muestra —a juicio de Fernández Carcasés²³³— de responsabilidad y seriedad en la divulgación, pues, como es conocido, durante algún tiempo, aún en el propio Ejército Libertador, reinó la duda acerca de la veracidad de la noticia propagada con vítores por los peninsulares. Solo cuando la tragedia fue plenamente confirmada, este periódico, generalmente editado con periodicidad quincenal, su edición del 15 de febrero de 1897 la dedicó íntegramente a la evocación macéica.

En la primera plana de la citada edición aparece un acuerdo del Consejo de Gobierno mediante el cual se decretaron diez días de luto, y se enviaban condolencias a María Cabrales, viuda de Maceo, y a Bernarda Toro y el Generalísimo Máximo Gómez por la caída de su hijo Panchito. Asimismo, se insertaron notas biográficas de Maceo de elevado vuelo patriótico. Pero, quizás lo más interesante fue la publicación de varios de los primeros telegramas²³⁴ enviados por los emigrados cubanos a la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Estados Unidos, en los que inicialmente se exigía, a nombre de todos los patriotas radicados en el norteamericano país, que se aclararan los rumores sobre

232 José Miró Argenter: Ob. cit., p. 299. Las opiniones de Miró las cotejamos con las publicadas por la Editorial Lex en 1945 y comprobamos que son exactamente iguales.

233 Manuel Fernández Carcasés: Ob. cit., p. 1.

234 Estos telegramas pueden consultarse en Manuel Fernández Carcasés: «¿Cómo reflejó *El Cubano Libre* la caída de Maceo?»



la muerte de Maceo, ya que nadie podía ni quería creerlos. En ellos se observa que, al abrirse paso la dura verdad, en medio del dolor los mensajes adquirieron un renovado patriotismo y se acrecentaron las muestras de sacrificio en aras de la independencia.

Pasados dos años, el 10 de diciembre de 1898 *La Lucha* dio a conocer un interesante telegrama, a propósito de la publicación, dos días antes, de un suelto en el que el general José María Rodríguez, Mayía, elogiaba a Zertucha, lo cual será comentado más adelante. El texto, suscrito por los doctores Hugo Roberts, antiguo médico de Maceo a quien Zertucha sustituyó en el puesto, y Gustavo Pérez Abreu, médico de Máximo Gómez en la manigua, apareció en la página 2, columna 2, y estaba fechado en Guanajay, el 9 de diciembre. El argumento rezaba: «Protestamos de la reivindicación de Zertucha. Se recogen documentos. Tenga la bondad de publicar este telegrama».²³⁵ Una semana después, en el mismo lugar fue situado otro telegrama, procedente de Pinar del Río y firmado por los doctores Ruíz y Andrés Rodríguez Acosta, que decía: «Protestamos de la reivindicación de Zertucha».²³⁶

Otro periódico, *La Guásima*, se hizo eco de este último telegrama al publicar en su edición del 21 de diciembre de 1898, página 2, columna 3, una nota en la que la redacción se unía a la protesta y recomendaba enviar al médico al simbólico árbol. Transcurridos casi dos meses de la publicación del suelto de *La Lucha* y del telegrama suscrito por Hugo Roberts y Gustavo Pérez Abreu, apareció en *La Discusión*, en su número del 27 de enero de 1899, página 4, columna 2, una carta abierta dirigida al director del diario, suscrita por treinta miembros del Cuerpo de Sanidad Militar del Ejército Libertador.

La carta mencionaba una serie de documentos con los

235 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 38

236 Ibidem., pp. 38-39.

que se pretendía destruir los datos presentados por Mayía Rodríguez en favor de Zertucha. En ella se indicaba que los firmantes: «Hacen constar que Zertucha no pertenece al Cuerpo Médico desde que desertó el ocho de diciembre del 96. Dicen que el general Pedro Díaz certifica que Zertucha se incorporó al Ejército Libertador el cuatro de febrero del 96 y que fué médico de Maceo interinamente. Que el secretario del comité separatista «Independencia», de Melena del Sur, certifica que Zertucha jamás perteneció a ese comité y que en documento privado demuestran que Zertucha solicitó ingresar en el Ejército Español; añaden los protestantes que inclusive un amigo del médico le había regalado un uniforme para tal propósito».²³⁷

La epístola concluía con una rigurosa condena:

[...] los que suscriben protestan públicamente contra la supuesta reivindicación de Zertucha, tanto porque la ley que priva a los desertores de los derechos adquiridos no ha sido derogada, cuanto porque no consentirían el reingreso del Dr. Zertucha en el Cuerpo de Sanidad. Y si la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes considerase procedente su admisión, juzgamos de nuestro deber, como médicos y como cubanos, advertir que renunciaremos á los cargos que desempeñamos, pues si la patria nos exigió el combatir por su redención, no nos impuso el despojo de nuestra dignidad, que no dejaremos ultrajar cuando ya ha cesado en Cuba la soberanía española y se inicia una era de paz que hace innecesaria nuestra permanencia en el Ejército.²³⁸

La anterior acusación apareció firmada, entre otros, por los generales Eugenio Sánchez Agramonte, Hugo Roberts y Daniel Gispert y los coroneles Gustavo Pérez Abreu,

237 Rafael Soto Paz: Ob. cit. p. 59.

238 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 40.

Enrique Sáez, Agustín Cruz, Enrique Yaniz, Nicolás Alberdi y José Nicolás Ferrer. Sobre inconsistencias de esta carta comentaré posteriormente.

Otra forma de censurar al galeno fue ignorándolo. En mayo de 1898, el Consejo de Gobierno de la República, compuesto entonces por el mayor general Bartolomé Masó, presidente; el general y doctor Domingo Méndez Capote, vicepresidente y secretario de la guerra; el coronel Ernesto Fonst y Sterling, secretario de hacienda; el coronel Andrés Moreno de la Torre, secretario de exterior, y el doctor Manuel R. Silva, secretario del interior, nombró como inspector general del Ejército al mayor general Carlos Roloff y Mialofsky.

Ese nombramiento contó con el visto bueno del General en Jefe, mayor general Máximo Gómez, y del lugarteniente general, mayor general Calixto García. La tarea básica de Roloff era llevar la estadística general del ejército. Según sus declaraciones:

Al tomar posesión del cargo me encareció el Ciudadano Secretario de la Guerra que dedicara preferentemente atención á realizar dicha estadística porque en los últimos tiempos casi no se había trabajado en ella y en consecuencia, fueron inmediatamente ratificados los nombramientos existentes, aceptados algunos cambios solicitados por los interesados y provistos los puestos que no lo estaban quedando en breve constituido el Organismo [...]²³⁹

En el índice, correctamente organizado por orden alfabético del primer apellido de cada uno de los participantes en la contienda, así como por cuerpo, división y brigada, según la estructura del Ejército Libertador, no se relaciona al doctor Máximo Zertucha; tampoco se menciona entre los

239 Palabras de Carlos Roloff en: Índice alfabético del Ejército Libertador de Cuba; documento original en el Archivo Nacional de Cuba.

miembros del Cuerpo de Sanidad Militar ni registrado por su segundo apellido, como el propio documento advierte que pudiera ocurrir. Considero que fue realmente una omisión voluntaria. El mismo mes en que se nombró este organismo, es decir, en mayo de 1898, ya Zertucha se había reincorporado a las tropas mambisas y se le había exonerado de responsabilidades, tema que abordaré más adelante. Un hecho tan importante como este no pudo haber pasado inadvertido.

Una vez más se trató de sancionar al galeno, al no colocar su nombre en tan importante documento que, para demostrar su veracidad, al final de cada una de sus páginas está firmado por el Inspector General y por su jefe de despacho, el comandante Forrest. Evidentemente fue una injusticia, a pesar de que, al decir de Carlos Roloff:

Al fin la buena voluntad de los Jefes que componían el Organismo y de la Oficialidad de mi Estado Mayor, ayudados eficazmente por todos los compañeros de quienes algo necesitaron logré vencer todas las dificultades y la Inspección General tuvo una lista completa de las fuerzas en Campamento el 24 de agosto del 98, en que por disposición de la Asamblea se dió por terminada la guerra oficialmente.²⁴⁰

Otra omisión sucedió al año siguiente, en un artículo titulado *Médicos de la guerra*, publicado en *El Fígaro*, en febrero. El extenso texto, firmado por Gonzalo Aróstegui, no menciona a Zertucha; se reseñan pequeñas semblanzas de un grupo de médicos y otros se relacionan en una larga lista. Del doctor Hugo Roberts se dice: «[...] siguió en toda la invasión al glorioso Maceo, por quien fue nombrado Jefe de Sanidad en Pinar del Río. Recibió una herida grave en un pie, y se cree que sea el médico que más encuentros haya

240 *Ibíd.*

presenciado, pues ha estado en más de cien combates».²⁴¹ Como señalé anteriormente, el doctor Zertucha sustituyó al doctor Roberts como médico de Maceo; sin embargo, no aparece en el artículo.

Asimismo, no lo menciona el coronel Manuel Piedra Martel, ayudante de campo de Maceo. En 1943, a los setenta y cinco años de edad, Martel publicó, por la Editorial Minerva, sus memorias de la guerra bajo el título *Mis primeros treinta años*, donde recordó que fue atendido por el doctor Zertucha, pasaje ya relatado en este libro, y en otros momentos también se refirió a él. Sin embargo, al comentar sobre la muerte del Titán en los acápites XXVIII y XXIX, respectivamente titulados Acción de San Pedro y Titán caído, del Libro cuarto Campaña de Pinar del Río, no lo menciona.

De *Mis primeros...* existen otras dos ediciones; una en 1979, por la Editorial Letras Cubanas, y otra en 2001, por la Editorial de Ciencias Sociales. He cotejado ambas con la versión prístina y en ninguna figura Zertucha. En 1968, el Instituto Cubano del Libro, en su colección *Cocuyo*, con el título *Memorias de un mambí* publicó una selección de *Mis primeros...*, donde se transcribe casi literalmente el acápite XXIX, aunque se cambia el título por Muerte de Maceo, y tampoco se hace referencia a Zertucha.

En documento fechado el 22 de septiembre de 1899, en Nueva Gerona, Isla de Pinos, el teniente coronel Juan Manuel Sánchez explicó:

Después me retiré a donde estaban los demás heridos desmayándose entonces, y cuando volví en mí entre tres compañeros que ya habían fallecido me dijeron que el general Nodarse estaba gravemente herido y que esperara al doctor Guás, para ser curado, pues el doctor Zertucha faltando a sus deberes profesionales y a los de humanidad, había

²⁴¹ Gonzalo Aróstegui: Médicos de la guerra, *El Figaro*, año XV, febrero de 1899, pp. 73-76. En archivo personal del Dr. C. Reinaldo Suárez Suárez.

dicho que no curaba más heridos que los del Estado Mayor del general Maceo; y cuyo acto así como el que realizó después no se me olvidará jamás.²⁴²

El coronel Rafael Cerviño Rayter, quien se incorporó con un grupo de combatientes dos horas antes del combate de San Pedro y fue herido, en 1948 declaró a la revista *Bohemia*, en su número 49, del 5 de diciembre:

El doctor Zertucha y Panchito Gómez, al ver caer al General, se desmontaron de sus caballos acercándose para auxiliarle. Trataron de levantarlo y montarlo en un caballo para sacarlo de allí, pero parece que no pudieron. Muerto el general Maceo y heridos todos los jefes y oficiales que se habían quedado a su lado en el combate con la excepción de doctor Zertucha que desapareció, cada uno trató de retirarse como pudo para evitar ser macheteado.²⁴³

El 12 de diciembre de ese año, en la propia revista, el periodista Ramón Vasconcelos Maragliano dio a conocer su artículo *Cargas al machete*, del cual volveré a comentar. En este contó que él y Antonio Maceo Marryat, Antoñico, hijo del héroe, visitaron al general Ricardo Sartorio y, según las palabras de este:

Zertucha era un alcohólico, y que Maceo, enemigo del alcohol, lo reprendió con severidad en más de una ocasión. En represalia Zertucha hacía una campaña subterránea, diciendo que tantos jefes distinguidos en La Habana, algunos como él, de promoción universitaria, no debían dejarse humillar por un mulato.

242 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, p. 102.

243 Rafael Soto Paz: Ob. cit., p. 59, y Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, p. 124.



Sea por el efecto moral que le produjo la muerte de Maceo, sea por lo que le atribuía Sartorio, lo cierto es que Zertucha, hijo de Bejucal, de donde salieron las fuerzas de Cirujeda a abatir a Maceo, se presentó el siete de diciembre de 1896 y marchó a España, donde falleció mucho después de instaurada la República.²⁴⁴

Es evidente el error del periodista. Zertucha nunca viajó a España y, por tanto, no falleció en el país ibérico, como indico al final de este libro. Más adelante Vasconcelos se refiere a una carta que Cirujeda envió al general Federico Alonso Gasco, fechada el primero de diciembre de 1896, es decir, seis días antes del fatal combate, donde le decía:

Mi general muy querido, acaban de asegurarme que Maceo intenta pasar solo por la trocha inmediata a Mariel, como lo efectuó hace cinco días el cabecilla Gordiño, acompañado de otros dos. La noticia me la da persona que me merece entero crédito, quien estuvo ayer hablando con Gordiño y ha visto la montura que tienen preparada para el caballo que ha de montar Maceo.²⁴⁵

En relación con esta correspondencia, Alonso Gasco envió la siguiente epístola:

Ejército de operaciones. Línea militar de Mariel a Majana. Sr. d. Federico Escario. Mi querido amigo: lea usted la adjunta y tome medidas, esta noche: emplee toda la fuerza de América que hay en el Mariel si la necesita para vigilar la carretera, y

244 Rafael Soto Paz: Ob. cit., p. 59.

245 Ibid.

recomiende la mayor vigilancia toda la zona. Su yo
affo. Amigo y compañero Fed. A. Gasco.²⁴⁶

Es evidente que, en Cuba, el galeno también fue severamente criticado, aunque hay que destacar, como señalé anteriormente, que el periódico *El Cubano Libre*, dedicó páginas conmovedoras a la memoria de su fundador.

246 Ibid.

La defensa

El médico se defiende

El doctor Zertucha no permaneció callado ante tanta infamia. Envío cartas a *The New York Herald* y al *The New York World*. El 26 de diciembre de 1896, al ser interrogado por el corresponsal de *La Lucha*, diario editado en la capital cubana, declaró que se iría a vivir a Vizcaya (España) «[...] si los señores de New York no le sacaban de sus casillas y le obligaban a publicar su defensa».²⁴⁷ Importa destacar que fueron tantas las acusaciones, como relaté anteriormente, que obligaron al médico a publicar su defensa, o mejor, sus defensas, porque en la medida en que conocía de una ofensa, le daba respuesta.

Refiriéndose a Maceo, en su declaración ante Alejandro Rodríguez, el 7 de julio de 1898 (ver anexo 1), Zertucha expuso:

[...] cayó herido como por un rayo entre mi caballo y el suyo lanzando el machete hacia delante, me desmonté enseguida, sostuve su cabeza en mi brazo izquierdo procuré averiguar donde estaba herido: del lado derecho de la mandíbula inferior junto al mentón, un chorro de sangre indicaba el punto de la herida, reconocí la mandíbula, encontrándola fracturada. El punto de herida no explicaba los fenómenos

247 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, p. 204.

generales que se presentaban, -pérdida del habla, el ojo derecho, sin vida, no así el izquierdo, en que se aumentaba la expresión, la cara cada vez más pálida y la aljides, me hizo temer un término fatal; habiendo pasado una grave enfermedad en Pinar del Río días antes del paso de la trocha, me encontraba sin fuerzas de ninguna especie, y no podía ni aun siquiera volver el cuerpo para poder reconocer la parte posterior del cuerpo del herido; un joven oficial que no conocía, por serme desconocidas las fuerzas de la Provincia de la Habana, me ayudó a volverlo y entonces me encontré otra herida del mismo proyectil por su dirección, que se encontraba en la parte posterior del lado derecho de la espalda, entre el homoplato y la columna vertebral, la dirección de la herida y los fenómenos general me hicieron temer una hemorragia interna como realmente resultó, muriendo en mis brazos al minuto poco más o menos de ser herido.²⁴⁸

Al año siguiente, cuando conoció la denuncia de los treinta médicos cubanos que ya comenté, como tocado por la punta de una espada respondió de inmediato. La réplica, fechada al día siguiente de la publicación de la protesta de los miembros del Cuerpo de Sanidad Militar, no apareció en el periódico habanero *La Discusión* hasta diez días después, en la primera plana de la edición correspondiente al martes, 7 de febrero de 1899. El escrito, titulado *Habla Zertucha*, puede leerse íntegramente en el anexo 2.

Esta respuesta, constituye uno de sus documentos públicos de mayor valor testimonial; es de admirar su mesura en el lenguaje; no obstante, su tono categórico, y la forma precisa en que refutó con argumentos convincentes las falsas imputaciones que se le hacían. En él relató su ingreso en el Ejército Libertador, aseguró que era teniente coronel,

248 Declaración del Dr. Máximo Zertucha Ojeda ante la comisión nombrada..., Ob. Cit., pp. 96-102.

aunque Maceo, en las relaciones dadas al coronel Nodarse, jefe interino de estado mayor, lo mencionaba siempre como coronel. Añadió que no pertenecía al llamado comité Independencia, sino a otro presidido por el doctor Horacio Acevedo y que su solicitud de un uniforme del ejército español fue una coartada, de acuerdo con el patriota Saturnino Las-
tra, para poder marcharse del pueblo con dieciséis hombres armados y reingresar a la Revolución bajo las órdenes del general Pedro Díaz.

Al final puntualizó: «[...] por lo demás, no he de entrar en discusiones de grados o servicios, porque fui a la Revolución solo por amor a mí país».²⁴⁹ Después de esta manifestación pública del médico, ninguno de los treinta individuos que le habían atacado volvió a manifestarse sobre el tema. En consecuencia, considero que al mantenerse en silencio le otorgaron la razón.

Otra defensa la hizo en carta enviada a Gómez, publicada posteriormente en *La Lucha*, el 16 de septiembre de 1899. En ella relató la muerte de Maceo y Panchito Gómez Toro, y tras acusar con dureza al general Miró Argenter, indicó: «En medio del horrible e imponente fragor del combate, yo, enfermo, convaleciente, sin armas, —pues no podía por mi debilidad, soportar su peso—, al ver a mi jefe, a mi amigo, a mi padre de la revolución, caer herido de muerte, pedí auxilio al brigadier Miró». Luego indicó que Panchito murió abrazado al cadáver de su ídolo.

Y continuó:

Y como dicen, ¡me presenté!; me encontré a mi hijo vendiendo helados a los soldados; me encontré que mientras los jefes de la Revolución en La Habana comían, yo, en P. Río, donde se batía el cobre, donde no había majases, donde no había diplomáticos,

249 Periódico *La Discusión*, 7 de febrero de 1899. Ver Rafael Soto Paz: Ob. cit., p. 60.

sino mucha bala y mucha abnegación y mucho sufrimiento, tenía abandonados a mis propios hijos, que habían quedado al amparo de los que hoy son ricos, siendo antes pobres, y yo pobre, habiendo sido rico.

El final de la carta es una ruda respuesta al grupo de médicos firmantes. «Todos los jefes de la Revolución, me quieren; los facultativos *envidia medicorum pessim*» (la peor envidia es la de los médicos).²⁵⁰

A fines de abril de 1904, ya en plena república, el exgobernador y capitán general de la Isla, Valeriano Weyler y Nicolau, remitió al generalísimo Máximo Gómez la libreta de notas de Panchito, la cual le había sido ocupada al cadáver por las fuerzas de Cirujeda, junto con una carta. Ambos documentos los portaba D. Adolfo Porset, antiguo gobernador civil de Matanzas. Porset, hombre de confianza de Weyler, quería, con esta comisión, lograr el apoyo moral del general Gómez para ocupar la administración del ferrocarril de Sabanilla sin provocar la repulsa de los matanceros.

Años después, testigos presenciales del hecho recordaron que Gómez lo recibió en la puerta de su casa, sin invitarlo a pasar; tomó la carta y la libreta tirándola sobre un mueble; sin abrir la correspondencia, declaró que todo aquello era falso y sin dar lugar a más explicaciones concluyó la entrevista que duró escasamente unos minutos.²⁵¹

La prensa habanera intentó convertir el hecho en un suceso periodístico, y el general Gómez envió una comunicación al diario *La Lucha*, que fue publicada el jueves 19 de mayo de 1904, página 2, columna 8, bajo el título *Aclarado*

250 La carta, que puede consultarse de forma íntegra en el anexo 7, fue publicada en la primera plana del periódico *La Lucha*, el 16 de septiembre de 1899; reproducida en diciembre de 1943 en el periódico *Heraldo de Melena* 4(38):1,4 y 6, y posteriormente en: Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Ob. cit., pp. 110-114.

251 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, pp. 56-57.

el misterio. En la nota, el Generalísimo llamaba a no revivir amargos recuerdos, porque: «Hay dolores que merecen respeto, y el mío y el de mi familia es uno de ellos».²⁵² A manera de postdata escribió: «Para probar que mi hijo no se suicidó, sino que fué asesinado, apelo al juicio científico de los médicos que asistieron a la exhumación de los cadáveres en el Cacahual. Ellos pueden decir, si allí vimos todas las señales del machetazo en los huesos del pescuezo».²⁵³

Aunque no participó en la exhumación, Zertucha, se sintió obligado a expresar su opinión por haber estado presente en los sucesos del 7 de diciembre, y fue esta la última versión que se conoce del galeno, publicada en el propio diario *La Lucha*, el sábado 21 de mayo de 1904, en la página 2, columna 8. Si bien en ella no aborda directamente lo relacionado con la muerte de Maceo, solo se refiere a lo ocurrido a Panchito, considero importante mencionarla en este acápite dedicado a la defensa, porque demuestra que no tenía nada que ocultar y, por tanto, decidió responder al llamado del Generalísimo. El galeno seguía atento todo lo que se publicaba en torno a los sucesos de Punta Brava, y una forma de defenderse era continuar activo en el debate y no sumergirse en el silencio.

Más de cuarenta y cinco años después, el 19 de junio de 1950, Urbano Gómez Toro, hijo de Máximo Gómez, se refirió a la carta de Zertucha en una suya enviada a Luis Felipe Le Roy y Gálvez, donde expresó:

Ya mi padre en Mayo de 1904 dijo su última palabra sobre tan penoso asunto; y por eso es que de lo que él escribió y de lo que le escribieron los médicos entonces, que ya he citado, inclusive el Dr. Zertucha, le estoy acompañando copia; son documentos respetables en los que usted puede fundamentar como definitivas las conclusiones a que llegará al

252 *Ibidem*, p. 59.

253 *Ibidem*, p. 87.

dictar su conferencia histórica si es que aun precisa aclarar en el presente.²⁵⁴

Opiniones de mambises

El 13 de diciembre de 1898, el general Juan Eligio Ducasse le envió una carta a Zertucha, que se publicó el 27 de diciembre en *La Lucha*, en la cual expresaba:

Yo, como Jefe y representante de los orientales que en Pinar del Río hicieron guerra, enterado de la propaganda que en su contra trata de levantarse, propaganda que no ha de hallar eco en los que conocen sus condiciones de patriotismo y valor, inspirado en la justicia, escribo a usted para que, en medio de sus contrariedades, experimente la satisfacción de que existe un hombre que se enaltece al tenerlo por amigo y compañero. He visto a usted aquí, en toda la campaña de Pinar del Río, al lado del inolvidable General Antonio Maceo; campaña que tuvo su comienzo en el combate de Neptuno el 16 de marzo de 1896, y terminó en San Pedro el siete de diciembre de 1896, alcanzando el importante número de cincuenta, los reñidos hechos de armas en que tomó usted parte. Creo lealmente que los cubanos deben a usted respeto. Muchas veces hablé con el General Maceo, y muchas veces me manifestó él las condiciones excepcionales que usted poseía, y lo complacido que estaba con sus servicios. Como quiera que la verdad se impone, y que nadie podrá tachar de exagerados los conceptos que usted me merece, tengo el mayor gusto en dirigirle estas líneas.²⁵⁵

254 *Ibidem.* p. 87.

255 Periódico *La Lucha*, 13 de diciembre de 1898. Ver Rafael Soto Paz: *Ob. cit.*, pp. 104-105.

El mayor general *Mayía* Rodríguez, jefe superior del Departamento de Occidente, envió una carta al director del periódico *La Lucha*, fechada el 8 de diciembre de 1898, donde certificaba que, de acuerdo con el informe de la comisión presidida por el mayor general Alejandro Rodríguez Velazco:

Zertucha, temeroso de la enemiga que le profesaban algunos jefes de las fuerzas cubanas, al faltarle la poderosa protección de Maceo, hubo de acogerse a indulto; que tan pronto realizó ese acto, Zertucha se dedicó a servir a la Revolución, como secretario del comité separatista Independencia y que al ingresar en el Ejército libertador se hizo acreedor al aprecio y la más alta estimación.²⁵⁶

Por último, el general *Mayía* se complacía en significarle al médico que su puesto estaba al lado de los hombres probos y buenos cubanos. En el libro *Mis primeros treinta años*, del general Manuel Piedra Martel, encontré un interesante testimonio que considero como otro elemento que contribuyó a la decisión del médico. Piedra relató:

Esa misma mañana del 8 de diciembre [...] acampamos en un sitio llamado Loma del Hambre. Estábamos allí sin contar la escolta los generales José Miró y Pedro Díaz, el Dr. Zertucha, el capitán Nicolás Souvanell, el teniente Urbina y yo; y los asistentes que habían sido del general Maceo, entre ellos Benito Hechavarría (el cocinero). [...] se suscitó un incidente de los más penoso y desagradable, con motivo de haberle preguntado el Dr. Zertucha a Benito en un tono perfectamente natural, cuando estaría el almuerzo. Es conveniente advertir que el Dr. Zertucha [...] comía a la mesa con Maceo. El cocinero se insolentó y en estridente

256 *Ibíd.*

lenguaje hizo saber al Dr. Zertucha que en lo adelante no tenía derecho a comer en su cocina. Trató Zertucha de replicar, e interviniendo el general Miró le dio la razón a Benito, tomando partido por él de modo ostensible. Irritado el Dr. Zertucha por tan manifiesta injusticia y hostilidad, dejó escapar una palabra mal sonante que no iba dirigida a nadie en particular. Entonces levantándose con brusquedad, el general Pedro Díaz se encaró con el Dr. Zertucha y le gritó «¡Qué es eso so atrevido! Como se atreve usted a decir insolencias en mi cuartel general y en presencia mía.²⁵⁷

Según Piedra, Zertucha:

[...] se quedó mudo, desconcertado [...] Al día siguiente el médico abandonó el campo de la Revolución y se acogió a la indulgencia de las autoridades españolas. La actitud intempestiva del general Díaz se debe a que Maceo acostumbraba a comer con su médico, honor que Díaz, a pesar de su alto rango militar no lograba.²⁵⁸

Desde las columnas del periódico *El Mundo*, en su edición del 23 de mayo de 1904, página 2, columnas 3 y 4, el general Silverio Sánchez Figueras, quien había participado en la exhumación de los restos de Maceo y Panchito, expresó públicamente su opinión: «El General [Maceo] tenía dos heridas de bala. La que presentaba la salida del proyectil en la parte atrás del pescuezo, por encima del ‘hueso de la nuca’, [vértebras cervicales] no mostraba apenas su entrada por la frente, por lo que hay quien crea que la bala le penetró por la boca».²⁵⁹

Lo anterior coincide con la fractura de mandíbula

257 Manuel Piedra Martel: *Mis primeros treinta años*, pp. 432-435.

258 Ibid.

259 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, p. 69.

descrita por el doctor Zertucha. El teniente coronel Juan Manuel Sánchez, en su versión de lo sucedido, publicada por Gerardo Castellanos, expresó: «La mayoría se desparramó al darse cuenta de la caída de Maceo, acudieron Zertucha, Miró y Nodarse».²⁶⁰ En su clásico *Crónicas de la guerra*, Miró escribió: «[...] el médico Zertucha le examinó la herida (mortal)».²⁶¹

En el año 1952, Luis Felipe Le Roy, en el texto publicado sobre la muerte de Francisco Gómez Toro que ya he comentado, destacó:

[...] según informes facilitados por el Coronel Alberto Nodarse, Jefe del 4ª Brigada, resulta que el Dr. Zertucha prestó buenos servicios mientras estuvo a las órdenes del Lugarteniente Gral. Antonio Maceo y que por referencia supo que dicho Dr. ofrecía sus servicios desde la población en que se encontraba.²⁶²

Opiniones favorables también emitieron el doctor Benigno Souza y el coronel Orestes Ferrara Marino; asimismo, lo defendió el general de brigada Enrique Loynaz del Castillo en una epístola fechada el 20 de junio de 1953, enviada al investigador Luis Felipe Le Roy y Gálvez, Loynaz escribió:

Es indudable servicio a la justicia esclarecer los móviles que determinaron en la mente del Doctor Máximo Zertucha la abrumadora convicción de que con la caída del General Maceo entraba en agonía la República [...] El doctor Zertucha, que con la muerte de Maceo tenía ya destrozado el corazón, vió colmada su propia desventura con el trato de sus compañeros.²⁶³

260 Gerardo Castellanos: *Francisco Gómez Toro. En el surco del Generalísimo*, S/E, Habana, 1932, pp. 419-420.

261 José Miró Argenter: Ob. cit., tomo III, p. 298.

262 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, p. 106.

263 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, pp. 35-36.



Después relató la disputa entre el médico y el cocinero, y concluyó:

¡Cuántas veces, viendo que la República sobrevivía, quiso volver a sus filas! Pero, contra este propósito se levantaba una barrera de infundios, que le hicieron temer que ello sólo sirviera para el inútil sacrificio de su vida. Mas, no quiso que la guerra terminara, dejándole en inmerecida mancha. Solicitó su reincorporación y el consejo de guerra que lo juzgara. El General José María Rodríguez, caballero inmaculado de la patria, leyó el informe del General Alejandro Rodríguez, digno jefe del 5º. Cuerpo, y le dio lugar en las filas de la Revolución Libertadora, abnegada y magnánima.²⁶⁴

Tres años después, Le Roy y Gálvez recibió otra importante carta, fechada el 5 de noviembre de 1956,²⁶⁵ en la cual el general y médico Eugenio Molinet Amorós, le exponía:

De acuerdo con lo que le expresé a Ud. en días pasados y por así habérmelo pedido, le manifiesto ahora por escrito en relación con la protesta contra Zertucha que apareció en *La Lucha* del día 27 de Enero de 1899, en su página 4 y en donde aparece mi firma, he venido a tener conocimiento de esa protesta ahora que Ud. me la ha enseñado. En esa fecha yo me encontraba en la provincia de Camagüey, en el Cuartel General de Máximo Gómez, y por lo tanto se estampó mi nombre al pie de ese escrito sin que yo me enterase de ello y sin que yo

²⁶⁴ Ibid.

²⁶⁵ Esta carta la cotejamos con la original y publicamos un texto al respecto. Ver Ricardo Hodelín Tablada: Comentarios sobre dos cartas escritas por médicos generales mambises, revista *Medisan*, 2016; 20 (11): 5191-5199. [consultado: 08 de febrero de 2017]. Disponible en: <http://www.medisan.sld.cu/index.php/san/article/view/1109/html>].

diera mi consentimiento para utilizar mi nombre. Eso es todo cuanto tengo que decirle en relación con este hecho que me era enteramente desconocido hasta este momento. Puede Ud. hacer uso de este testimonio en el sentido que mejor le convenga.²⁶⁶

Es evidente que la carta supuestamente firmada por varios galenos fue una farsa más en el complicado entramado que se preparó para culpar a Zertucha. Y no fue solo el doctor Molinet Amorós. Veamos otro testimonio de un médico cuyo nombre también apareció de forma inconsulta en la carta acusatoria. Se trata del general Daniel Gispert, quien el 7 de noviembre de 1956 le escribió a Le Roy y Gálvez,²⁶⁷ una carta donde expresaba:

Consecuentemente con lo que le expresé de palabra hace unos pocos días, le expreso ahora por escrito, puesto que Ud. así lo desea, que de una carta de protesta contra Zertucha que apareció en *La Lucha* del 27 de enero de 1899, en su página 4, y al final de la cual aparece mi nombre entre los firmantes, he venido a tener noticias, por primera vez, ahora que Ud. me ha regalado una copia fotostática de la misma. Yo nunca tuve conocimiento de ese escrito, se utilizó mi nombre sin que yo lo supiera y de haber sido informado de su existencia, en aquel entonces, lo hubiera desautorizado, como lo hago ahora.²⁶⁸

En la propia epístola, refirió el galeno:

[...] quiero manifestarle que tampoco hubiera permitido en aquella fecha que se incluyera mi nombre

266 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 41.

267 Esta carta la cotejamos con la original y publicamos un texto al respecto. Ver Ricardo Hodelín Tablada: Comentarios sobre dos cartas escritas por médicos generales mambises.

268 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 42.

en dicha propuesta, porque si bien yo hubiese sido capaz de fusilar a cualquier desertor en el acto mismo de la deserción —por los peligros que pudiera acarrear a la causa cubana— una vez que abjuraban de la falta cometida y se reincorporaban a las filas insurrectas, debía considerárseles como cualquier otro individuo que hiciera su ingreso en ellas en esos momentos.²⁶⁹

Y señaló:

En cuanto a la conducta del médico Máximo Zertucha presentándose a raíz de la muerte de Maceo considero que se debió, en lo fundamental, a que se amilanó terriblemente con la caída de su jefe y que creyó perdida la causa cubana, como lo prueban sus palabras a Nodarse citadas por este último en su narración de los sucesos: «¡Ay Nodarse, se acabó la guerra. Vea ese cuadro. Muerto!» Espero haberle complacido en su deseo de esta aclaración histórica.²⁷⁰

Estos testimonios de médicos que no fueron consultados, pusieron en solfa la mencionada carta acusatoria y demostraron su falsedad. Además, no todas las firmas eran de galenos, sino que muchas de ellas pertenecían a farmacéuticos, a prácticos de farmacia e incluso una correspondía a la de un estudiante de Medicina.²⁷¹

Otras opiniones favorables

El 17 de enero de 1953, al referirse a una visita que él y su padre habían realizado al lugar de los hechos, Urbano Gómez Toro, hijo del Generalísimo Máximo Gómez, consideró:

269 *Ibidem*, p. 35.

270 *Ibidem*, p. 42.

271 *Ibidem*, p. 40.

El Gral. Nodarse confirmó allí lo que para la historia había escrito aquel bravo adalid, entonces, el Comandante Dr. Máximo Zertucha, nervioso, visiblemente, dirigiéndose directamente al Gral. Gómez le dijo en alta voz Gral, el abandono de los cuerpos del Gral. Maceo y de su hijo fué un acto de cobardía, de pánico que nos acometió —no a Nodarse, yo pensé que muerto el Gral. Maceo sería víctima de mis envidiosos compañeros [...] el Gral. Gómez con un ademan de la mano derecha interrumpe al Dr. Zertucha e inmediatamente dice: está bien, no se hable más del asunto, y no se habló más [...]

Después señaló:

Mi opinión respecto del Dr. Zertucha, que en mi concepto se acobardó terriblemente y por consecuencia su conducta posterior é inmediata, y puedo asegurarte, eso sí, que si mi padre lo hubiera considerado persona indigna no hubiera consentido su presencia allí junto a los demás que estábamos, ni lo hubiera tratado como lo trató.²⁷²

Mediante este testimonio conocemos que Máximo Gómez también consideraba inocente a Zertucha.

A favor de Zertucha también se manifestó el destacado investigador santiaguero Leonardo Griñán Peralta, biógrafo de Maceo, al reflexionar:

Pero, si fue Zertucha quien mató a Maceo, ¿qué hicieron los que lo sabían durante los tres días que él tardó en presentarse al Coronel Tort? ¿Por qué no fue fusilado Zertucha inmediatamente? La contestación es obvia. Si los cubanos, que adoraban a Antonio Maceo, no cumplieron su deber

272 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, pp. 61-64.

Dr. Luis F. LeRoy Gálvez
Presente.

Distinguido amigo:

De acuerdo con lo que le expresé a Vd. en días pasados y por así habérmelo pedido, le manifiesto ahora por escrito que en relación con la protesta contra Zertucha que apareció en La Lucha del día 27 de Enero de 1899, en su página 4 y en donde aparece mi firma, he venido a tener conocimiento de esa protesta ahora que Vd. me la ha enseñado.

En esa fecha yo me encontraba en la provincia de Cagüey, en el Cuartel General de Máximo Gómez, y por lo tanto se estampó mi nombre al pie de ese escrito sin que yo me enterase de ello y sin que yo diere mi consentimiento para utilizar mi nombre.

Eso es todo cuanto tengo que decirle en relación con este hecho que me era enteramente desconocido hasta este momento. Puede Vd. hacer uso de este testimonio en el sentido que mejor le convenga.

Suyo affmo. su atto. s. s.



Dr. Eugenio Molinet Amorós
General del Ejército Libertador

Carta firmada por el doctor Eugenio Molinet Amorós, en la que indica que no fue consultado para firmar la protesta contra el doctor Zertucha.

La Habana, 7 de Noviembre 1956

Dr. Luis F. LeRoy Gálvez
Calle A núm. 505 Vedado
Ciudad

Distinguido Dr. LeRoy:

Consecuentemente con lo que le manifesté de palabra hace unos pocos días, le expreso ahora por escrito, puesto que Vd. así lo desea, que de una carta de protesta contra Zertucha que apareció en *La Jirafa* del 27 de Enero de 1899, en su página 4, y al final de la cual aparece mi nombre entre los firmantes, he venido a tener noticias, por primera vez, ahora que Vd. me ha regalado una copia fotostática de la misma. Yo nunca tuve conocimiento de ese escrito, se utilizó mi nombre sin que yo lo supiera y de haber sido informado de su existencia, en aquel entonces, lo hubiera desautorizado, como lo hago ahora desde estas líneas que le envío y que puede Vd. utilizar como mejor convenga a su trabajo histórico.

Además, quiero manifestarle que tampoco hubiera permitido en aquella fecha que se incluyera mi nombre en dicha protesta, porque si bien yo hubiese sido capaz de fusilar a cualquier desertor en el acto mismo de la desertión -por los peligros que pudiera acarrear a la causa cubana- una vez que abjuraban de la falta cometida y se reincorporaban a las filas insurrectas, debía considerárseles como cualquier otro individuo que hiciera su ingreso en ellas en esos momentos.

En cuanto a la conducta del médico Máximo Zertucha presentándose a raíz de la muerte de Maceo considero que se debió, en lo fundamental, a que se amilanó terriblemente con la caída de su jefe y que creyó perdida la causa cubana, como lo prueban sus palabras a Nodarse citadas por este último en su narración de los sucesos: "¡Ay Nodarse, se acabó la guerra. Vea ese cuadro. Muerto!"

Espero haberle complacido en su deseo de esta aclaración histórica, y quedo de Vd.,

su atto. y s. s.

Dr. Daniel Gispert
General del Ejército-Libertador

18 Carta firmada por el doctor Daniel Gispert, en la cual afirma que no fue consultado para firmar la protesta contra el doctor Zertucha.

como devotos compañeros y como militantes que creían ser, fue porque entendieron que no había razones para ello. Afirmar lo contrario sería caer en el absurdo de pensar que no amaban a su caudillo, o que no eran hombres de honor los que, precisamente por serlo, vivían en constante peligro de muerte y creían que morir por la patria es vivir. [...] el hecho de que él abandonase las filas del Ejército Libertador no puede significar en modo alguno que él hubiese siquiera deseado la muerte de Maceo. Por el contrario, ello puede estimarse como una prueba de que para Zertucha, como para tantos otros, Maceo era la victoria, y, su muerte, el fracaso de la Revolución.

Y el también profesor de la Universidad de Oriente, concluyó:

Los verdaderos *leaders* se equivocan muy pocas veces al juzgar de la lealtad de los hombres que ellos seleccionan atendiendo, precisamente, al grado de confianza que éstos les inspiran. ¿Por qué, si no, hubo de ser Zertucha Secretario particular y Médico de Antonio Maceo? ²⁷³

Luis Felipe Le Roy y Gálvez, profesor titular de Análisis Químico de la Facultad de Ciencias e investigador histórico de la Universidad de La Habana que, como se evidencia en este libro, ha investigado sobre Zertucha, sentenció:

Como convenía a los intereses de la guerra que Maceo apareciera asesinado alevosamente, la desertión de Zertucha se aprovechó para propagar esa especie mediante la prensa norteamericana, donde se le presentó como traidor y asesino de Maceo, en convivencia con el realmente inofensivo segundo cabo

273 Leonardo Griñán Peralta: *Antonio Maceo...*, 210-214.

español Marqués de Ahumada. Desde entonces este estigma le persiguió toda su vida, a pesar de haber sido exonerado de dicha acusación ante correspondientes norteamericanos en la propia manigua.²⁷⁴

Luego relató:

Al reintegrarse a la Revolución en 1898 y ser públicamente rehabilitado de todo cargo infamante, sus colegas médicos levantaron una ola de protesta [...] a esta terrible campaña difamatoria puso fin, como por ensalmo, la réplica firme, viril y concluyente de Zertucha, que publicó *La Discusión* el 7 de febrero de 1899.²⁷⁵ (Ver anexo 2)

Y con una alusión al origen de la propuesta, concluyó con estas palabras sibilinas «[...] pero día llegará en que ese origen se conozca, lo mismo que minuciosamente, la acción de Punta Brava».²⁷⁶

Sobre la posibilidad de que Miró amenazara de muerte a Zertucha, Le Roy escribió:

Es mi firme opinión que fuera o no cierta la amenaza de muerte que según dijo Zertucha profirió Miró contra él, existieron, independientemente de ella, suficientes motivos subjetivos para desencadenar en su mente la determinación que lo condujo a abandonar las filas insurrectas. Este hecho, que nunca podrá hallar justificación con un criterio de recto patriotismo, puede, no obstante comprenderse, y aún hallar su explicación cuando se consideran las circunstancias tan especiales que rodearon la presentación del infortunado médico.²⁷⁷

274 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha, víctima de la calumnia*, en Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: Ob. cit., pp. 66-67.

275 La carta puede leerse íntegramente en el anexo 2.

276 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha, víctima de la calumnia*, p. 66.

277 Ibidem, p. 24.

Considero que otro argumento importante en la defensa de Zertucha es lo publicado en el periódico, *La Lucha* del 19 de diciembre de 1896. Notas que para su divulgación recibieron el visto bueno del Estado Mayor General de los españoles, según aseguró el doctor Bernabé Bouza en su libro *Mi diario de la guerra. Desde Baire hasta la intervención americana*. El rotativo acotó:

Cayó del caballo Maceo y Zertucha fue a prestarle auxilio y estando reconociéndolo recibe Maceo, ya muerto, un segundo balazo en el hipocondrio derecho, sin salida [...] Todo el estado mayor de Maceo se había dispersado. Zertucha solo, con el cadáver hacía esfuerzos para ponerlo encima del caballo, cuando llegó Pancho Gómez [...]

Pancho Gómez comenzó a ayudar a Zertucha y al ir a levantar el cadáver, recibe un balazo que atravesándole la caja torácica y el brazo derecho en la región del codo le hizo caer sobre el cadáver de Maceo. Fue Zertucha a auxiliar a Gómez [...] corrió Zertucha en su caballo en busca de gente [...] Llegan entonces Zertucha con Perico Díaz y otros para llevarse los cadáveres.²⁷⁸

Resulta evidente que el galeno no abandonó a su jefe, por demás, es justo recordar que, en este periódico, de tendencia integracionista, el día 10 había sido publicado el indulto de Zertucha, o sea, no había ningún interés en defenderlo.

En el orden científico, la explicación ofrecida por el doctor Zertucha es correcta. El proyectil había penetrado a dos centímetros de la sínfisis mentoniana, es decir, en el mentón del lado derecho, fracturó la mandíbula inferior en tres puntos y salió por la parte posterior lateral izquierda de la base del cuello. En consecuencia, a su paso desgarró el paquete vasculo nervioso carotídeo, estructura nerviosa

²⁷⁸ Las notas del diario fueron publicadas en: Bernabé Boza: Ob. cit., p. 304.

que contiene la arteria carótida. Esta lesión, considerada grave, ocasionó la hemorragia que llevó a la muerte al Héroe de Baraguá. El desgarró de la arteria carótida es un evento mortal, y en condiciones de campaña es imposible detener su sangrado profuso, por lo que nadie puede acusar al médico de haber dejado morir a su jefe. Recordemos, además, como comenté al principio de esta obra, que precisamente sobre la ligadura de esta arteria fue el examen práctico de Zertucha para revalidar su título al regresar de México, por lo cual tenía experiencias al respecto; de hecho, lo demostró al hacer un diagnóstico certero y precoz.

Al igual que Pérez Guzmán,²⁷⁹ no creo que el móvil principal de la deserción del doctor Zertucha fuera el plan que se preparaba para asesinarlo, pues disponía de otras variantes sin tener que abandonar las filas mambisas, como la de incorporarse a otras fuerzas hasta que la Sanidad Militar lo ubicara en cualesquiera de los diferentes puestos existentes en la bien estructurada organización médica de los mambises en campaña. El caso de este médico muestra, de forma diáfana, la relación caudillo-Revolución que muchos insurgentes le asignaban a la personalidad de Antonio Maceo.²⁸⁰ Sus palabras, dirigidas al entonces coronel Alberto Nodarse cuando sostenía el cadáver del Lugarteniente: «¡Ay, Nodarse, se acabó la guerra! ¡Vea este cuadro! ¡Muerto!»,²⁸¹ expresan un estado de interiorización que le concede al jefe militar la personificación de la Revolución.

Para Zertucha, Maceo lo era todo; sin él no era posible el triunfo de la contienda bélica. Como expresó tiempo después, en su alegato ante la comisión nombrada para investigar las causas de su acogida a indulto, presidida por el general de división Alejandro Rodríguez Velazco:

279 Francisco Pérez Guzmán: *Radiografía...*, p. 25.

280 *Ibíd.*

281 Testimonio ofrecido por el general Alberto Nodarse que, según Bernabé Boza, el General en Jefe Máximo Gómez consideraba como el más verídico. Ver Bernabé Boza: *Ob. cit.*, p. 308.



La muerte del General Maceo produjo en mí, un estado de aplanamiento y confusión que trastornó por completo mi cerebro hasta el punto de creer se atentaba a mi vida y me lanzó al lado de mi familia no solo para cumplir el sagrado deber de sustento, sino para desde allí continuar sirviendo por todos los medios posibles la causa de la revolución con un intermedio de dos meses que estuve convaleciendo de lo rudo de la campaña como pueden atestiguarlo los Jefes locales de la zona de Güines y Melena del Sur.²⁸² (Ver anexo 1).

Según el historiador José Miguel Márquez Fariñas:

Junto a Maceo permanecieron su médico personal, el coronel Máximo Zertucha, y el general José Miró Argenter, jefe de Estado Mayor. Cundió el pánico y la confusión. Argenter, con el pretexto de que estaba herido, le planteó a Zertucha que iría en busca de refuerzos; los que nunca llegaron. Zertucha, sensiblemente afectado y sintiéndose defraudado por el no retorno de Miró con la supuesta ayuda prometida, también se retira [...]²⁸³

La desinformación

Otro argumento a favor del galeno es que este fue víctima de una intencionada desinformación. Veamos de qué se trata. En el contexto de la época, toda esta desinformación generada en Estados Unidos se relacionaba con la llamada «fábrica de noticias de guerra». El término fue propuesto por el periodista estadounidense George Bronson Rea en su

282 Declaración del Dr. Máximo de Zertucha y Ojeda ante la comisión nombrada..., pp. 96-102.

283 José Miguel Márquez Fariñas: La caída en combate de Antonio Maceo: apuntes para una reflexión, en Israel Escalona Chádez y Damaris A. Torres Elers (coordinadores): *Dos titanes...*, pp. 128-139.

libro *Hechos y falsificaciones acerca de Cuba*.²⁸⁴ Este autor, corresponsal del *New York Herald* en la manigua cubana, formuló graves acusaciones contra los mistificadores de la verdad, subrayó el clima de sensacionalismo que vivía la prensa estadounidense decimonónica, y aseguró que «[...] ninguna de sus equivocaciones es comparable a los infames relatos que ponían en circulación los propios cubanos».²⁸⁵

Esos infames relatos llevaron a Gonzalo de Quesada Aróstegui, delegado de la Revolución en Washington, a informar a la prensa de esa ciudad que «Maceo y cuarenta de sus hombres, invitados a almorzar por el Marqués de Ahumada (jefe militar español), comieron un bistec que había sido previamente envenenado». Y agregaba: «El asesinato de Maceo significa la libertad de Cuba; no hay duda en mi mente que Maceo fué asesinado».²⁸⁶

Testimonio de la desinformación que circulaba entre los medios de información de Estados Unidos lo encontré en los apuntes del diario del doctor Fermín Valdés Domínguez, quien el 9 de marzo de 1897 se refirió a «[...] las frases que escribió el corresponsal del *New York Herald* y que vienen publicadas en español y en inglés, y todos oímos con gusto relaciones de las cosas que no son —como otras— un cúmulo de falsedades y estupideces».²⁸⁷

La fábrica de noticias estaba controlada por la Junta Cubana de la Florida y tenía sus cuarteles en Tampa y Jacksonville; la otra base estaba en Atlanta. Según Bronson, la farsa del asesinato de Maceo y la traición de Zertucha nació en Jacksonville, en la tienda de cigarro de un chino a quien llamaban mister Huau, donde se daban cita los conspiradores

284 George Bronson Rea: *Facts and fakes about Cuba*, Munro's Sons, New York, 1897, pp. 114-116. .

285 *Ibíd.*

286 En el afán de encontrar la cita original, revisé las publicaciones de Gonzalo de Quesada Aróstegui y no he podido localizarla, por lo que se cita según lo referenciado por Soto Paz. Ver Rafael Soto Paz: *Ob. cit.*, p. 61.

287 Fermín Valdés Domínguez: *Diario de Soldado*, p. 215.



cubanos. Jamás nadie logró ver al tal chino Huau —afirmó Bronson—, pero las noticias que producía sí eran vistas y publicadas con enormes titulares en la prensa de Nueva York y Chicago; sin embargo, los diarios de Tampa y Jacksonville siempre declinaron darle crédito a tales informaciones. Bronson cometió un error al mencionar a Huau como chino; en realidad se trataba de José Alejandro Huau, un cubano amigo de José Martí, que desde Jacksonville mucho ayudó con su dinero a enviar expediciones a Cuba.²⁸⁸

La afirmación de Bronson confirma la opinión emitida por el coronel cubano Federico Pérez Carbó,²⁸⁹ quien, además, se adjudicaba la iniciativa de la farsa publicitaria. En diciembre de 1940 el ilustre santiaguero publicó, en el periódico *Acción Ciudadana*, un artículo titulado 7 de diciembre, donde planteó haberse enterado de la muerte de Maceo en la mañana del 8 de diciembre de 1896, en la ciudad de Jacksonville. Se encontraba hospedado en el hotel Travelers, con el general Juan Emilio de la Caridad Núñez Rodríguez,²⁹⁰ y juntos organizaban una expedición que debía zarpar del puerto de Fernandina. Al amanecer leyó en el

288 Gustavo J. Godoy: *José Alejandro Huau: a Cuban patriotic in Jacksonville politics*, Florida Historical Society: The Florida Historical Quarterly. [consultado: 28 de febrero de 2018]. Disponible en: [http://www.latinamericanstudies.org/leaders/huau-biography.htm]. Bronson cometió un error al mencionar a Huau como chino; en realidad se trataba de José Alejandro Huau, un cubano amigo de José Martí, que desde Jacksonville mucho ayudó con su dinero a enviar expediciones a Cuba. Ver Gustavo J. Godoy: *José Alejandro Huau: a Cuban patriotic in Jacksonville politics*, Florida Historical Society: The Florida Historical Quarterly. [consultado: 28 de febrero de 2018]. Disponible en: [http://www.latinamericanstudies.org/leaders/huau-biography.htm].

289 Nació en Santiago de Cuba el 24 de febrero de 1855, participó en las guerras del 68 y del 95 donde alcanzó el grado de Coronel. Los últimos años de su vida lo dedicó al periodismo. Ver Amels Escalante Colás y cols: *Diccionario enciclopédico...* Ob. cit., p. 369.

290 Nació en Sagua la Grande, Las Villas, el 27 de diciembre de 1855, combatiente de las tres guerras. Graduado de Estomatólogo, terminó la guerra con el grado de general de división. Ver Amels Escalante Colás y cols: *Diccionario enciclopédico...* Ob. cit., pp. 352-353.

periódico, en grandes caracteres, la muerte de Maceo y enseguida se percató de su veracidad, pues se hablaba de objetos ocupados al cadáver que le eran conocidos: un anillo de compromiso, una escarapela con un diamante por estrella y un antejo de campaña que, encargo de Maceo, el propio coronel, le había enviado.

Refiere Pérez Carbó:

Cundió la noticia por la ciudad Floridiana, el pánico se apoderó de los emigrados cubanos, el telégrafo transmitía despacho tras despacho en solicitud de pormenores confirmatorios o negativos, los corresponsales y reporteros de la prensa americana nos asediaban a preguntas.

Era imperativo levantar el espíritu patriótico; ideé un medio, que puse en práctica inmediatamente. Había que mentir y mentí a sabiendas de que lo que hacía era en beneficio de mi causa aunque echara la responsabilidad criminal al General español Arolas e imputara un acto de traición al Dr. Zertucha, médico de Maceo que se había presentado al enemigo.²⁹¹

Para armar la mentira se inspiró en un suelto del periódico habanero *La Lucha*, en el cual se anunciaba la salida del oficial español Arolas para Artemisa en misión secreta del Estado Mayor General, consistente, conforme la imaginación de Pérez Carbó, en reunirse con Zertucha para planear la muerte del general cubano. El resultado fue, según el autor, un éxito:

La novela surtió un efecto maravilloso. El pueblo de Norte América explotó indignado; la prensa mundial comentó el hecho vergonzoso repudiándolo;

291 Federico Pérez Carbó: 7 de diciembre, *Acción Ciudadana*, año I, nº 4; 15 de diciembre de 1940, pp. 3-10.

reaccionó el abatido espíritu cubano; lloviendo los donativos pecuniarios y de material de combate. Si falté, si pequé, que Dios me perdone. Mintió contra su sagrado ministerio la monja protagonista de *Los Miserables*, para salvar a un hombre. Mentí yo para salvar a un pueblo.²⁹²

La historiadora Lídice Duany Destrades²⁹³ considera que este parece ser el origen y el porqué del rumor de la traición de Zertucha y de la acusación de ser el asesino de Maceo, luego repetida por algunos y hasta fue objeto de caricaturas como he reseñado. Concuero con esta afirmación, a la cual añado otras evidencias para darle mayor veracidad. Como testigo de este hecho Pérez Carbó señaló al coronel Justo Carrillo y Morales, secretario del general Emilio Núñez y miembro del Departamento de Expediciones, quien estaba vivo en 1940, cuando *Acción Ciudadana* publicó el referido artículo de Pérez Carbó, y Carrillo no replicó; por lo tanto lo aceptó; y según el coronel fue, precisamente en el *Cigar Store* del chino José Huau, lugar de cita de los cubanos, donde Carrillo leyó su texto, el cual causó sensación entre los oyentes. Recordemos que el estadounidense George Bronson también hizo alusión a la cigarrería del chino, testimonio coincidente con el de Pérez Carbó.

El mencionado libro de Bronson también aporta elementos que pueden ser utilizados en defensa de Zertucha. Analicemos sus comentarios sobre los sucesos:

El médico de Maceo, doctor Zertucha, incapaz de luchar bajo otro jefe, se rindió a las autoridades españolas. ¡Aaah!, se apresuraron a regar los cubanos de La Florida, este hombre es un traidor, él ha

292 *Ibíd.*

293 Lídice Duany Destrades: *Ob. cit.*, pp. 161-172. Sobre el tema ha insistido en otro artículo. Ver Lídice Duany Destrades: *Zertucha y la caída del Títán*, revista *Bohemia*, año 107, N° 24; 27 de noviembre de 2015, pp. 68-70.

traicionado al General, y acto continuo la sucursal de la «*war news factory*» de Jacksonville inventó el infame crimen de traición y el pacto entre el médico y el marqués de Ahumada.²⁹⁴

Es decir, el destacado escritor consideraba que se trataba de una farsa construida por la fábrica de hacer noticias. Más adelante reprodujo un cable, fechado el 15 de diciembre de 1896, enviado desde Madrid por el Ministro de Estado español, Duque de Tetuán —hecho público por el ministro español en Washington—, donde se aseguraba que «[...] la muerte de Maceo tuvo lugar en un combate legal habido en Punta Brava, y fué causada por las balas de nuestros soldados».²⁹⁵ Y agregó mister Bronson:

El resultado de mis investigaciones claramente prueba que Maceo murió, como fué oportunamente reportado por las autoridades españolas. Zertucha «el traidor»,²⁹⁶ fué completamente exonerado por sus antiguos jefes. Las investigaciones de Sylvester Scovel (periodista yanqui), en la escena del hecho, también absuelven al general español marqués de Ahumada y al doctor Zertucha del infame cargo.²⁹⁷

Destaca aquí el hecho de que otro periodista estadounidense, corresponsal del *The New York Word*, también se interesara por los hechos y declarara inocente al médico. Sylvester escribió para su periódico una detallada descripción de los hechos del 7 de diciembre y de la actitud insospechable de Zertucha, lo cual se conoce que no fue publicado a petición de algunos cubanos.²⁹⁸

294 George Bronson Rea: Ob. cit., pp. 216-218.

295 Ibídem, p. 219.

296 El entrecomillado es de George Bronson Rea.

297 Ibídem, p. 220.

298 Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma...*, p. 185.

En otra parte de su texto, Bronson señaló: «Yo me encontré con el mayor general Pedro Díaz, cuando me encaminaba al campamento del Generalísimo. Francamente admitió que Zertucha era inocente, pero se negó a firmar documento alguno en tal sentido sin la autorización del Estado Mayor».²⁹⁹ Todas estas pruebas evidentes han sido poco divulgadas y constituyen elementos convincentes a favor del galeno.

En cuanto a la desinformación, es justo señalar que no solo en Estados Unidos se practicaba; también ocurría en Cuba. Ejemplo clásico es el de Ramón Vasconcelos Maragliano, censurado por Luis Felipe Le Roy y Gálvez como desaprensivo periodista; fue el autor de la célebre y escandalosa falsificación histórica de los hechos, cuando acerca de las muertes de José y Antonio Maceo, el 20 de mayo de 1916 *La Prensa* publicó el artículo titulado *Rosa fresca*. Según Le Roy, Vasconcelos contaba entonces con veintisiete años y ya utilizaba los detalles más peyorativos y deformadores de la verdad histórica.³⁰⁰ Muchos años después, el 12 de diciembre de 1948, volvió a las páginas de *Bohemia* con el artículo *Cargas al machete*, ya comentado, y arremetió contra Zertucha. En respuesta, el destacado historiador Gregorio Delgado Fernández escribió el artículo «Otra vez... Vasconcelos contra Zertucha»..., el cual no se publicó por las razones glosadas anteriormente. Gracias a la gestión del doctor Gregorio Delgado García, historiador médico del Minsap, el texto apareció en 1997, en el número 82 de los Cuadernos de Historia de la Salud Pública.³⁰¹

Ramón Vasconcelos, también conocido como el fustigante

299 George Bronson Rea: Ob. cit., p. 223.

300 Este hecho fue descrito por Luis Felipe Le Roy Gálvez en el prólogo a un libro de Francisco Pérez Guzmán. Ver Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana...*, p. 14.

301 Gregorio Delgado Fernández: Otra vez... Vasconcelos contra Zertucha..., pp. 12-25.

Tristán³⁰² del diario *La Prensa*, un año antes de dar a conocer su artículo *Rosa fresca* había expresado las esperanzas de los sectores más elitistas del país en que la república daría cumplimiento a un proyecto eugenésico, al comentar: «La raza negra se extinguirá antes de tres cuartos de siglo, fatalmente por los cruzamientos y la transfusión inmigratoria europea, y esto será un bien para Cuba porque el ideal sociológico de todos los pueblos es la unión».³⁰³ Es decir, que desde 1915 daba muestras de sus ideas equivocadas.

Inconsistencias en la obra de Miró y sus desavenencias con Zertucha

José Miró Argenter nació el 4 de marzo de 1852, en Villa Sitges (Parellada # 14), región de Cataluña, España.³⁰⁴ En su país fue miembro del ejército carlista y alcanzó el grado de teniente y el cargo de jefe de compañía. Llegó a Cuba en 1874 y se radicó en La Habana. Dos años después enfermó de trastornos intestinales y presentó fiebres, por lo que decidió pedir permiso a sus patrones para visitar, en Santiago de Cuba, a los hermanos Catesús —sitgianos y comerciantes como él—, quienes en 1878 le ofrecieron el cargo de mayoral en su ingenio Río Grande, situado en la localidad de San Luis.³⁰⁵ Una vez instalado en su cargo intimó con Calixto Acosta Nariño, militante de la junta de Santiago de Cuba, quien le habló de Antonio Maceo.

302 Zuleica Romay Guerra: *Elogio de la altea o las paradojas de la racialidad*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2012, p. 200.

303 Ramón Vasconcelos: *La Prensa*, 4 de septiembre de 1915, p.8. En Zuleica Romay Guerra: *Elogio de la altea...*, p. 200.

304 Germán Álvarez Fuentes: *José Miró Argenter: discurso pronunciado en el senado de la República 4 de marzo de 1952*, Imprenta P. Fernández y Cia. S. en C., La Habana, 1952, p. 2.

305 Wilfredo Albanés y Peña: *José Miró Argenter*, Artes Gráficas, Santiago de Cuba, 1929, p. 9.

Después de la Protesta de Baraguá Maceo continuó la lucha. El gobierno agonizante decidió que junto a otros patriotas, entre ellos Félix Figueredo, Juan Rius Rivera, Leyte Vidal y Lacret, viajara al extranjero para preservar su vida y, a pesar de no existir ningún compromiso entre esta comisión y el gobierno español, el general Arsenio Martínez Campos, deseoso de la partida de Maceo, puso a disposición de ellos el vapor Fernando el Católico. El 8 de mayo de 1878 se realizó un almuerzo de despedida en el ingenio Río Grande. A Miró le correspondió, por su condición de mayoral, sentarse al lado de Maceo, iniciándose entre ambos una amistad que perduró en el tiempo.

El 22 de febrero de 1895, en Manzanillo, Miró se levantó en armas, con grado de coronel, junto con Bartolomé Masó, al frente de un contingente de patriotas. Después de la llegada a la Isla del mayor general Antonio Maceo, el 1º de abril de 1895, este le ratificó el grado y lo incorporó a su estado mayor. Estuvo junto a Maceo durante la invasión y en toda la campaña de occidente.

Miró dedicó varios años al ejercicio del periodismo y la divulgación histórica. El mejor fruto de su quehacer intelectual fue la obra testimonial *Crónicas de la guerra*, dada a conocer parcialmente en *El Cubano Libre* y publicada por primera vez de forma íntegra en 1909, gracias a José Miguel Gómez, quien desde la primera magistratura de la república la patrocinó.³⁰⁶ Miró pidió ayuda a varios compatriotas para que le vendieran el primer tomo y poder publicar los siguientes.

Esta obra, varias veces reeditada, constituye material de consulta obligada para conocer la guerra del 95. Sin embargo, se le han realizado algunas objeciones. En 1944, al comentar sobre lo acontecido los días antes de la muerte de Maceo, Griñán Peralta esgrimió: «Entre los hombres que acom-

306 Martha María Fernández Rodríguez: Ob. cit., p. 34.

pañaban a Maceo y los que estaban allí, hacían un total de 250 hombres que Miró elevó después a 450».³⁰⁷

La historiadora Azucena Estrada Rodríguez escribió una carta fechada el 2 de octubre de 1995, suscrita por Nuris Campo Orovio. Ambas investigadoras, integrantes del equipo de historia municipal de Santiago de Las Vegas, sostienen que «[...] aunque la obra de Miró Argenter es un admirable documento literario clásico que refleja el amor y la admiración que el jefe del Estado Mayor sentía por el Titán, no nos convence como el testimonio más creíble por su carga de subjetivismo».³⁰⁸

Por otra parte, la historiadora Aisnara Perera Díaz, quien compiló los diarios de campaña de Antonio Maceo, ha señalado:

Este análisis nos permitió determinar como José Miró Argenter, en su obra, omite hechos y elementos de juicio contradictorios en virtud de mantener la imagen monolítica del Ejército Libertador para evitar enfrentamientos, apologetizar la epopeya y al héroe, velando valores reales para crear el halo místico alrededor de la figura [...] la comparación realizada entre *Crónicas de la guerra* y los diarios de campaña de Antonio Maceo, demuestra que existe una gran variación, adición y omisión de contenido e información entre la obra editada y los documentos originales.³⁰⁹

Según Aisnara:

En cuanto a la variación de contenido e información podemos observar como Miró Argenter en sus

307 Leonardo Griñán Peralta: *La muerte de Antonio Maceo...*, p. 13.

308 La carta dirigida al presidente del Instituto de Historia se publicó muchos años después. Ver José Miguel Márquez Fariñas: *Entorno de un insigne mambí*, pp. 69-72.

309 Antonio Maceo: *Diarios de campaña*, pp. 3-8.

Crónicas aumenta la cantidad de fuerzas cubanas que participan en los combates o que se desplazan de un lugar a otro, proponiéndose dar la imagen de un poderoso ejército cubano, o disminuir su calidad en virtud del aumento cuantitativo. A su vez, disminuye el número de fuerzas españolas que defienden determinadas ciudades o guarniciones, para contribuir a restarle importancia a ese ejército enemigo, a la vez que relevancia al poder combativo del Ejército Libertador, pues, no podemos olvidar que, aunque anticolonialista, Miró era español.³¹⁰

La historiadora realizó interesantes especulaciones en relación con los armamentos y pertrechos arrebatados a los contrarios, así como las bajas sufridas por ambos ejércitos; y concluyó:

En resumen, consideramos que estos cambios sutiles en *Crónicas de la guerra* como en las demás fuentes que se sirvieron y copiaron de ésta -cubanas o españolas- si no dañaron la imagen general del Ejército Libertador, para el estudioso sí pueden disminuir el valor de la contienda, al alterar la información de este importante período de nuestra historia [...]³¹¹

En el prólogo de esta compilación, el destacado historiador Eduardo Torres-Cuevas subrayó:

Mi generación, y la de mis padres y la de mis hijos, leyó y releyó, en el disfrute de la buena letra y del sentimiento patriótico que transmitía, lo que hasta entonces se tuvo como el relato más completo, verídico y profundamente convincente, que existía sobre las campañas de Antonio Maceo durante la guerra de independencia de 1895. Me

310 *Ibidem*, p. 8.

311 *Ibidem*, p. 10.

refirero al libro de José Miró Argenter: *Crónicas de la guerra*.³¹²

Más adelante acotó: «Miró resulta un excelente apologeta, pero no el crítico necesario; su obra seguirá siendo, pese a las lagunas que presenta y que hoy pueden ser salvadas con la publicación de este libro, un clásico de nuestra literatura».³¹³

Importa subrayar que en los casi seis meses que Zertucha fue médico de Maceo, nunca en sus *Crónicas...* Miró se refirió a él al relatar las veces que el Titán estuvo enfermo, herido o convaleciente, muchas de las cuales ya las narré en este libro. Así pues, puede inferirse que, desde antes de los sucesos de San Pedro, Miró sentía cierto recelo por el galeno.

En el transcurso de la investigación encontré la existencia de errores en la transcripción de la obra de Miró; por ejemplo, se ha dicho: «[...] salimos aterrados del lugar, precediéndonos el médico Zertucha».³¹⁴ Visto así, es evidente que se culpa solamente al médico. Esta cita se le atribuye a José Miró Argenter, y al consultar el texto original se advierte un error, pues allí se dice: «[...] salimos aterrados del lugar, precediéndonos el médico Zertucha y el teniente Urbina».³¹⁵ El hecho de no mencionar al teniente Urbina contribuyó a aumentar la responsabilidad individual del médico.

Llama la atención que el propio Miró señaló:

Ya en el suelo el general y palpitando todavía, pues su corazón no dejó de latir hasta después de un minuto, fué socorrido por los que estaban más próximos a él en los momentos del derrumbe. Juan

312 Eduardo Torres-Cuevas en el prólogo al libro *Antonio Maceo: Diarios de campaña*, p. VII.

313 Ibidem, p. VIII.

314 Rafael Soto Paz: Ob. cit., 59.

315 José Miró Argenter: Ob. cit., p. 299.

Manuel Sánchez lo sentó, el médico Zertucha le examinó la herida (mortal) [...] ³¹⁶

Es decir, reconoció la asistencia médica prestada por el galeno y ratificó la gravedad de la herida que lo llevó a la muerte en tan breve tiempo. Miró comenzó sus ataques contra Zertucha muy tempranamente. Apenas habían transcurrido quince días de los sucesos de San Pedro, cuando al refutar una versión publicada en *La Lucha* sobre las prendas y documentos ocupados al cadáver de Maceo, expresó que los papeles fueron hallados por Zertucha, y al tratar éste de entregárselos le dijo que los guardara en el botiquín.

En ese trabajo, escrito en Manajanabo, provincia de Las Villas, y publicado el 22 de diciembre de 1896, Miró calificó a Zertucha de infame y le imputó haber entregado los citados documentos a las autoridades españolas, lo cual nunca fue probado y por lo tanto no puede aceptarse como cierto. En el artículo, reproducido en el suplemento de *El País*, el 7 de diciembre de 1940, según Le Roy, ³¹⁷ expresó textualmente acerca de Zertucha: «Si no me resolví á concluir con su existencia miserable fué por mero escrúpulo de conciencia en atención á que no tenía aún ninguna prueba concreta respecto a su traición». ³¹⁸

No puede olvidarse que Miró, quien cursó hasta el segundo año de Medicina en la Universidad de Barcelona, quizás veía al médico con cierto recelo por ejercer la profesión que él no pudo concluir. Además, como se conoce, no solo Zertucha fue víctima de sus ataques; también lo hizo contra el coronel Juan Delgado, jefe del regimiento de Santiago de las Vegas. En un magnífico libro sobre el tema, el historiador Márquez Fariñas se encargó de desmentirlo con argumentos convincentes. ³¹⁹

³¹⁶ Ibidem, p. 298.

³¹⁷ Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 24.

³¹⁸ Ibid.

³¹⁹ José Miguel Márquez Fariñas: *Entorno de un insigne mambí*, pp. 18-79.

Analicemos otros elementos de la relación de Zertucha y Miró. En su declaración ante la comisión investigadora, presidida por Alejandro Rodríguez, el primero hizo graves acusaciones contra Miró (ver anexo 1); y también en carta abierta a Máximo Gómez (ver anexo 7), publicada en primera plana del periódico *La Lucha*, el 16 de septiembre de 1899. Y llama la atención que Miró jamás respondió.

El coronel Manuel Piedra Martel manifestó:

El doctor Máximo Zertucha era una persona decente y de maneras distinguidas. Un tanto esquivo y retraído, era poco accesible a la camaradería y familiaridad, por lo que había sentado plaza de orgulloso entre ciertos elementos del Cuartel General. Sin embargo él era atento y cortés con todo el mundo. Cuando en una colectividad pequeña, como era la nuestra, los ánimos están prevenidos contra uno de sus miembros, basta la personal malevolencia de otro para formar a su alrededor una atmósfera de falso descrédito. Miró, el jefe de Estado Mayor, le tenía ojeriza. Miró, ya lo he dicho antes, era un apasionado de Maceo. No había en ello ni simulación ni cálculo de medro: su devoción era sincera y desinteresada. Pero, avaro y egoísta de la amistad y aprecio del General, hubiese querido tener el monopolio de estos sentimientos.

Zertucha era un hombre bien instruido y de amena conversación, el General gustaba de entretenerse en ocasiones con él. A Miró se le figuró ver en Zertucha un rival en el afecto y atenciones de Maceo, y de esta rivalidad conocida nacieron las murmuraciones y las maledicencias contra Zertucha en el Estado Mayor.

Y acerca del médico, reafirmó:



Su misión era la de curar heridos, y esta misión la desempeñaba, al igual que los demás médicos de nuestro ejército, desafiando en muchas ocasiones el peligro de las balas y de las bayonetas enemigas como cualquier combatiente. Y testimonio irrecusable de lo que digo es el hecho sabido de todos, de que cuando el general Maceo cayó en San Pedro, Zertucha le reconoció inmediatamente la herida, lo que significa que estaba junto a él.³²⁰

Veamos la visión de la contraparte española. Valeriano Weyler, general en jefe del ejército español, publicó en 1910 el interesante libro *Mi mando en Cuba*, donde se refirió al texto de Miró, que había salido el año anterior. Weyler relató:

Miró, en su folleto, da proporciones extraordinarias de gravedad al hecho que él supone realizado por Zertucha, de entregar las cartas que tenía de Maceo al presentarse al Gobierno español acogiéndose á indulto; pero sin fundar la suposición que hace en ningún razonamiento que la compruebe. No es posible acertar á conocer los propósitos de Miró en este punto. Lo único que puede ocurrírsele á quien lea los desatentados insultos y agravios que escribió contra Zertucha, partiendo sólo de una suposición injustificada, es la necesidad que sentía aquel desdichado hijo de España de dar rienda suelta á su rabia impotente, y tan menguadamente sentida y expresada contra un ausente.

Estas reflexiones ponen en evidencia las suposiciones de Miró, carentes de una base sólida.

Weyler continuó:

Á cualquier persona medianamente reflexiva ha

320 Manuel Piedra Martel: *Mis primeros treinta años*, pp. 432-435.

de ocurrírsele que si los guerrilleros tuvieron tiempo para despojar el cadáver de Maceo de todas las prendas que llevaba, no había de faltarles para recoger unos papeles que tuviese en los bolsillos; hecho que tienen la costumbre de realizarlo, porque así se les tiene mandado, como es justo y racional el comprenderlo, por las noticias que de tales papeles pueden adquirirse en beneficio de las operaciones de la guerra.³²¹

Importa destacar que el historiador Luis Felipe Le Roy y Gálvez publicó, en 1952, un interesante libro sobre la muerte de Panchito Gómez Toro, donde tras un cuidadoso análisis de los hechos, concluyó que «[...] el brigadier Miró no se hallaba presente en el lugar de los hechos cuando llegó Panchito a pie y desarmado, por lo que todo lo que aquí afirma lo escribe de oídas».³²² Significó, asimismo, que la narración de Miró en sus *Crónicas de la Guerra* (1909) es muy diferente del relato escrito por él en el campamento de Palma Larga, a los siete días de ocurrida la catástrofe de San Pedro.

Relató el destacado historiador que «[...] en esa primera versión suya (1896) —sin duda la menos elaborada— Miró hace aparecer a Panchito a galope (*sic*) cerca de Maceo cuando éste es herido mortalmente, afirmación completamente en desacuerdo con los testimonios coincidentes en este punto de Nodarse, Zertucha y Juan Manuel Sánchez».³²³ También añadió que hay otras dos versiones de Miró, una muy primitiva publicada en un folleto y reproducida en el diario *El País*, en su suplemento de los sábados, el 7 de diciembre de 1940, y se conoce también la carta de

321 Valeriano Weyler: *Mi mando en Cuba (10 febrero 1896 á 31 octubre 1897)*, tomo tercero, Imprenta, litografía y casa editorial de Felipe González Rojas, Madrid, 1910, p. 282.

322 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, pp. 123-124.

323 Ibid.

Miró a Perfecto Lacoste, fechada en San Pedro el 8 de diciembre de 1896. Es incuestionable que las inconsistencias de Miró ya habían sido advertidas.

Reincorporación a las filas mambisas

El doctor Zertucha solicitó reincorporarse al Ejército Libertador (ver anexo 3), en carta fechada el 21 de abril de 1898, dirigida al mayor general José Rodríguez, Mayía, jefe del Departamento de Occidente. El Cuartel General accedió a la solicitud y designó una comisión que investigara las causas de la desertión, presidida por el general de división Alejandro Rodríguez e integrada, además, por los tenientes coroneles Enrique Loynaz del Castillo y Miguel Iribarren. Debido a la ausencia de los demás miembros, Alejandro Rodríguez tuvo que ocuparse él solo de llevar adelante el proceso.

El acto se celebró el 7 de julio de 1898, y aunque en la historiografía se le conoce como un consejo de guerra, no puede considerarse como tal toda vez que no hubo fiscal ni abogado defensor, es decir, no existió un tribunal propiamente dicho, pero sí se produjo una declaración oral o deposición de palabra hecha por Zertucha ante Alejandro Rodríguez, en su condición de presidente de la comisión, la cual un amanuense tomó por escrito.

Zertucha fue exonerado de culpa y se reincorporó al Ejército Libertador el 1º de mayo del mismo año. Entonces ocupó la plaza de médico en el Cuartel General del Departamento de Occidente, bajo las órdenes del general Mayía Rodríguez. Tres meses después, el 12 de agosto, el general de división Alejandro Rodríguez presentó a Mayía Rodríguez el informe que exoneraba al galeno.

A pesar del informe favorable y de haber sido admitido nuevamente en las filas mambisas en su condición

de médico, así como de gozar de la estimación y aprecio de su jefe, no se le confirió ningún grado, tema que he abordado en otros textos,³²⁴ ni nunca más ocupó lugar alguno en el escalafón.

Lo anterior constituyó una gran injusticia, pues por ley, le correspondía el grado de capitán. El propio Zertucha solicitó el grado³²⁵ y en su informe a la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes, en su sesión del 20 de abril de 1899, el Director Jefe de Sanidad manifestó que, según lo preceptuado en la Ley de Organización Militar, el solicitante tenía derecho a que se le otorgara el grado de capitán que solicitaba.

A principios de 1898, transcurridos siete meses después de su reingreso, y cuatro de haber emitido su informe favorable el presidente de la comisión investigadora, el médico solicitó al periódico *La Lucha* la inserción de un oficio a él dirigido por el mayor general Mayía Rodríguez, en el que el prestigioso jefe mambí vertía conceptos altamente laudatorios para su persona. El oficio fue publicado en la edición del 8 de diciembre de 1898, en la página 2, columna 4, en forma de suelto, bajo el título *El doctor Zertucha. Reivindicación ante la Patria*. Tanto el rubro como el preámbulo contenido en el primer párrafo fueron obra de la redacción del periódico. El suelto desencadenó una serie de protestas anteriormente abordadas, que evidenciaron sus inconsistencias.

324 Ricardo Hodelín Tablada: El último médico que asistió al lugarteniente general Antonio Maceo, *Caserón* 2016;12-13:29-32; y Semblanza del Doctor Máximo Zertucha Ojeda..., pp. 5058-5066.

325 J. Llaverías: *Actas de las Asambleas de Representantes* &, tomo VI, p. 80. En: Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda*..., p. 38.

Últimos años

Deserciones en las filas mambisas

Al terminar la guerra y regresar Zertucha a Melena del Sur, algunos de sus habitantes comentaban que el médico había sido un desertor. Sin embargo, el galeno, con inteligencia y mucha paciencia, demostró a los pobladores su verdadera estirpe. Con su labor asistencial se ganó el cariño de meleneros y de muchos de los campesinos de pueblos vecinos que acudían en su búsqueda, pues siempre atendió de forma solícita a todos sus pacientes.



Las deserciones entre los mambises, si bien no eran frecuentes, sí existieron en nuestras guerras de independencia. Las estadísticas llevadas por la Secretaría de Guerra del

Ejército Libertador durante la contienda de los Diez Años, demuestran que, de novecientos sesenta y siete oficiales, dieciocho desertaron durante nueve años de guerra, lo que representa el 1,8 por ciento,³²⁶ y de los nueve mil hombres que llegó a tener el ejército mambí en determinado momento, cuatrocientos desertaron, para un 4,4 por ciento.³²⁷ El trabajo de recolección de datos de soldados desertores durante esta guerra, aun cuando no ofrece la misma garantía de rigor, en tanto abarca un universo mucho más amplio e implica la existencia de un registro en todas las unidades del ejército mambí, puede también ofrecer una idea de las dimensiones del fenómeno. Así, de acuerdo con esta fuente, en el curso de la guerra cuatrocientos soldados de unidades regulares desertaron ante el enemigo.³²⁸

Las estadísticas no abarcan la población que vivía en las regiones insurreccionales: campesinos, familias, empleados de la administración civil y otros, lo cual hace más verosímil la cifra de soldados. Un estado de la fuerza, en cuanto a oficiales y soldados, así como de los heridos, muertos y desertores del Segundo Cuerpo, Segunda División, firmado por el general Manuel Suárez en septiembre de 1876, daba cuenta de cómo se habían comportado esas tropas durante el año. El total de desertores de esa división en ese año, era compatible en general con la que hubo en todas las fuerzas cubanas durante los diez años de guerra. Así, de cuatrocientos treinta y seis soldados y oficiales, seis desertaron en los regimientos Jacinto, Tunas y Río Blanco, así como en la escolta y el Estado Mayor, para un 1,3 por ciento del total.³²⁹

326 Aline Helg: *Our rightful share*, The University of North Carolina, Press Chapell Hill, London, 1995, pp. 47-168.

327 Jorge Ibarra Cuesta: *Encrucijadas de la guerra prolongada*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008, p. 33.

328 Ibid.

329 Emilio Augusto Soulere: *Historia de la insurrección de Cuba (1869-1879)*, Establecimiento Tipográfico Biblioteca Hispanoamericana, Barcelona, s/a, p. 396.

Según fuentes publicistas y documentales, si bien no existen estadísticas oficiales en relación con la guerra del 95, se ha llegado a computar noventa mambises con armas presentados —así se les llamaba también a los desertores— a las autoridades españolas a lo largo y ancho de la Isla.³³⁰ Una fuente española indicó: «No había transcurrido aún bastante tiempo para que el desaliento causado entre los rebeldes por la muerte de Maceo, se manifestase con la presentación de grupos insurrectos de alguna importancia».³³¹ Un parte de guerra firmado por Valeriano Weyler el 4 de julio de 1897, informó que los mambises tuvieron: «Cincuenta y cuatro muertos, seis prisioneros, 347 presentados [...]».³³²

De los oficiales, se conocen el comandante Joaquín González y los coroneles Cayito Álvarez y Vicente Núñez, estos tres murieron a manos de ocho oficiales negros al momento de desertar.³³³ Otro comandante desertor fue Víctor Simón, en las llanuras de Matanzas; también lo hizo el coronel Rosendo García Medrano, quien en la brigada comandada por el mayor general Carlos Roloff, dirigió las tropas de caballería que se destacaron el 12 de agosto de 1895 en el combate de Las Placitas.³³⁴ En los primeros meses de 1897, su unidad había entrado en un estado de relajamiento e indisciplina, motivo por el cual el mayor general Máximo Gómez le reprendió en más de una ocasión. La situación se agudizaba y existía información de tráfico comercial con los autonomistas, por lo que el Generalísimo ordenó la presentación de Rosendo, el 3 de mayo, para someterlo a una investigación, pero este logró evadirse y presentarse al enemigo con un grupo de sus hombres.

330 Francisco Pérez Guzmán: *Radiografía...*, pp. 22-23.

331 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 580.

332 Ibídem, p. 811.

333 Francisco Pérez Guzmán: *Radiografía...*, p. 65.

334 Rolando Álvarez Estévez: *Mayor general Carlos Roloff Mialofsky. Ensayo biográfico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, pp. 200-201.



El coronel Juan Masó Parra, jefe de la brigada de Trinidad, desertó el 20 de enero de 1898.³³⁵ Con igual graduación lo hizo José María Cuervo, quien en febrero de 1896 se había incorporado al Ejército Libertador al frente de doscientos hombres, y participó con Máximo Gómez en la campaña de La Habana, donde este lo ascendió a coronel; después pasó la trocha junto a Antonio Maceo y libró la campaña de Pinar del Río; tras una carrera meritória traicionó a la revolución presentándose al enemigo en Palos, La Habana, el 25 de noviembre de 1897, el mismo día en que a Cuba se le concedía la autonomía.³³⁶

Otro coronel desertor fue Luis López Marín, quien llegó a desempeñar el cargo de jefe de estado mayor de una brigada. Engrosan la lista con el grado de teniente coronel; Cristóbal Pérez, en territorio habanero; Aurelio Sanabria, de Matanzas, y José Loreto Cepero, Benito Socorro y Aurelio Sanabria.³³⁷ De una fuente española se conoce que: «En Las Villas presentados 65, un titulado comandante, un subprefecto con 42 armas de fuego [...]»³³⁸

Entre los oficiales de menor graduación se encuentran el capitán Nazario Castillo, al frente de once hombres en Calimete, Matanzas, y el teniente Ramón Torres, con tres, en Candelaria, Pinar del Río.³³⁹ Si bien es cierto que la desaparición física del Titán de Bronce generó incertidumbre y pesimismo entre los revolucionarios cubanos miembros del Ejército Libertador, una semana después de su muerte las deserciones fueron muy pocas, por lo que resulta evidente

335 Miguel Varona Guerrero: *La guerra de independencia en Cuba*, Editorial Lex, La Habana, 1946, pp. 1462-1463.

336 Francisco Pérez Guzmán: *Radiografía...*, p. 65, y René González Barrios (Edición crítica): *Apuntes autobiográficos de la vida de Ricardo Batrell Oviedo*, Editorial de Ciencias Sociales y Editora Historia, La Habana, 2014, p. 56.

337 René González Barrios: Ob. cit., p. 57.

338 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 785.

339 Francisco Pérez Guzmán: *Radiografía...*, pp. 22-23.

que la insurgencia no experimentó un impacto desmoralizante por la desaparición física del Lugarteniente General.

La cifra de presentados deviene referencia para argumentar lo anterior. Nótese que la mayoría de los desertores pertenecían al occidente de la Isla, donde las operaciones militares del ejército español eran más activas, objetivo principal estratégico de Valeriano Weyler para rendir a los mambises en dos años aproximadamente.

Desde Sancti Spíritus, en el centro insular, hasta Baracoa, en el extremo oriental, se reportaron solo seis presentaciones. Los elementos informativos disponibles conducen a la aceptación de que las deserciones en el Ejército Libertador estuvieron relacionadas, fundamentalmente, con las condiciones adversas para hacer la guerra en las provincias occidentales. El otro factor, la muerte de Maceo, lo vemos menos influyente para comparar ambas regiones del país, porque la noticia se regó como pólvora por toda la Isla y se conoció inmediatamente, con gran repercusión, incluso en el extranjero.

Sobre el tema de las deserciones, merece comentarse que, en el propio combate de San Pedro, la acción sorpresiva de los españoles dio lugar a que los jefes cubanos cometieran el error de olvidarse de sus fuerzas y lanzarse al combate haciendo gala del arrojo y valentía que los caracterizaba. La alta oficialidad cubana tenía el deber moral de ser la primera en el combate y ocupar las posiciones más peligrosas en cualquier acción. Esa tradición mambisa contribuyó a que oficiales de alta graduación, entre ellos los tenientes coroneles Baldomero Acosta, Alberto Rodríguez e Isidro Acea, jefes de regimientos, fueran a ocupar las posiciones de soldados y olvidaran en esos momentos críticos sus deberes de jefes.

En consecuencia, decenas de soldados sin un jefe, sin una voz de mando que les diera órdenes y les levantara la moral combativa, al producirse la sorpresa se lanzaron a la

desbandada y fueron a refugiarse, sin combatir, en la finca Purísima Concepción o Mariel.

Para Pérez Guzmán:

Esa desertión en quienes se desmoralizaron ante la irrupción del enemigo en el campamento redujo considerablemente el número de fuerzas cubanas que combatieron en San Pedro, lo que limitó también la disponibilidad de hombres para cualquier movimiento táctico que se hubiera podido hacer en el desarrollo del combate.³⁴⁰

Un caso interesante es el del mayor general José Miró Argenter, quien, como he comentado, fue el más severo acusador del doctor Zertucha. Por el diario del doctor Fermín Valdés Domínguez se conoce la intención inicial de Miró de abandonar la manigua mambisa. Fermín, jefe de despacho de Máximo Gómez, escribió el 21 de enero de 1897: «Trajo Miró una memoria de la Campaña invasora y muchos diplomas firmados por el General Maceo, y otros papeles que me entregó el general para su despacho. Aquel mismo día se fué a México a donde vive su familia».³⁴¹ Con estos argumentos es injusto inscribirlo en la lista de los desertores, pero lo cierto es que no hay respuesta convincente para explicar este desprendimiento del general mambí, que evidentemente, traduce la intención de abandonar la contienda guerrera.

Miró no partió hacia territorio mexicano, sino que permaneció en Camagüey, sin volver a ejercer su jerarquía de mando. Ese retraimiento de quien llegó a ser el jefe de estado mayor de la columna invasora pudiera estar relacionado con la pérdida de su protector. Con la muerte de Antonio Maceo concluía su carrera militar. Su caso era uno más de algo que podía suceder en la manigua: la práctica de relaciones de clientela en la cual el subordinado recibía del

340 Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana...*, p. 152.

341 Fermín Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, tomo tercero, p. 60.

jefe superior favores de ascenso militar y jefatura de tropa, y pagaba con la fidelidad absoluta. Relaciones de confianza que, al decir de Francisco Pérez Guzmán, contribuyeron a forjar caudillos de proyección local, regional y hasta de alcance nacional.³⁴²

Desde La Demajagua, Sancti Spíritus, el Generalísimo Máximo Gómez escribió una carta al general Javier Vega, fechada el 20 de marzo de 1897, en la cual le decía:

Es de lamentar lo que Ud. me dice sobre los desertores, lamentable y doloroso es cuanto a este asunto se refiere, pero yo sé que Uds. han de remediar el mal en la forma en que las leyes determinan, aplicándolas en este caso con toda la reparadora inexorabilidad de la Justicia. Nada puede disculpar a los que vuelven la espalda a la honra y no hay asilo para esos desgraciados.³⁴³

Preocupado el ilustre dominicano por la situación de las desertiones, le indicó al general Vega que actuara según las leyes, que para estos casos siempre fueron severas. Por esos mismos días, el 4 de marzo, Fermín Valdés Domínguez escribió en su diario sobre los desertores, a los que calificó de traidores, y aseguró «[...] que no cabe relación alguna con los que aquí luchamos por la honra».³⁴⁴

Conocido es que a la muerte de Maceo hubo varias desertiones relacionadas con la preocupación de algunos mambises, al considerar que, con el fallecimiento del jefe, acababa la guerra. Muchos combatientes sentían idolatría por el héroe de Baraguá, lo cual puede apreciarse en solo un ejemplo narrado por Miró en sus *Crónicas de la guerra*: El teniente coronel José de la O Ferrer hizo la campaña guerrera acompañado de su hijo de quince años, quien el 26

342 Francisco Pérez Guzmán: *Radiografía...*, p. 26.

343 Archivo Nacional de Cuba. Fondo Donativos y Remisiones, caja 274, N° 5.

344 Fermín Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, tomo tercero, p. 251.

de noviembre de 1896, en el combate de El Jobo, recibió graves heridas que lo dejaron parapléjico, es decir paralítico. El oficial «[...] palidece ante ese cuadro triste y glorioso, en que el padre ve caer á su hijo, enloquece un momento, pero vuelve á la razón, para dar nuevo y más solemne testimonio de su amor á Cuba y de su idolatría por Maceo».³⁴⁵

Después de la muerte de Maceo, si bien continuaron los cubanos informantes, los españoles evaluaron su labor como poco eficiente. Veamos la opinión de una fuente española: «El servicio de confidencias continuaba, por otra parte, siendo tan deficiente, que á no presentarse algún nuevo Zertucha, corriase riesgo de seguir sin saber lo que pasaba en el campo rebelde».³⁴⁶ Llama la atención que el galeno cubano quedó, para los españoles, como prototipo del confidente.

Como se ha demostrado, hubo otras deserciones, pero claro está, el caso más significativo fue el doctor Máximo Zertucha por la connotación que tenía ser el médico de Maceo, y por haber estado presente en el momento de su caída en combate. Si bien es cierto que el galeno desertó, no hay elementos convincentes, hasta donde he profundizado en las investigaciones, para asegurar que la muerte de Maceo estuviera relacionada con informaciones aportadas por Zertucha. Este fue juzgado, con todas las de la ley, por una comisión de investigación que lo exoneró de toda responsabilidad; a esto puede añadirse que el 24 de febrero de 1898 el Consejo de Gobierno acordó un perdón general que incluía a los desertores.

Exhumación de los cadáveres

Terminadas las hostilidades de la guerra de independencia, y con la autorización del gobierno interventor, se procedió a

345 José Miró Argenter: Ob. cit., tomo III, p. 247.

346 Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 581.

la exhumación de los sagrados restos de Antonio Maceo y Panchito Gómez Toro, con el objetivo de trasladarlos a sus osarios correspondientes y darles debida sepultura definitiva. El doloroso acto se efectuó en las primeras horas de la tarde del domingo 17 de septiembre de 1899, en el sitio denominado Cacahual, en el término municipal de Santiago de las Vegas, distrito notarial de la localidad de Bejucal. Se encontraban presentes: el Generalísimo Máximo Gómez; su esposa, Bernarda de Toro, y Clemencia, hija de ambos; el general José Lacret Morlot, como presidente de la comisión popular; los mayores generales Pedro Díaz Molina y José María Rodríguez Rodríguez, Mayía, en representación de María Magdalena Cabrales Isaac, viuda de Maceo, y los doctores Hugo Roberts Fernández, Gabriel Casuso Roque y Carlos María de la Torre Huerta.³⁴⁷

Una vez exhumados, los restos fueron trasladados a una casa del sitio inmediato, nombrado La Dificultad, habitada por don Pedro Pérez Rivero, donde fueron colocados en capilla ardiente bajo la custodia de los generales Pedro Díaz y José Lacret, y el señor Salvador Cisneros Betancourt. En las primeras horas del siguiente día, una comisión técnica formada por los doctores Hugo Roberts Fernández, Gabriel Casuso Roque, Bernardo E. Gallol Campos, José Matías Gispert Acosta y Sebastián Cuervo Serrano, procedió a practicar el reconocimiento, examen y limpieza de los restos. Tanto de la exhumación como del examen, se levantaron las correspondientes actas notariales; publicadas por primera vez en 1952 por Luis Felipe Le Roy y Gálvez en su libro *Sobre la muerte del capitán Francisco Gómez Toro*.

Por coincidencias históricas, el doctor Isidro Zertucha Ojeda, hermano de Máximo, fue testigo de estos acontecimientos, en su condición de alcalde municipal de Bejucal. Para los intereses de esta biografía, merece destacarse que

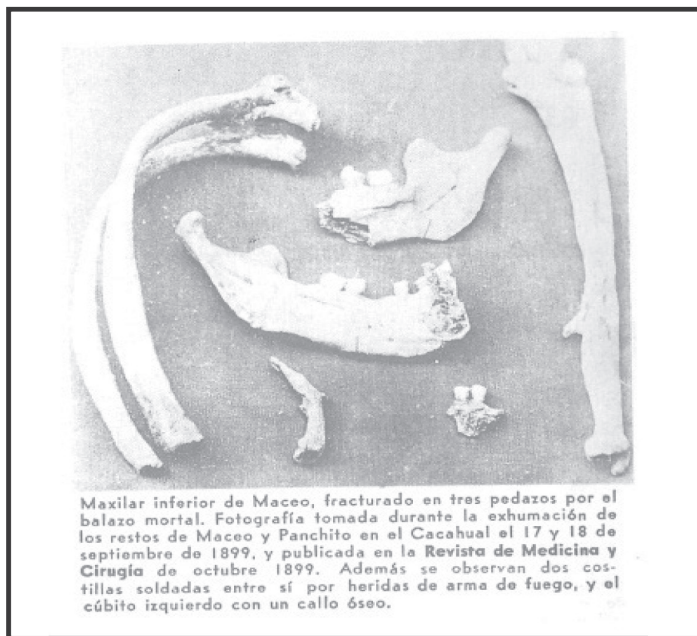
347 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...*, pp. 46-47.

de ambas actas la signada con el número doscientos noventa y cinco, tiene la nota siguiente:

Se hace constar que la Comisión «Restos Maceo Gómez» entregan a los Sres. José Fernández Cosío y José Presas un pequeño fragmento de la camiseta del General Maceo y un poco de tierra de la sepultura del mismo y también al Dr. Menéndez Benítez. Los Doctores Roberts, Casuso, Cuervo, Gispert y Gallol, antes de firmar dicen: que existe una fractura de la mandíbula inferior un poco hacia la derecha de la línea media; un surco en la unión del tercio inferior con los dos superiores del cúbito izquierdo, señales del paso de una bala, con una espina ósea bastante pronunciada en el labio superior del surco y que demuestra la antigüedad de la herida; una soldadura de la extremidad superior digo posterior de la séptima y octava costilla derecha; anquilosis de las tres últimas falanges del anular izquierdo.³⁴⁸

La fractura de mandíbula, descrita por estos cinco médicos, avala la veracidad de lo planteado por el doctor Zertucha al respecto. Una fotografía publicada por la *Revista de Medicina y Cirugía* en octubre de 1899, muestra el maxilar inferior fracturado en tres pedazos, además de dos costillas y el cúbito izquierdo con un callo óseo.

348 *Ibíd.*, p. 55.



Pieza anatómica donde se observa el maxilar inferior fracturado en tres partes, así como dos costillas y el cúbito izquierdo con un callo óseo.

Las versiones de Zertucha

En los últimos años de su vida, el doctor Zertucha contaba a los meleneros cómo respondió a cada ataque acusatorio; no dejó un insulto sin responder, de ahí la existencia de varias versiones. La primera compilación sobre las versiones la realizó Le Roy en 1952, en su libro ya referenciado,³⁴⁹ donde agrupó las primeras cuatro versiones conocidas hasta entonces.

La primera se relaciona con la entrevista que le realizó a Zertucha el periodista Ricardo Arnautó, publicada en *La*

³⁴⁹ *Ibídem*, p. 19.

Lucha, el 19 de diciembre de 1896; la segunda —reproducida por primera vez en el citado libro de Le Roy—, se refiere a su declaración ante la comisión de investigación que él mismo solicitó, el 21 de abril de 1898 (ver anexo 3), con el objetivo de reincorporarse al Ejército Libertador; la tercera la constituye su célebre carta al general Gómez, días antes de la exhumación de los restos de Antonio Maceo y de Panchito Gómez Toro, y con motivo de ella —esta carta fue publicada en *La Lucha* del 16 de septiembre de 1899—, y la cuarta se corresponde con otra misiva suya dirigida al Generalísimo, el 20 de mayo de 1904, con motivo de la apelación hecha por este a los médicos que presenciaron la exhumación de los restos en el Cacahual.

Cuatro años después, el propio Le Roy volvió sobre el tema en una conferencia de divulgación histórica ofrecida en la noche del 7 de diciembre de 1956, publicada en 1958 como una separata de la *Revista de la Biblioteca Nacional*. En ese texto acotó:

La caída y muerte de Maceo fueron descritas por Zertucha en diversas ocasiones, pudiéndose consultar como fuentes de información: 1º el parte oficial publicado por el *Diario de la Marina*, en su edición de la tarde del día 10 de Diciembre de 1896, pág. 3, col. 3, que aparece también entre las noticias de *La Lucha* del día 11, pág. 2, col. 5.³⁵⁰

350 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 8.

La segunda fuente corresponde a la entrevista del periodista Ricardo Arnautó, cuyo contenido coincide con la primera versión del texto anterior. Como tercera fuente destacó la entrevista con el corresponsal del *New York Herald*, en la noche del 18 de diciembre de 1896, también en La Habana, aparecida en la página tres de ese diario, dos días después.³⁵¹ La cuarta es «[...] la carta abierta de Zertucha al editor del *New York Herald*, fechada en Melena del Sur a 19 de Diciembre de 1896, publicada en dicho periódico el día 24 en su primera plana».³⁵² (ver anexo 4) La quinta es la declaración de Zertucha ante la comisión de investigación, coincidente con la segunda versión del texto anterior (ver anexo 3), en tanto la sexta concuerda con la tercera versión del libro publicado por Le Roy en 1952, es decir, la carta abierta del médico a Máximo Gómez. Llama la atención que en esa ocasión Le Roy olvidó mencionar la otra carta de Zertucha a Gómez, del 20 de mayo de 1904, incluida como cuarta versión en la antes referida obra.

En 1974, Francisco Pérez Guzmán, entre sus cuarenta y siete versiones ya comentadas —cuarenta y cinco de mambises y dos de españoles—, le atribuyó seis al doctor Zertucha;³⁵³ por cierto, el mayor número, sin entrar en detalles al respecto. La última compilación conocida hasta la fecha la realizó el doctor Gregorio Delgado García, en el número 82 de los *Cuadernos de Historia de Salud Pública*, correspondiente a 1997, donde en la sección *Documentos del Dr. Máximo Zertucha*, se transcriben cuatro versiones.

La primera de ellas es similar a la segunda de Le Roy, en el citado libro de 1952, y la quinta del mismo autor en el texto del año 1958, es decir, las declaraciones de Zertucha ante la comisión de investigación; la segunda, titulada

351 *Ibíd.*

352 *Ibíd.*

353 Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana...*, pp. 200-201.

Habla Zertucha (ver anexo 2), se compila por primera vez y corresponde a una carta enviada por el galeno al director de *La Discusión*, hecha pública el martes 7 de febrero de 1899. La tercera versión, coincidente con la tercera y la sexta de Le Roy, en 1952 y 1958, respectivamente, está relacionada con la carta abierta de Zertucha al general Máximo Gómez días antes de la exhumación de los restos de Maceo y Panchito. La última versión concordante con la cuarta de Le Roy en 1952, es la carta a Gómez después de la exhumación.

Mucho se ha especulado sobre esas seis versiones. En realidad, si se analizan detalladamente no existen cambios sustanciales, aunque es cierto que añadió algunos elementos en dependencia de las circunstancias, pues no es igual responder a la acusación publicada en un diario que comparecer ante una comisión de investigación. Si bien no emplea las mismas palabras, en esencia el fundamento no varía, y todas ellas permiten conocer la inocencia del médico ante las acusaciones de que era objeto.

Es válido señalar que Máximo Gómez designó como presidente de la comisión investigadora a un general de toda su confianza, Alejandro Rodríguez Velazco. En ocasión del fallecimiento del general José María Aguirre, Gómez decidió nombrar en su lugar al entonces brigadier Alejandro Rodríguez, acerca de lo cual Fermín Valdés Domínguez escribió en su diario: «Este nombramiento responde al cariño y confianza que el General tiene en Alejandro Rodríguez».³⁵⁴ Una vez concluido el trabajo de la comisión, el general Alejandro Rodríguez envió una carta a Máximo Gómez (ver anexo 5), donde le expresaba que después del análisis de informes escritos y verbales, se patentizaba que los sentimientos patrióticos del doctor Zertucha no habían variado.

Si bien es cierto que Zertucha emitió varias versiones,

354 Fermín Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, tomo tercero, p. 62.

estas no son incongruentes; además, él había certificado adecuadamente las lesiones sufridas por su jefe (ver anexo 6), incompatibles con la vida, como señalé anteriormente.

Discrepancias finales, enfermedad y muerte del galeno

Como ya he comentado, al finalizar la guerra Zertucha regresó a Melena del Sur, convertida 1899 en dependencia municipal de la villa de Güines. Allí figuró como miembro de la Corporación Municipal y bajo la administración del alcalde, coronel Luis Cárdenas y Herrera, ocupó la plaza de jefe de la policía, cuerpo que reorganizó con elementos tomados de las fuerzas libertadoras.

El 24 de octubre de 1902 fue nombrado concejal del ayuntamiento de Güines, hasta el 24 de abril de 1903, cuando renunció porque el 28 de noviembre de 1902 había sido designado jefe superior de Sanidad y presidente ex officio de la Junta de Sanidad local, cargos incompatibles entre sí. Puso especial atención y celo en el ejercicio de sus funciones en el último de ello, lo cual le valió no pocos enemigos entre aquellos cuyos intereses privados resultaban lesionados. Pronto, en la Junta Superior de Sanidad se recibieron quejas referentes a que se excedía en sus facultades, y entraba en conflictos y dificultades con particulares y centros administrativos.

Zertucha continuó con devoción su práctica médica, destacándose por su asistencia a los múltiples enfermos de viruela. Los meleneros fueron testigos de sus afanes constantes en favor de la causa de Cuba, y patriotas tan puros como Miguel García Pérez y los hermanos Braulio, Aurelio y Marcos Delgado, vieron llorar a aquel noble médico de Maceo, en la botica de Massot, por la muerte de su jefe mambí. Fue precisamente esa botica, el primer lugar adonde llegó Zertucha la noche del 9 de diciembre, lue-

go de abandonar las tropas insurrectas. Estos testimonios, de fuentes primarias, fueron recogidos por el historiador Gregorio Delgado Fernández y publicados en la revista *Cúspide*.³⁵⁵

Posteriormente ese establecimiento pasó a manos del práctico de farmacia Miguel García Pérez, quien también integró las filas del Ejército Libertador. Miguel, con frecuencia, contaba a su nieto que el doctor Zertucha acostumbraba a visitar el lugar; allí recordaba sus mejores momentos al lado del Titán de Bronce, y mucho se lamentaba por la pérdida de su jefe mambí.³⁵⁶



Fotografía inédita de Miguel García Pérez, práctico de farmacia. En su botica el doctor Zertucha se lamentaba por la pérdida de su jefe mambí.

355 Revista *Cúspide*, año 2, N° 3, 15 de marzo de 1938. Ver Gregorio Delgado Fernández: *Melena del Sur y sus hombres...*, pp. 26-29.

356 Testimonio del doctor Gregorio Delgado García, nieto de Miguel García Pérez y actual historiador médico del Minsap.

Los recelos sobre su trabajo continuaron. Por el contenido de una comunicación transcrita en los libros de actas del Cabildo del ayuntamiento de Güines, correspondientes a 1904 y 1905, se advierte con claridad que, tanto particulares como algunos centros administrativos, estaban decididos a librarse de un jefe local que de modo rígido exigía el cumplimiento de las ordenanzas sanitarias, lastimando, o al menos, entrando en conflicto con intereses creados.³⁵⁷

La ocasión no tardó en presentarse. Se aprovechó que los vecinos de San Nicolás de Güines hicieron una recaudación para arreglar el matadero y necrocomio del pueblo, ya que el ayuntamiento carecía de créditos en su presupuesto para atender esa necesidad. Con el efectivo recolectado personalmente en la suscripción popular, ascendente a cincuenta y tres pesos, Zertucha compró el material más indispensable para habilitar el necrocomio, el cual retuvo en su poder y cuyo inventario y gastos pormenorizó en una comunicación de fecha 29 de septiembre de 1903, dirigida al presidente de la junta popular o comité creado para efectuar la colecta entre los vecinos.

Su negativa de entregar el equipo para el necrocomio, lo explicó en una comunicación, de fecha 27 de junio de 1904, que remitió a la jefatura superior de Sanidad, en la cual precisaba:

En mi poder existe la mesa del Necrocomio y los aparatos necesarios, los cuales no he remitido porque la casa en que tiene que instalarse, está en tales condiciones, que serían destruidos por las aguas, puesto que no existe cubierta alguna del mismo, y creo que están mejor en mi poder que en el de ellos. Para solucionar este conflicto, el día primero de Julio me trasladaré a San Nicolás, y sobre el terreno determinaré lo que crea conveniente.³⁵⁸

357 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 47.

358 *Ibidem*, p. 48.

En ese texto puede advertirse que el médico escribía con la autoridad que le confería su cargo, en los términos propios y correspondientes a su jerarquía. Muy ajeno de que su postura facilitaba la consumación de lo que se tramaba en su contra. Al día siguiente, 28 de junio, cuando aún Zertucha esperaba hasta el primero de julio para trasladarse a San Nicolás y sobre el terreno determinar la mejor solución, el inspector médico Julio Ortiz Cano rendía su informe a la Junta Superior de Sanidad, el cual junto con la comunicación de Zertucha fue elevado a la sección de Legislación, y esta emitió un informe desfavorable a Zertucha, ateniéndose a simples preceptos legales y sin tomar en cuenta las razones y argumentos expuestos por el galeno al justificar su manera de obrar.

Para nada le sirvió a Zertucha su limpia ejecutoria como jefe local de Sanidad, ni su celo en exigir el cumplimiento de las ordenanzas sanitarias, lo que revela, a todas luces, el grado de animadversión que se le profesaba en los círculos administrativos de la Sanidad oficial, donde estaban decididos a deshacerse de él porque no hacía más que crearle problemas.

Por unanimidad, el ayuntamiento de Güines acordó su destitución el 8 de agosto de 1904, acuerdo ratificado por la Junta Superior de Sanidad, y así lo comunicó al ayuntamiento el día 23 de ese mes y año. El 26 de agosto, en la sesión ordinaria del Cabildo, el doctor Zertucha recibió la triste noticia que lo dejó enmudecido.

No volvió a desempeñar cargo público. Amargado, envejecido y enfermo, se retiró a la paz de su hogar, en Melena del Sur, donde mucho sufrió en los últimos días de su vida por una lesión en la lengua que no le permitía comer ni conversar. Falleció a las nueve de la mañana del 26 de octubre de 1905, a los cuarenta y nueve años de edad.

En el acta de defunción existente en el juzgado de dicho pueblo, tomo II, original de defunciones, años 1901-1908, folio 312, acta número 46, se lee:

Máximo de Zertucha y Ojeda —raza blanca— cáncer en la lengua. En el pueblo de Melena del Sur, a las dos de la tarde del día veintiséis de octubre de mil novecientos cinco, ante el Sr. Manuel Mañalich Perea, Juez Municipal de este Distrito, y Ramón González Martínez, Secretario Suplente del mismo, compareció don José Inés Cantón Agudo, natural de este pueblo, mayor de edad, soltero, profesión magisterio, vecino de este pueblo, participando que el Dr. Máximo Zertucha y Ojeda, natural de La Habana, de cincuenta años de edad, de estado casado, Doctor en Medicina y Cirugía y vecino de la calle cinco de este pueblo, falleció a las nueve de la mañana de hoy en la referida calle cinco, a consecuencia de cáncer en la lengua, de lo que daba parte como amigo del finado.³⁵⁹

Nótese que, con respecto a la edad, hay un error en el acta de defunción, pues en octubre todavía no había cumplido los cincuenta años.

Al día siguiente, 27 de octubre, el cura párroco, presbítero don Simón Higuera, ordenó darle sepultura eclesiástica en el cementerio de la localidad, y así se hizo, como consta en el libro 5^{to} de Defunciones de blancos, folio 260, acta número 946, del archivo parroquial del pueblo.³⁶⁰ Allí, en humilde tumba, descansan sus restos.

Como colofón, esgrimo que la deserción del doctor Zertucha estuvo relacionada con la profunda admiración que sentía por el Lugarteniente General. A la muerte de su jefe sufrió un estado de aplanamiento y confusión mental, que trastornó su conducta y lo llevó a regresar al lado de su familia, considerando que, con aquel fatal suceso se acababa la guerra. Si bien es cierto que desertó, no existen elementos convincentes, hasta donde he profundizado en esa biografía,

359 Gregorio Delgado Fernández: Otra vez... Vasconcelos contra Zertucha..., pp. 12-25.

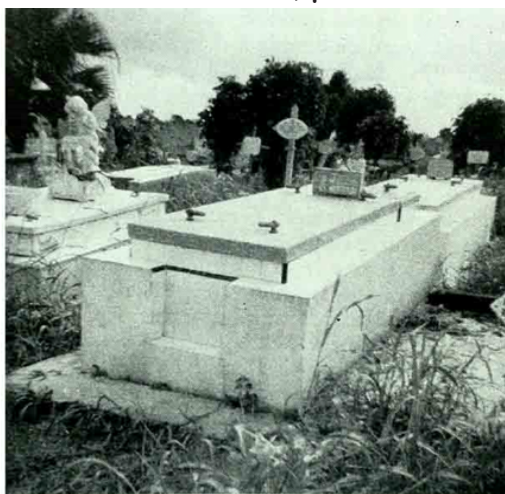
360 Ibid.

para asegurar que la muerte de Maceo estuviera relacionada con informaciones aportadas por él.

Su posterior conducta, al regresar de la guerra, estuvo signada por una correcta actuación médica y a favor de la causa revolucionaria. Coincidió con la opinión emitida por un periodista, citado por Le Roy y Gálvez:

Fué, pues, el doctor Máximo Zertucha y Ojeda una vida que sintió en lo hondo la daga convulsa de la injuria y el aluvión sorpresivo de la calumnia. Pero la Historia, si es matrona tolerante a veces, también suele ser fijadora de verdades. Y es precisamente la verdad, la única verdad que presta dignidad y valor a la Historia. Máximo Zertucha —si es cierto que hay una segunda vida— puede estar tranquilo. La posteridad lo ha exonerado de la dura acusación que las pasiones de los hombres levantara [...] ³⁶¹

En el año 2015 se conmemoraron los aniversarios ciento sesenta de su natalicio y ciento diez de su fallecimiento. Rindámosle tributo a su memoria, ¡cese la infamia!



Tumba del doctor Zertucha en el cementerio de Melena del Sur.

³⁶¹ Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Máximo Zertucha y Ojeda...*, p. 60.

Anexos

Anexo 1

Declaración del Dr. Máximo de Zertucha y Ojeda ante la comisión nombrada para investigar las causas de su acogida a indulto el 9 de diciembre de 1896 y presidida por el General de División Alejandro Rodríguez.

Máximo de Zertucha y Ojeda, Dr. en Medicina y Cirugía, y médico propietario que fué del Cuartel General del Mayor General Antonio Maceo Grajales, natural de la Habana, casado de cuarenta y tres años de edad jura por su honor decir la verdad en cuanto manifiesta en la presente declaración y espone que ingresó en las filas del ejército libertador en 6 de enero de 1896 con el grado de Capitán, y en las fuerzas de la Comisión del Tte. Coronel Betancourt; que en tres de febrero se incorporó en el Ingo. Teresa, de Melena del Sur, a las fuerzas mandadas por el Ver. Pedro Díaz, donde se le dió el mando de la brigada de Batabanó a la Habana, con el grado de Comandante; que en trece de Mayo fué ascendido a Médico Mayor con el grado de Tte. Coronel con mando en la estinguida división de Pinar del Río y en 6 de agosto se le nombró Coronel con mando interino del 5to. Cuerpo por heridas del propietario Dr. Hugo Roberts que así mismo fué nombrado Médico del Mayor General Antonio Maceo en 15 de junio del 96 cuyo cargo desempeñó hasta el 7 de

diciembre del mismo año; que en 9 de Diciembre a las 9 de la noche se acogió a indulto en el Ingo. Mercedita, donde se puso en comunicación con las fuerzas cubanas, prestándole toda clase de auxilios y actuando de Srio. del Comité Separatista hasta el 1°. De mayo en que se incorporó a las fuerzas de la 2 brigada del Ber. Nodarse, haciéndolo a este cuartel general en 1°. Junio donde prestó sus servicios interinamente hasta el mes de Julio en que fué nombrado Médico del Cuartel General en propiedad; que durante el tiempo que ha estado en el servicio activo del Ejército; organizó los servicios sanitarios de la Brigada de Batabanó, y así mismo los de la división de Pinar del Río fundando en dicha provincia las Hospitales del Rubí, Brujo, Rangel y Sabana de Morqui, ha asistido y prestado sus servicios en las acciones de guerra siguientes S. Antonio de Las Vegas, Toma de Jaruco, Morality, El Gato, S. Anto. de Veitía, Neptuno, Galopes, Frias, Labory, Cayajabos, Loma del Toro, Vigia de Cabañas, La Guásima, Loma del chivo, Consolación (del Sur), S. Diego de los Baños, S. Claudio, Las Pozas, S. Miguel, El Lechuzo, Expedición del Competidor, Cacarájicara, Manuelita, Quiñones, cinco combates en el Campamento de Tapia, Las Animas, en 24 de Junio donde fué herido el Mayor General Antonio Maceo a cuya asistencia, estuve encomendado hasta el 1° de Agosto que fué dado de Alta; asistiendo después a sus ordenes inmediatas a los combates de Taco-Taco, Bacunagua, La Esperanza, Dima, Los Arabos, S. Felipe de Montezuelo, Tumbas de Estorino, S. Franco y Manajo, S. María Sumidero y Cabezas; Ceja del Negro, Guayabito, El Rosario, Los Chumbos, en el Rubí, Bejerano, La Gobernadora, paso de la trocha, y Combate de S. Pedro en la pa. de la Habana.-: que contestando la pregunta de cómo acaeció la muerte del mayor G.A.Maceo manifiesta: que acampados en el Potrero de S. Pedro en Punta Brava serían como las dos de la tarde, hacía una hora que habíamos almorzado juntos como de costumbre el General, el Ber. Miró y

el que declara; el Gral. Maceo padeciendo de una reuma articular a consecuencia de sus dolores, se había recostado en su hamaca, sin botas ni zapatos, yo estaba durmiendo a su lado en el suelo: repentinamente un rumor seguido de gran alarma en el campamento me despertó. Vi al General de pie ayudado por el asistente Benito, el Ber. Miró y el Comandante Jústiz, su ayudante poniéndose apresuradamente las botas; ya mi asistente tenía mi caballo preparado a mi lado, y acto continuo montó el Gral. Siguiéndole nosotros, dirigiéndonos en medio de grupos de gentes de las fuerzas hacia el lado izquierdo del campamento sin que se oyese un solo disparo de arma de fuego. Llegamos al Camino Real de S. Pedro y el General dió órdenes a Pedro Díaz, a Nodarse y Jústiz y volviendo sobre sus pasos seguimos el camino hasta llegar a un portillo por el que penetró el General con el Ber. Miró, yo y el Dr. Guás, quien me acompañaba, por orden mía al preguntarme donde era su puesto en la acción. Al salvar el portillo nos encontramos con un cuartón limpio de llerva de Guinea, cuyo frente está cercado por una cerca de piedra y detrás un palmar, a la izquierda seguía la cerca y monte – a la derecha un espeso Guayabal sin cerca y por detrás donde estaba el portillo, el Camino Real.- El General detuvo el caballo a unos 12 metros del portillo hacia el centro del cuartón teniendo a su derecha al Ber. Miró y a su izquierda al declarante, al Dr. Guás se había quedado atrás cerca de portillo: pocos momentos antes de penetrar por el portillo, se rompió el fuego por descargas del enemigo, que se había posesionado de la cerca del frente y flanco izquierdo; a los dos minutos poco más o menos de estar en dicha posición, el General mirando hacia la esquina de unión de las dos cercas, se inclinó de lado del Ber. Miró y tocándole el hombro con la mano que empuñaba el machete le dijo: ¡Esto va bien!! y acto continuo cayó herido como por un rayo entre mi caballo y el suyo lanzando el machete hacia delante, me desmonté enseguida, sostuve su cabeza en mi



brazo izquierdo procuré averiguar donde estaba herido: del lado derecho de la mandíbula inferior junto al mentón, un chorro de sangre indicaba el punto de la herida, reconocí la mandíbula, encontrándola fracturada. El punto de herida no explicaba los fenómenos generales que se presentaban, -pérdida del habla, el ojo derecho, sin vida, no así el izquierdo, en que se aumentaba la expresión, la cara cada vez más pálida y la aljides, me hizo temer un término fatal; habiendo pasado una grave enfermedad en Pinar del Río días antes del paso de la trocha, me encontraba sin fuerzas de ninguna especie, y no podía ni aun siquiera volver el cuerpo para poder reconocer la parte posterior del cuerpo del herido; un joven oficial que no conocía, por serme desconocidas las fuerzas de la Provincia de la Habana, me ayudo a volverlo y entonces me encontré otra herida del mismo proyectil por su dirección, que se encontraba en la parte posterior del lado derecho de la espalda, entre el homoplato y la columna vertebral, la dirección de la herida y los fenómenos general me hicieron temer una hemorragia interna como realmente resultó, muriendo en mis brazos al minuto poco más o menos de ser herido. — Cuando cayó el General Maceo, grité al Ber. Miró, en medio del ruido de las descargas lo que pasaba pues él vuelto de espaldas no lo había visto; dió dos o tres gritos ininteligibles y después de volver su caballo, dió otro bien claro diciendo que estaba herido, que iba en busca de auxilio y se retiró a escape, quedando solo yo con el cadáver: en aquel momento se presentó el Tte. Francisco Gómez Toro, que se encontraba herido en el hombro izquierdo en el combate del 1º de Noviembre en la Gobernadora, en unión de dos o tres individuos que no recuerdo: me dijo, yo lo vengo ayudar Dr. y cargamos el cadáver, en el caballo moro del mismo General, pero al volver dicho animal en dirección al portillo, recibió un balazo que le atravesó el tórax destrozando el codo del brazo izquierdo en su salida, hice una cura con un algodón y un pañuelo de seda que todavía

conservo; varios individuos se habían reunido, yo viendo ya muerto al Gral. y a Panchito sin auxilio me dirigí a un caballo alazán que estaba comiendo cerca del lugar y montando, crucé el portillo y me dirigí en busca de fuerzas, encontrándome a los pocos momentos al Ber. Sánchez quien enterado, me manifestó que no tenía fuerzas, que buscara a Díaz, así lo hice y en el camino me encontré al Coronel Nodarse gravemente herido. El General Díaz ya venía en auxilio, y yo me dirigí a curar por su orden al Cmte. Jústiz y otros heridos que estaban graves, el tiempo que improvisé camillas curé los heridos y sería el de una hora. Cuando me dirigía al lugar de la acción, llegaban a una casa de paja del Potrero Lombillo los cadáveres de Antonio Maceo y Francisco Gómez Toro.

Allí reunidos estaban el Ber. Sánchez, el Coronel Sartorio, el Ber. Díaz, los jefes Juan Delgado, Baldo. Acosta y otros que no recuerdo así como los ayudantes del General Piedra y Sahubanel teniendo que practicar el reconocimiento de los cadáveres para dar el certificado que debía remitirse al Cuartel G. del General en Jefe, y no estando presente el Ber. Miró, se le mandó a buscar por orden del Ber. Díaz, tardando media hora en llegar, por estar con los heridos en la impedimenta.

Presente todos, practiqué los reconocimientos en la siguiente forma.

1º El General Antonio Maceo

Una herida contusa de proyectil de arma de fuego de milímetros de diámetro situada en la región mentoniana derecha a unos dos centímetros de la sínfisis del hueso maxilar inferior con fractura del mismo. Otra de la misma clase y dimensión, situada en la región interescapular derecha a unos tres centímetros de la columna vertebral y al nivel de la unión del tercio superior y medio del homoplato. Otra de



la misma clase y dimensión situada en el hipocondrio derecho. Otra de la misma clase y dimensión en el hipocondrio izquierdo.

Francisco Gómez Toro

Herida de proyectil de arma de fuego de nueve milímetros de extensión, situada en el hombro izquierdo, en vías de cicatrización, con orificio de entrada al nivel de la incisión del deltoides y con otra de salida en la parte superior y posterior del mismo músculo.

Una herida por instrumento cortante situada en la región posterior del cuello que dividía por completo los músculos de dicha región, hasta dejar en descubierto la columna vertebral. Otra herida pérforo-cortante situada entre la tercera y cuarta costilla del lado izquierdo a unos 4 centímetros del borde del esternón penetrante de pecho. Otra herida de arma de fuego que se encuentra situada entre la 7 y 8 costilla en la región lateral izquierda del tórax con orificio de salida entre la 8 y 9 del lado derecho, destrozando el proyectil en su salida el codo del brazo del mismo lado.

Recogí el algodón y el pañuelo ensangrentado que como apósito tenía el cadáver de Francisco Gómez Toro y pedí autorización para extraer una bala que el General tenía enquistada en la espalda de la Guerra de los 10 años autorizados por el Ber. Miró y el Gral. Díaz la extraje la que consevo en mi poder así como un peine que usaba para el bigote, que también me fué donado como recuerdo de mi Jefe.

Al practicar el reconocimiento del cadáver del General, en un bolsillo interior, tenía unos documentos los que acto continuo de sacarlos se los entregué al Ber. Miró a presencia del Gral. Díaz y demás Jefes presentes.

Concluída mi misión, y habiendo terminado el cumplimiento de mi deber, me dirigí al Ber. Miró para ver la herida y curarla, que me había manifestado en el acto que cayó herido el Gral. Maceo; al principio se negó a ello, pero a

mis instancias, lo hice, viendo que era una simple contusión que no le impedía para nada seguir en el campo de batalla.

En estos momentos, se presentó el Comandante Ahumada a pedirme, le devolviese su capa y su hamaca que se encontraban en el caballo que yo había cogido en el campo de batalla: se las dí pero no el caballo pues el mio había sido muerto en el mismo sitio de acción.

Los cadáveres fueron amarrados en un mulo y conducidos en dirección a Loma del Hambre, y en el trayecto fueron enterrados, manifestándome el Gral. Díaz donde se habían enterrados.

Acampamos en Loma del Hambre el día ocho a las 9 de la mañana y en el pabellón del General, a su presencia, entregué al Ber. Miró, Certificación para remitir al General en Jefe, de los cadáveres de Antonio Maceo y Francisco Gómez así como también acta de lo ocurrido a mi presencia durante la acción.

Junto al pabellón del Ber. Miró como a las 2 de la tarde conversando con Nicolás Sahuvel Ayudante y ahijado del General Maceo increpé duramente al General Miró por la conducta que había observado en la acción y haciéndolo culpable de la muerte de Francisco Gómez. Mi conversación fué oída por dicho Jefe y supe por su asistente llamado Manuel que había dicho que había en necesario hacerme desaparecer pues yo me presentaría y haría mucho daño a la revolución.

Al tener conocimiento de semejante juicio, unido a las dudas que en mi ánimo existían por las heridas del Ber. una revolución se verificó en todo mi espíritu.

Yo que creía siempre haber cumplido con mi deber, ya que siempre había sido subordinado a mis Jefes, yo que había abandonado familia (e) intereses para servir a mi patria, había venido a servir de instrumento a quien, debiendo todo lo que era, siendo considerado, y estimado por la sombra pura y respetable de nuestro General, yo ya debía morir

ignorado por una bala perdida para que no fuese testigo fiel de los sucesos, de la cobardía, de la ingratitud de un hombre, lleno de egoísmo que así pagaba todos los bienes que le había dado su patria adoptiva, entonces quise conservarme para en su día vengar la muerte del General mi Jefe; y comprendí todos los males que me habían de resultar, por supuesto, pero que día llegaría en (que) la luz se hiciese. Fuí por recoger todos mis documentos y pruebas plenas lo que verifiqué, y conservo en mi poder.

Al acampar en Loma del Hambre, el día 8 a presencia del Brigadier Pedro Díaz, estendí y entregué al Brigadier José Miró Argenter los siguientes documentos, con destino al Cuartel del General en Jefe.

1º Certificación detallada de los reconocimientos de los cadáveres del General Maceo y Tte. Gómez Toro.

2º Acta de los sucesos ocurridos en el Combate de S. Pedro, por la muerte del General Maceo, en lo que se especificaba todo lo que a mi presencia resultó.

El día diez al llegar al Navio donde acampamos, recibí carta de mi familia, en la que me enteraban del estado de miseria y abandono en que estaban, sin auxilio de ninguna clase y obligado uno de mis hijos a vender licores a las columnas de paso por el término de Melena.

La muerte del General Maceo produjo en mí, un estado de aplanamiento y confusión que trastornó por completo mi cerebro hasta el punto de creer se atentaba a mi vida y me lanzó al lado de mi familia no solo para cumplir el sagrado deber de sus sustento, sino para desde allí continuar sirviendo por todos los medios posibles la causa de la revolución con un intermedio de dos meses que estuve convaleciendo de lo rudo de la campaña como pueden atestiguarlo los Jefes locales de la zona de Güines y Melena del Sur.

Presento pues para mi descargo los servicios siguientes:

Organización de la Brigada de Batabanó a la Habana, a las órdenes del Ber. Díaz.

-Organización de la división de Pinar del Río a las órdenes del General Maceo.

-Fundación de seis Hospitales.

-Haber prestado sus servicios en cincuenta acciones de guerra antes enumeradas.

-Haber estado siempre al servicio de la causa de la Revolución, con mi vida, mis rentas y mi poca inteligencia, antes y después de la falta cometida.

Campana. P y L. Julio 7 de 1898
(fmdo.) Máximo Zertucha

Anexo 2*

Habla Zertucha

Habana 28 de enero de 1899

Señor Director de La Discusión

Muy señor mío.

En el número del periódico La Lucha, correspondiente al día 8 de Diciembre vió la luz un suelto titulado «El doctor Zertucha», «Reivindicación ante la patria», cuyo rubro, lo mismo que el preámbulo contenido en el primer párrafo, fué obra de la Redacción de aquel diario y no mía, al solicitar la inserción de un oficio del Mayor General José María Rodríguez, que extractado se lee en el resto del suelto aludido.

Y digo que aquel titulado no fué obra mía, porque nunca he pensado que necesitaba reivindicarme, y porque no lo necesitaba, no hubiera usado jamás la palabra «reivindicación ante la patria».

Inmediatamente después que el suelto de referencia se publicó, los doctores Hugo Roberts y Gustavo Pérez Abreu dirijieron un telegrama en que, protestando del contenido de aquel, expresaron que para contestar recojían documentos.

Y a ese trabajo se habían dedicado seguramente todo el espacio de tiempo transcurrido desde el ocho de diciembre hasta el día de ayer en que han dado a la luz en el diario de si digna dirección, una carta que autorizan aquellos doctores y otros más, relatando los documentos recojidos para probar la inexactitud de lo dicho en una comunicación oficial, no por mí, sino por el que es jefe mío, tanto como lo es de ellos.

Pero interesado yo en aclarar ante el público el valor de esos documentos, y valiéndome al efecto de la amabilidad de usted que me presta las columnas de su ilustre periódico, he de combatirlo ferozmente, para que quede el asunto de que tratan perfectamente diáfano como quedará mas adelante conocido el origen —del que nunca he querido hacer mención— de esta controversia.

Es el primero un certificado de Jefe de Sanidad, en que hace constar que no pertenezco á dicho cuerpo desde el ocho de diciembre de 1896, en que deserté, y que jamás he figurado como coronel en su escalafón.

En cuanto á mi separación de las filas el 9 de diciembre del 96 -y no el 8 como equivocadamente se dice- de 8 á 9 de la noche y a que por ello no figuro en el escalafón desde aquella fecha, debo hacer constar, que no debía figurar en el espacio de tiempo que media desde el 9 de diciembre citado hasta mi reincorporación, pero si he debido tenerse los particulares siguientes:

El 20 de Abril de 1898 presenté una instancia al jefe del Departamento Militar de Occidente en la que solicitaba que en el acto de mi comparecencia se me formase consejo de guerra, pues yo no había sido traidor a la patria por ningún concepto, y si cometí una falta al separarme, lo hice en tales condiciones, que habían circunstancias casi eximentes para ello.

El Cuartel General del Departamento en comunicación registrada al número 227 se sirvió acceder á mi petición en 24 del mismo mes.

Ingresé presentándome al Jefe de sanidad de la segunda División del quinto cuerpo, teniente coronel Francisco Anciano, el que tomó nota de la fecha de mi ingreso, y después á propuesta del Mayor General J. M. Rodríguez quedé como médico propietario del Cuartel General del Departamento, pasando a Jefe de Sanidad de la segunda brigada el doctor Francisco Acosta, capitán de Sanidad, que lo desempeñaba interinamente.

Si no figuro, pues, en el escalafón después de mi ingreso, culpa será de quien haya debido incluirme y no mía porque por algo y para algo existe la Ley, y también los Jefes del Ejército que cumpliendo aquella dictan sus disposiciones.

En lo que se refiere á que jamás figuré como coronel en el escalafón, diré que figuraba en él como teniente coronel, y con el empleo de jefe de la 3o División del 5o Cuerpo, del que era jefe el Dr. Hugo Roberts: que mi ascenso á coronel lo obtuve por la ley y por nombramiento del Lugarteniente A. Maceo, lo primero; al ser baja por herida recibida en la escaramuza de San Gabriel el 13 de junio el Dr. Hugo Roberts, recibí una orden del Cuartel General para ocupar su puesto, y claro está que al hacerlo, la ley de organización de Sanidad Militar previene que cuando un inferior ocupe el empleo superior ese sólo hecho le da derecho al nuevo grado, y lo segundo, por habérmelo conferido el general A. Maceo el 14 de agosto, después que le asistí y curé de las heridas que recibió el 24 de junio en el combate de Tapia, y tan es verdad que se me reconocía como tal coronel desde esa fecha, que además de poderlo manifestar los entonces ayudantes de Nodarse, Cosío, Ahumada, Herrera, Portela, Peña y otros que hoy tienen empleos superiores, lo comprueba el hecho de haber remitido al señor Agramonte en el cuartel del general Lacret, la relación de los individuos que formaban el Cuerpo de Sanidad en la 3o División, cumpliendo la orden contenida en el oficio que dirigió desde el

campamento Voladura en 20 de junio, registrando al número 15 y que me fue entregado por el General Maceo para su despacho.

Mas aún: después del paso de la Trocha de Mariel Majana nos visitaron en el campamento de Baracoa del coronel Baldomero Acosta, los señores Perfecto Lacoste y Villanova, y á este último le fué dada por el coronel Nodarse, el jefe del E.M. interino, entonces, una relación de los que acompañábamos al general y ella decía al número 5, Coronel Máximo de Zertucha-Médico.

El segundo, de los que llamaremos capítulos de cargos, se refiere en primer lugar, á que me incorporé a su Brigada en 4 de febrero del 96 y no en 6 de enero, cosa cierta, pero que solo puede estimarse a un error de fecha, sin importancia.

También es cierto que el general Díaz no le consta la enemistad personal de ningún jefe hacia mí, extremo que á muchos tampoco le consta, sin que esto signifique que porque otros no conozcan un hecho, deje de ser cierto.

El general Pedro Díaz, de quien siempre he tenido toda clase de atenciones, á quien conozco perfectamente y que es, a mi juicio, el jefe mas prestigioso de la revolución después del General Gómez, por su corrección, disciplina, moralidad y valor probado hasta el extremo de haberle dicho al general Maceo, que estaba «hermoso» defendiendo las posiciones del Rubí contra Weyler, no me desmentirá al manifestar yo, que el no podía saber desde el 14 de junio, mi grado, puesto que estaba a las ordenes directas del Lugarteniente A. Maceo; pero que puede atestiguar, si yo certifique como tal coronel al dar los dos atestados que entregué al general Miró, después del combate de Punta Brava, en el campamento Loma del Hambre, en los que manifestaba las causas de la muerte de Maceo y Panchito Gómez.

Es perfectamente exacto que yo no pertenecía al comité separatista de que era secretario el ciudadano Arturo Delgado; pero no desmiente su certificado la verdad de lo

expuesto, pues jamás he dicho que pertenecía a ese club ó cosa así, ni nunca pasó por mi mente formar parte de él, porque conocedor de Delgado, personalidad improvisada, en virtud de ese documento, y solo por ese documento, mis trabajos buenos o malos, y más o menos importantes no los hubiera realizado nunca en el club de que se dice secretario el ciudadano Delgado.

En cambio, con autorización escrita del jefe de la zona de Melena, teniente coronel Luis de Cárdenas Herrera, se constituyó un comité separatista, del que era presidente el Doctor Horacio Acevedo, tesorero Domingo Brito y yo secretario. Dicho comité tomó la forma, para las autoridades españolas, de comité autonomista, con el propósito de impedir á la vez al partido de ese nombre que hiciera sus trabajos y demostrase que representaba la opinión del país.

Así logré impedir las votaciones en Melena y Guara, llegando el caso de protestar por los dos únicos votos que obtuvimos en la Diputación a Cortes ante el juez municipal á falta de notario, y hubiera derrotado al candidato Sr. Cueto en las elecciones de Representantes, sino hubiera recibido orden de incorporarme a las filas activas.

Es, por lo tanto, cierto, que pedí auxilio a mi estimado amigo el doctor Ferrer para que con su influencia en Los Palos y Nueva Paz hiciera votar en blanco, a última hora, a todos los electores.

Si duda, pues, pudiera haber respecto a mi conducta, por la seguida en ese club, duda podían inspirar los demás sobre todo el señor Brito, del cual nadie que lo conozca podrá decir una palabra acerca de su patriotismo acrisolado, y que verdadero agente de la revolución en Melena, recibía todos los efectos que a su nombre le eran remitidos por el Central de la Habana, la correspondencia oficial y pública que lo mismo que los efectos le eran consignados con todo su nombre y apellido por el Dr. Mario.

En cuanto al último párrafo de los cargos formulados, contenido en un documento «privado» y que pertenece el dominio público hace cerca de tres años el hecho es el siguiente:

Con noticias en La Habana —donde me encontraba en unión de Saturnino Lastra, ex-Secretario de Hacienda— y que podía estimar fidedignas, pues me las facilitó una persona de mi confianza, de que «sería detenido, pues yo era el cabecilla» de los que se habían marchado de Melena, me presenté al Sr. Julián Solórzano, a quien conocía por ser dueño del ingenio Armonía de Melena, solicitando de él me recomendara al general Arderius y me facilitase el uniforme y algún dinero pues tenía que ingresar en el Ejército, porque ya no se podía trabajar en el campo.

Dicho señor atento siempre á sus amigos así lo hizo. El uniforme dí orden me lo remitieran á la morada de don Enrique Pascual, calle de San Miguel esquina a Aguila. Esto ocurrió a las 3 de la tarde. Por la noche relaté a Saturnino Lastra la coartada y me lo aprobó.

Al día siguiente hubo trenes hasta San Felipe y embarcándome para ese pueblo, allí pedí un caballo al celador Castillo y fuí al central Merceditas donde á la noche siguiente me marché con 16 hombres armados incorporándome á las fuerzas del general Pedro Díaz en el ingenio Teresa.

Hasta hoy no sé qué forma tenía ese uniforme.

Esa, que es la historia que conocen muchos, que podía decir que el público conoce como yo, se ha sacado por los señores firmantes de la carta que contesto, de un documento «privado», como si se tratare de un secreto, de algo que envuelve una grave acusación y que solos han conservado, siendo aquella la primera vez que se dice en público.

Yo entiendo que me hace mayor honor mientras mas conocida sea la «grave acusación» del documento «privado».

Hasta aquí, pues, en cuanto concierne á los hechos consignados en la primera parte de la carta autorizada por los

señores Alvarez, Molinet y demás que figuran en el número de La Discusión a que me refiero.

De aquellos, contestados con detalles minuciosos, constantes de documentos que conservo en mi poder y que podría publicar separadamente, y de otros de que son testigos personas prestigiosas de la Revolución, deducen una protesta dichos señores como si se tratara del que mayores daños ha podido causar á esta tierra.

¿Hay méritos para ella?

¿Están en relación las causas y sus efectos?

¿Mi falta al separarme del Ejército es mayor que la que han cometido 5 000 hombres que después se han reincorporado y aún han obtenido dos o tres ascensos?

Dícese que ha sido examinado el asunto desapasionadamente y es inexacto.

Si hubieran juzgado sin apasionamiento, de seguro que otro procedimiento -el legal- que tenían y tienen expedito hubieran adoptado esos señores; pero han escogido el de las cartas á los periódicos para llevar la duda al público, que desconoce las intimidades, puede decirse, de la Revolución.

Pudiera, comparar además, con lo que han estimado crimen, con lo que consideran un «ultraje», los servicios prestados a mi patria en las dos campañas. Pudieran no haber saltado por ellos para ir a buscar datos en una «taberna» de Melena que se dice Club y que algún español cubanizado o extranjero naturalizado les diera documentos privados.

Pudieran haber presentado mi conducta en la acción de San Pedro en Punta Brava en la que murió en mis brazos en medio de las balas enemigas mi Jefe el inolvidable Antonio Maceo.

Tal parece que en cada uno de mis actos en ambas épocas de mi vida en campaña, no he cometido más que faltas, y que no he servido en nada á mi país, porque de otro no se explica el tono de la protesta á que me contraigo.

Y tal parece también, que esa protesta tiene por objeto

hacer presión en el Ejecutivo para que resuelva en un sentido diverso de aquel que la justicia reclama.

Deberes de patriotismo y disciplina me impiden en la actualidad señalar el origen de esa protesta, bastándome refutar los hechos en aquella consignados, para que el público cubano, ageno á cuestiones individuales, juzgue de parte de quien está la razón y la justicia.

Pero día llegará en que ese origen se conozca, lo mismo que, minuciosamente, la acción de Punta Brava.

Por lo demás, no he de entrar en discusiones de grados o servicios porque fuí a la Revolución solo por amor a mi país: terminada la lucha y obtenido el ideal que aquella defendía, me queda la satisfacción de haber cumplido con mi deber de cubano, sin los beneficios personales por otros obtenidos de ocupar empleos que no necesito desde, que otro grado alcanzado en las Universidades y que nadie me discute, me dio derecho á trabajar para vivir.

M. Zertucha.

* Publicada en *La Discusión*. La Habana, martes 7 de febrero de 1899.

Anexo 3

Declaraciones del doctor Máximo Zertucha ante el Consejo de Guerra que se celebró el día 21 de abril de 1898.

/Fº.-1/ Al C. Mayor General J. M. Rodríguez.

Máximo de Zertucha y Ojeda, Dr. En Medicina y Cirugía, ex-jefe del 4 Cuerpo de Sanidad del E. Libertador. Médico que fue del Lgte. Genl. Antonio Maceo Grajales ante V. comparece manifestando que deseando volver a prestar servicios en el ejército le suplica que en el acto de su comparecencia se le forme Consejo de Guerra, que a su clase

corresponde por haberse presentado a indulto el 10, de dbre. De 1896, quedando de ese modo salvo su honor como cubano tanto en el ejercicio del cargo antes dicho, como en las trincheras Españolas donde ejerce el cargo de vocal Serto. del Comité Separatista Patria y Libertad en Melena á 21 abril de 1898.

(fmndo.) D. Zertucha.

Abril 24/898

Pase a la Jefata. de E. Mayor y previa información me dé cuenta pa. su resolución.

El Mayor Gral.

(fmndo.) J. M. Rodríguez.

En cumplimiento al antr. decreto, el que suscribe, há abierto la información indicada acerca de los servicios prestados en Campaña por el solicitante y la conducta que el mismo haya podido observar durante el tiempo que há permanecido fuera de nuestro Ejército, después de su presentación. Según informes facilitados por el Coronel Alberto Nodarse, Jefe del 4ª Brigada, resulta que el Dr. Zertucha prestó buenos servicios mientras estuvo a las ordenes del Lugarteniente Gral. Antonio Maceo y que por referencia se supo que dicho Dr. Ofrecía sus servicios desde la población en que se encontraba.

-Otros /Fº-3/ informes adquiridos, hacen más luz sobre lo que se interesa, resultando de ellos que ha realizado sus ofrecimientos, prestando últimamente servicios al Ejército Libertador.—Entre líneas---últimamente—Vale—

Lo que informo según se ordena. —fecha ut supra.—

El Jefe into. de E. M. del Dpto.

Tte Coronel,

(fmndo). Miguel Iribarren.

(Sello de la Jefatura del Estado Mayor).



Decreto:

Abril 24/98

Vista las informaciones que anteceden, este Ctel Gral accede á lo solicitado, y oficiese en tal sentido al interesado —P. y L —

El Mayor Gral.

(fmndo.) J. M. Rodríguez.

Pasada la comn. que se ordena, registrada al no. 227 del Libro de Comones.—fecha ut supra—

El Jefe into. de E. M. del Depto.

T. Coronel,

(fmndo.) Miguel Iribarren.

(Sello de la Jefatura del Estado Mayor).

* Publicada en Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *Sobre la muerte...* Ob. cit., pp. 105-106. Según Le Roy se trata de una carta dirigida, con varios documentos, al Mayor General J. M. Rodríguez por Máximo Zertucha. Este documento se reprodujo en Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: *Dr. Máximo Zertucha...* Ob. cit., pp. 95-96.

Anexo 4

Carta del Dr. Máximo Zertucha al director del periódico New Herald de Nueva York

Melena del Sur 19 de Dcbe de 1896.

Sr. Director del Herald de N. Y.

Muy Sr. Mío: Enterado por su corresponsal en la Ha^{ba}.. Mr. Clarence Stetson, de las versiones que circulan en le E. U. sobre la muerte de mi antiguo jefe y amigo el Mayor General Antonio Maceo, cumpla á mi deber manifestar a V. como han ocurrido los hechos de referencia, agredeciéndole se sirva insertarlas en el reputado diario que tan dignamente dirige.

El día cuatro del corriente mes á las ocho de la noche, el Mayor General Antonio Maceo acompañado de parte de su E. M. ó sea los Generales Miró y Días, Coroneles Nodarse, J. Gordon, Comandantes Piedra, Justiz, Ahumada y Peñalver, capitán Sauvamel y el que suscribe, Medico de su Cuartel General, con cuatro asistentes y el Teniente Francisco Gomez Toro; atravesamos la línea militar de Mariel Majana por el primer punto (ilegible) al día siguiente á las 9 de la mañana, en un lugar llamado «Mosquitos» a unos veinte y cinco hombres de caballería, pertenecientes a las fuerzas del Coronel Sartorius: el día 6 emprendimos marcha hacia Baracoa, y en el camino se nos incorporó unos 80 hombres del T. Coronel Baldomero Acosta, los que unidos nos dirigimos a las 9 de la noche a el potrero de S. Pedro entre los paraderos de Rincón y Govea, encontrando en este punto las fuerzas del Ver. Sanchez y Coronel Delgado (ilegible) en unos 400 hombres todos de caballería.

Serían las 2 de la tarde cuando se supo en el campamento que una columna enemiga se dirigia con rumbo nuestro siguiendo el rastro; las fuerzas se prepararon al combate.

Mandada el flanco izquierdo el General de División Pedro Dias, el derecho el Coronel Delgado y T.C. Acosta y el centro el Ver Miró y sus ayudantes: Justiz y Sauvamel con el que suscribe, se dispó el campo de batalla, dio unas ordenes en el camino y se colocó en un punto extraño al campo de acción, pero por converjer en el las fuerzas enemigas, más que aire era plomo, lo que se respiraba; se adelantó llegando a 500 pasos de una cerca de piedra en que estaba parapeteada la infantería enemiga, y teniendo a su derecha al B^{er} Miró y a mi a su izquierda al levantar su espada, diciendo a Miró; «*esto va bien*», cayo como herido de un rayo del caballo que montaba, al suelo, donde inmediatamente, me coloqué para examinar donde habia sido herido.-un proyectil de mausser había penetrado a dos centímetros de la sinfisis mentoniana, del lado derecho fracturando la mandibula inferior en tres

puntos y habia salido en la parte posterior lateral izquierda de la base del cuello, desgarrando á su paso el paquete vascular carotidio, lo que produjo una hemorragia mortal que al momento le produjo la muerte.

En el momento en que fue herido el General Maceo llamé a su auxilio a los que lo acompañaban, mas al manifestarme el B^{er} Miró y Cmdte Justiz que estaban heridos también los obligué a salir del punto de fuego ayudándome un numero de caballeria, que siento no recordar su nombre, que con un valor sereno me ayudo a levantar el cuerpo de mi General; en aquel momento también fué herido dicho individuo en un muslo, relevándose...Me quede solo!! las balas llovían sobre mi, parapateado detrás del caballo del General y al lado de su cadáver! en aquel momento vi delante de mi a Panchito, como nosotros decíamos al hijo, del Mayor General Gomez. este estaba herido en el hombro izquierdo en un combate que sostuvimos el día 5 entre Cayajabo y Cabañas y con el brazo en cabestrillo, me dijo «Doctor, yo le ayudo!!

Levantamos nuevamente el cadaver, lo pusimos arriba del caballo, y él tirando las riendas y yo sujetandolo de los pies emprendimos marcha hacia un portillo que daba salida al cuarton en que nos encontrabamos... una bala vino a herir a Panchito, le atraveso el pecho, y saliendo por el costado derecho le destrosó por completo el codo del brazo derecho, cayó al suelo, fui en su auxilio y el cadaver del General Maceo cayó nuevamente. ¿Qué hacer? el enemigo avanzaba, le supliqué, le rogué dejara le condujera a caballo fuera de aquel sitio, nada le convencio siempre me decia – que saquen al general, después a mi!! entonces loco corri a las fuerzas que estaban bien retiradas por las peripecias del combate, montando en el mismo caballo del General. Me encontré con el B^{er} Sánchez le dije lo que pasaba, y que este entre escusas, ordeno (ilegible) nada hacia, busqué a otro jefe ví al valiente al honrado Pedro Dias, y oir mis palabras y partir á cumplir con un deber todo fue un solo acto.

El enemigo había avanzado, fué necesario desalojarlo, y entonces recobramos los cadaveres del General Maceo y el teniente Gomez. ¿? había este muerto de la herida en el pecho y brazo?...no! - tenia una puñalada entre el tercer espacio intercostal izquierdo juanto al borde del esternon - y otra herida de machete que le dividió el cráneo en la región occipital.-

Los cadaveres les faltaban sus zapatos, medias, armas y prendas- fueron conducidos a las 7 de la noche bajo un colgadizo del mismo potrero y alli ante los jefes que ignoraban su muerte fué, levantada acta de lo ocurrido y con los documentos oficiales del caso, se dió cuenta al Mayor General Maximo Gomez.

Narrados los hechos tal cual sucedieron me toca ahora Sr. Dierctor hablar de mi humilde personalidad.

¿Quien mató a Antº. Maceo? ¿Quién mató a José Maceo? Fueron las balas enemigas en el Gato y S. Pedro, no, una y mil veces no!!

Los mataron, los hombres del Concejo, los mataron los que recibieron oro del Gobº. Español, luego exigieron puestos que no les correspondía en la Revolucion, por lo que nada hicieron, sino querer ocupar su puesto en el festin!

Preguntadle al Dr. Hernandez, preguntadle al Dr. F.V. Domínguez, preguntadle a Portuondo, ellos os lo dirán! =

Cuando sin parque, sin elementos de ninguna especie ibamos en busca de un cartucho en el rastro enemigo, cuando no teniamos mas esperanza ni mas amparo que Dios! El Concejo de Gobº, compuesto de Peña, Roloff y otros, detenían las fuerzas de Jose Maceo y J.M. Rodriguez que venian en nuestro auxilio. ¿porque? – ¡por altas razones políticas!! Cuales eran –

No prestar auxilio, dejar que fuese prisionero del enemigo, desarmado, enfermo y herido el mulato -Maceo-!!-

Oh! yo que he llorado y lloraré la muerte del que fue mi amigo, mi hermano más que mi jefe, yo que oído de

sus labios, las frases de desesperación que le producían la conducta desleal de los suyos. yo que pocos días antes de su muerte despues de leer unas cartas de Dominguez y Portuondo, me dijo: sino fuera quien soy dejaria esto; son muy miserables - ... a quién se referia yo no lo sé.

Ahora bien Sr. Director, creer que el General Maceo, se espusiera a una muerte cierta colocándose en un punto tan peligroso como lo hizo, punto que no era estrategico, él que en el arte militar habia pocos que lo aventajaran; eso es imposible él ante el dilema de una lucha que preveia contra ciertos elementos; y morir como su hermano José! Como buen cubano; como lo que era, como un gran corazón, prefirió morir en su puesto, frente al enemigo.

Dos palabras para concluir –

Todo lo que dice un tal Serrano, en su periódico, es falso- Con esta fecha escribo a su hijo para que el sea quien lo desmienta.

Ni ese Sr. me ha visto al lado del G. Maceo en cuyo puesto entre 15 de junio ni se hubiera permitido aconsejar lo que dice, por que – el G. Maceo que no admitia chismes, lo hubiera puesto en mi presencia, y le hubiera reventado la asquerosa figura que Dios le ha dado.

Y en cuanto a lo de Manuel Garcia, dice algo, pero no todo, y es que cuando fui alcalde perseguí a toda clase de bandidos y entre ellos á él, teniendo que acogerse a superiores autoridades para poder seguir viviendo a dos (ilegible).

U. dispensará Sr. Director estas líneas que nunca pensé escribir y dandole gracias es de U. attº. SSGJM

Máximo Zertucha..

P.D. Sobre el cadaver del General Maceo y a presencia del G. Dias juré no servir a ningún otro jefe en la Revolucion, cumplo mi juramento. Me retiro de mi país, pobre, no he ganado nada en la Revolucion, no puedo pasear ni derrochar el dinero sacado á sangre y fuego á mi país como otros muy patriotas hoy hacen.

No llevo mas que mí conciencia tranquila, honrada y el desengaño mas grande que puede tener un cubano: que merecemos el Gobierno que siempre hemos tenido!!

Vale.

* El documento original se encuentra en la Biblioteca de la Universidad Central de Las Villas. Fondo Francisco de Paula Coronado, manuscritos, vol.18, doc. 13.

Anexo 5

Carta del General de División Alejandro Rodríguez al Generalísimo Máximo Gómez.

General:

Cumpliendo el delicado encargo que se sirvió V. conferirme por medio de comunicación fecha 20 de junio último para dictaminar en la solicitud del Dr. Zertucha al efectuar su reincorporación al Ejército el esclarecimiento de las circunstancias que en su conducta para con la revolución concurren, tiene el honor de esponer: Que por ausencia de los T. Coroneles Loinaz é Iribarren designados para dictaminar conmigo haré de emitir mi cirterio personal en el asunto que es como sigue:

El Dr. Zertucha con fecha 20 de abril último ocurre a V. suplicándole, en el acto de su reingreso en el Ejército, se esclarezcan los hechos que le indujeron a acogerse al indulto enemigo el 10 de diciembre último, digo, de 1896 y su conducta durante sirvió en el Ejército y después en el pueblo de Melenas donde fijó su residencia para salvar su buen nombre y honor de cubano. Este Cuartel General accedió a la solicitud y dispuso lo necesario para que se inquiriesen los particulares conducentes a ese fin, nombrando una comisión presidida por mi que dictaminase después en vita de ellos.

Resulta de los informes adquiridos, verbales algunos y otros escritos que el Dr. Zertucha ingresó en la revolución el

6 de Enero de 1896 en clase de Médico y que tanto se distinguió en el desempeño de los cargos que se le confiaron que llegó a ser Coronel del Cuerpo de Sanidad Militar particular del Lugarteniente Antonio Maceo a quien asistió hasta los momentos de su muerte.

Que el día 10 de Diciembre de 1896 se acogió a indulto pasando a residir al pueblo enemigo de Melena del Sur, donde se negó a recibir cargos retribuidos que le ofrecían los españoles y entró a formar parte de la junta Separatista de Melena en clase de Secretario en cuyo puesto prestó importantes servicios a la Causa de la Independencia con sus escasos recursos pecuniarios hasta su vuelta a la guerra.

Que en cuanto a las causas que motivaron su desertión de nuestras filas, se explica perfectamente con la fuerte sacudida que produjera en su espíritu el cuadro imponente de la desaparición del malogrado General Maceo —su Jefe— a quien hasta entonces parecía respetar la muerte. Y si a eso se agrega la noticia que recibiera Zertucha, a raíz del infame suceso, de la extrema miseria a que se hallaba sumida su familia, no es extraño que en un temperamento exquisitamente nervio, asaltado por toda clase de temores y disgustos concluyera por caer en la locura de acogerse al indulto que por aquella época habían ofrecido los españoles: fatalísima resolución muy de lamentar en una personalidad de muy buenos antecedentes personales y que hasta aquellos momentos había sido una persona útil a la causa de Cuba, habiéndolo patentizado con el acto de que a pesar de su extravío no variaron sus sentimientos patrióticos.

Es cuanto tengo el honor de informar a Ud.

Campamento La Jaula, Agosto 12 de 1898.

El General de División,
(fmndo.) Alejandro Rodríguez.

Anexo 6*

Certificado de defunción de Antonio Maceo, expedido por Máximo Zertucha

Coronel Dr. Máximo de Zertucha y Ojeda —Médico del Cuartel General—

Certifico: como ha fallecido el día siete del corriente el Lugarteniente General Antonio Maceo Grajales a consecuencia de hemorragia interna producida por una herida de arma de fuego en la región del cuello --- así mismo certifico que el cadáver de dicho Superior Jefe, presentaba otra herida de la misma clase situada en la región de hipocondrio derecho _____

Y a petición del Sr. Jefe de Estado Mayor D. José Miró Argenter _____

espido la presente en S. Pedro (Prov^a. Habana) a siete de Dbre de 1896.

(Firmado) Máximo Zertucha

* Se publicó por primera vez por Luis Felipe Le Roy y Gálvez en su *Máximo Zertucha y Ojeda...* Ob. cit., p. 17. Ahí se señala que el original se conserva en poder de la señora Lucía Roble de Escalona. (Cortesía de su poseedora y del señor Juan Luis Martín). Reproducido en Gregorio Delgado Fernández y Rafael Soto Paz: *Dr. Máximo Zertucha...* Ob. cit., pp. 91-92.

Anexo 7

Carta abierta al General Máximo Gómez

Sr. Antonio San Miguel
(Director del Periódico «La Lucha», Habana)

Muy respetable señor: Como el día 17 del corriente se exhuman los restos del General Maceo y de Panchito Gómez, le agradecería la publicación de la adjunta carta. Puede usted corregir todo lo que le parezca en forma gramatical de mi escrito, dejando el fondo que es la verdad.

Suyo affmo. S.S
Doctor Zertucha

S/c. Melena del Sur, Calle 3 número 35
12 de septiembre de 1899.

GENERAL: Hoy 12 de septiembre, me he enterado de que el día 17 del actual serán exhumados los restos del Lugarteniente General Antonio Maceo y los del Capitán Francisco Gómez Toro.

No tengo tiempo para hacer historia, pero es de mi deber que yo, testigo presencial de los hechos, -diga cómo murió Antonio Maceo, cómo Francisco Gómez Toro. No haré comentarios, se los dejo al pueblo cubano.

No es mi ánimo hacer una descripción del combate de San Pedro: en otro lugar podrá verse en su día con todos sus detalles.*

Cómo fué sorprendido el campamento, en momentos en que el General Maceo dormía, yo me encontraba en el suelo, junto a su hamaca. Nos levantamos y montamos en nuestros caballos precipitadamente.

El doctor Guas (Carlos Guas Pagueras), de las fuerzas de La Habana, quien me había sido presentado por el General Maceo, me preguntó cual era su puesto, yo le dije que a mi lado. El General, machete en mano se dirigió al galope de su caballo por el camino real, hacía el punto de donde de percibían algunos disparos, seguido del brigadier Miró con Nodarse, Sauvanell, el doctor Guas y yo. Al llegar al camino que cruzaba el potrero de Norte a Sur, ordenó al Coronel Nodarse que se dirigiera al flanco derecho y le dijo: «Haga usted pelear a la gente». A Sauvanell le dió otra orden para el General Díaz (Pedro), y retrocedió por el camino antes andado, atravesando un portillo de piedra que daba paso a un cuartón pequeño, cuyo lindero Norte tenía una cerca de alambres que lo separaba de un palmar y un maniguazo, en cuyo punto, y detrás de una cerca de piedra, estaban atrincheradas las líneas enemigas.

Hacia el este lo limitaba un guayabal, dónde fue macheteada la guerrilla, avanzada de las fuerzas españolas al sorprender el campamento. Al Oeste y haciendo ángulo recto, continuaba el camino por donde habíamos entrado en el cuartón.

Los que acompañaban al General eramos el brigadier Miró, el doctor Guas y yo al lado izquierdo, y el doctor Guas se quedó a distancia junto al portillo por donde habíamos entrado.

No habían transcurrido cinco minutos de estar fijo en aquel lugar, cuando el General, tocando con el puño de su machete al brigadier Miró le dijo: «Esto va bien». La distancia que nos separaba del enemigo eran unos 80 metros más o menos. El estampido de los mausers era tan cercano, que costaba trabajo oír la voz, y el silbido de las balas era nulo: tan cerca estábamos de la línea de fuego del enemigo.

Apenas hubo acabado de decir el General Maceo las anteriores palabras, cayó por el lado izquierdo de su caballo como herido de un rayo lanzando su machete hacia delante



a considerable distancia. Tras él caí yo: lo encontré sin conocimiento; un arroyo de sangre negra salía por una herida que tenía al lado derecho de la mandíbula inferior, a dos centímetros de la sínfisis mentoniana. Introduje un dedo en su boca y encontré que estaba fracturada la mandíbula.

Su estado general indicaba a primera vista la gravedad. La algidez, el síncope, el pulso nulo y la palidez que aumentaba hasta el extremo de estar su rostro desconocido, me indicaba había sido herido y que la muerte era cercana. A los dos minutos a lo más tarde de ser herido, murió en mis brazos y con él cayo para siempre la bandera.

¿Y el General Miró? ¿Y el doctor Guas?. El segundo, cuando era herido el General, no estaba en el cuartón. Probablemente fue a cumplir con su deber con las fuerzas a que pertenecía. En cuanto al primero, merece párrafo aparte.

En medio del horrible e imponente fragor del combate, yo, enfermo, convaleciente, sin armas, pues no podía por mi debilidad soportar su peso, al ver a mi jefe, a mi amigo, a mi padre en la revolución caer herido de muerte, pedí auxilio al brigadier Miró y este, que montaba un brioso caballo, contestó a mis gritos con uno tan alto que sonó como un clarín en medio del combate: «¡Estoy herido!»

Esto me dijo, y espoleando el caballo partió como un rayo hacia el portillo que daba a la retirada. ¡Yo me quedé sólo! El caballo del General me cubría de los disparos enemigos. Aunque su cuerpo lanzaba sangre por donde quiera. El mio, que se había adelantado, paciendo (sic) en la yerba, había caído muerto. ¿Qué hacer?

En aquellos precisos momentos, mi General, se me presentó como un fantasma su hijo Panchito, acompañado de cuatro o cinco individuos. Al ver el cadáver gritó: «¡Han muerto al General! ¡Doctor, yo vengo a ayudarlo!» Y así lo hizo. Con sólo su brazo derecho, pues el izquierdo lo tenía inutilizado por una herida que recibió delante de las líneas de fuego, como lo que era, un valiente, en el combate de

La Gobernadora, ayudó a cargar el cadáver que colocamos entre todos sobre la montura mejicana del General, cuyo caballo, aunque mal herido se conservaba en pie. Yo tomé las riendas para dirigirlo hacia el portillo de salida. Un grito que nos llegó hasta el alma, fue lanzado por Panchito al caer al suelo, y con él el cadáver del General, quedando ambos juntos debajo del caballo. Me arrastré entre las yerbas, y lo ví que había sido herido por un proyectil mausers, que entraba en la décima y undécima costilla del lado derecho, salió por el costado izquierdo y en su salida hizo una granada abierta el codo del brazo del mismo lado.

Yo no llevaba mas que mi cartera, en la cual tenía un poco de algodón, yodoformo, y con este y el pañuelo de seda que llevaba al cuello le puse un apósito provisional.

Un jefe —no recuerdo quién— si fue el Coronel Nodarse, si fue otro, pues yo no veía, ni sentía (¡lloraba como un niño, General!) me ordenó que buscara medicamentos y pidiese auxilio al General Díaz. Junto a mi caballo muerto había otro alazán, suelto, sin jinete, me arrastré hasta él... montar y salir de aquel infierno, fué obra de un segundo.

Poco después vi a los jefes superiores, les manifesté lo sucedido, y me ocupé en curar a mi compañero Jústiz, herido de un balazo en el vientre, así como a casi todos los demás jefes que se encontraban heridos. Y cuando retorné al lugar del suceso, me encontré al Coronel Nodarse y le dije acongojado: «¡Han matado al General! ¡Se acabó la guerra...!» Nodarse me contestó: «¡A mi también me han matado!» Entonces pude enterarme de que un balazo le había atravesado el pecho y el hombro y que una hemorragia interna lo debilitaba.

Cuando llegué al pozo de Lombillo, llegaban también los cadáveres de Antonio Maceo y Francisco Gómez Toro que dos soldados habían encontrado después de la retirada del enemigo. Estaban presente a su llegada el General Díaz, Baldomero Acosta, Juan Delgado, A. Rodríguez, (Alberto),

sus ayudantes Piedra, Sauvanell, Sartorio, el brigadier Sánchez y yo. Al practicar el reconocimiento de los cadáveres exigí que estuviese presente el brigadier Miró, como Jefe de Estado Mayor que era del Cuartel General.

El General Díaz ordenó su busca. A la media hora se apareció. Hice el reconocimiento y encontré: en la herida del General Maceo, que su trayectoria era desde el punto indicado anteriormente, de la mandíbula, con atrofia en la región escapular y en la región del tercio inferior, con el tercio medio del borde inferior del homóplato. Tenía además otra herida en el vientre, pero tan superficial que no presentaba ninguna gravedad.

Reunido el consejo de generales, pues antes se me facultó para extraer una bala que tenía en el dorso y junto a las vértebras una bala de plomo que se alojaba en su cuerpo desde la guerra de los diez años. Pedí esa gracia por que el General Antonio Maceo me dijo un día: «Doctorcito: cuando yo muera me operará usted. Ya en Nueva York estuvieron preparados y no me operé».

El peine que usaba para su bigote, la bala que extraje y sus cartas son los sagrados recuerdos que me acompañan.

Las heridas del Capitán Francisco Gómez eran las siguientes:

Una en el hombro izquierdo en estado de cicatrización, recibida a mi juicio en el combate de La Gobernadora el 3 de diciembre de 1896. Otra que ya ha sido descrita, en el tórax y lado izquierdo. Otra entre la 3ª y 4ª costilla, en la región precordial, hecha por instrumento pérforo cortante; tres heridas cortantes en el occipucio, que ponían al descubierto el cráneo y las vértebras cervicales, hechas, al parecer, con un machete o sable. Retiré el pañuelo y algodón que cubrían su brazo y los guardé junto a los objetos preciosos que ya tenía del General Maceo.

Concluí mi obligación, me senté entre los dos cadáveres. Entonces recordé que había faltado a mis deberes, pues no

había curado de su herida al brigadier Miró. A presencia de todos los jefes dí mis excusas, y fui a ver la herida que le había hecho retirarse del lado de su jefe.

¡General: era mentira...! ¡No había tal herida! ¡Un ligero rasguño en la parte anterior del muslo, había hecho que cobardemente abandonara a su Jefe herido, frente al enemigo; ese a quien Ud. le dio por semejante acción, el grado de General de División...!

José Miró y Argenter, que todo se lo debía al General Maceo. El General Miró, de quien fuimos esclavos los doctores Hugo, Cowley y yo, por el cariño que le profesaba Maceo, ese... huyó con un buen caballo!

Ese ¡ha publicado multitud de folletos llenos de mentiras! Ese ¡fue quien tuvo la culpa de la muerte de su hijo, de nuestro compañero, de nuestro amigo, del valiente, del digno hijo de usted, Gral. Gómez, pues si él me hubiera ayudado, no habrían profanado el cadáver del General los guerrilleros españoles y su hijo no hubiera muerto.

Después de esto, General yo le dije al hoy Comandante Sauvanell, en muy alta voz, el asco que me inspiraba la cobardía de ese señor Miró, y él lo supo. ¿Y sabe Ud. lo que pretendió? Ejecutar aquel refrán que dice que muerto el perro...ect. Ya se vé. Yo era el único que podía probar su cobardía.

Y como dice, me presenté. ¡Me encontré a mi hijo vendiendo helados a los soldados. Me encontré que mientras los jefes de la Revolución en La Habana comían, yo, en Pinar del Río, donde se batía el cobre, donde no había majases, donde no había diplomáticos, si no mucha bala y mucha abnegación y mucho sufrimiento, tenía abandonados a mis pobres hijos, que habían quedado al amparo de los que hoy son ricos, siendo antes pobres, y yo pobre habiendo sido rico.

Todos los jefes de la revolución de la clase militar me quieren: los facultativos...¡Envidia medicorum pessim...!!

Dr. Zertucha



P.D. —En el campamento «Loma del Hambre», el día 8 de diciembre entregué al brigadier Miró los certificados de los reconocimientos del General Maceo y Panchito Gómez. Esto fué a presencia del General Díaz ¿Se los ha entregado? —Vale.

* En mi obra inédita titulada «De Waterloo a San Pedro. Invasión de Pinar del Río». [Esta obra al parecer nunca fue publicada, pues no la he encontrado ni ha sido referenciada por ningún autor].

Fuentes consultadas

- ALBANÉS Y PEÑA, WILFREDO: *José Miró Argenter*, Artes Gráficas, Santiago de Cuba, 1929.
- ÁLVAREZ ESTÉVEZ, ROLANDO: *Mayor general Carlos Roloff Mialofsky. Ensayo biográfico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.
- ÁLVAREZ FUENTES, GERMÁN: José Miró Argenter: discurso pronunciado en el senado de la República 4 de marzo de 1952, Imprenta P. Fernández y Cia. S. en C., La Habana, 1952.
- MACEO, ANTONIO: *Diarios de campaña*, Compilación, introducción y notas de Aisnara Perera Díaz, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
- APARICIO, RAÚL: *Hombradía de Antonio Maceo*, Ediciones Unión, La Habana, 1967.
- BACARDÍ MOREAU, EMILIO: *De Cuba a Chafarinas. El denunciante de Pintó. Epistolario*, Playor, Madrid, 1973.
- BOZA, BERNABÉ: *Mi diario de la guerra. Desde Baire hasta la intervención americana*, tomo 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- BRONSON REA, GEORGE: *Facts and fakes about Cuba*, Munro's Sons, New York, 1897.
- CASTELLANOS, GERARDO: *Francisco Gómez Toro. En el surco del Generalísimo*, S/E, La Habana, 1932.
- CASTELLANOS GIL, JOSÉ MANUEL: *La masonería española en Cuba*, Litografía Romero, Centro de Cultura Popular Canaria, S/A.

COLLAZO, ENRIQUE: *Desde Yara hasta el Zanjón. Apuntaciones históricas*, Centenario 1868, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.

DELGADO FERNÁNDEZ, GREGORIO Y RAFAEL SOTO PAZ: *Dr. Máximo Zertucha, médico del lugarteniente general Antonio Maceo*, Cuadernos de Historia de la Salud Pública, número 82, Editorial Ciencias Médicas, La Habana, 1997.

DELGADO GARCÍA, GREGORIO: *Conferencias de Historia de la Administración de la Salud Pública en Cuba*, Cuadernos de Historia de la Salud Pública, número 81, Editorial Ciencias Médicas, La Habana, 1996.

-----: *Historia de la enseñanza superior de la Medicina en Cuba (1900-1962)*, Cuadernos de Historia de la Salud Pública, número 107, Editorial Ciencias Médicas, La Habana, 2011.

DEL ROSAL VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN, ANTONIO: *En la manigua, diario de mi cautiverio*, Ediciones Huracán, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2013.

DE QUESADA Y MIRANDA, GONZALO: *La revolución de los médicos, anecdotario martiano*, Ediciones Patria, La Habana, 1948. *Documentos inéditos de José Martí a José D. Poyo*, compilado por Luis Alpízar Leal, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1994.

DUANY DESTRADES, LÍDICE: *Aproximación a la muerte de Antonio Maceo y Francisco Gómez Toro*. En: Portuondo Zúñiga, Olga; Escalona Chádez, Israel; Fernández Carcassés, Manuel (coordinadores): *Aproximaciones a los Maceo*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005. Escalante Colás, Amels; Jiménez González, Angel; Gómez Balboa, Francisco; Sautié Mohedano, Pedro; Sánchez Rodríguez, Juan y Ferrás Guerrero, Alcides: *Diccionario enciclopédico de Historia Militar de Cuba*, Primera parte (1510-1898), tomo I, Biografías,

- Centro de Estudios Militares, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2001.
- ESCALONA CHÁDEZ ISRAEL, Torres Elers Damaris A. (Coordinadores). *Dos titanes en la historia y la cultura cubanas*, Ediciones Santiago, 2016.
- ESTÉVEZ RIVERO, SANDRA: *Breve acercamiento a la vida y obra de Francisco Federico Falco*. En: Estévez Rivero, Sandra; Fabritis, Antonio de; Aguilera Hernández, Julieta; Morales Tejeda, Aida Liliana (coordinadores): *El néctar italiano en la cultura santiaguera*, Maretti Editore, Italia, 2012.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, MARTHA MARÍA: *José Miró Argenter: el catalán mambí*, Ediciones Holguín, Holguín, 2005.
- FLEITAS SALAZAR, CARLOS RAFAEL: *Medicina y sanidad en la historia de Santiago de Cuba. 1515-1898*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2003.
- FRANCO, JOSÉ LUCIANO: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, tomo III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- GARCÍA DEL PINO, CÉSAR: *Mil criollos del siglo XIX. Breve diccionario biográfico*, Ediciones especiales, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2013.
- GÓMEZ, MÁXIMO: *Francisco Gómez Toro. Recuerdos dedicados a la familia y a sus amigos*, Imprenta de La República, La Habana, 1897.
- GONZÁLEZ BARRIOS, RENÉ (EDICIÓN CRÍTICA): *Apuntes autobiográficos de Ricardo Batrell Oviedo*, Editorial de Ciencias Sociales y Editora Historia, La Habana, 2014.
- GRINÁN PERALTA, LEONARDO: *La muerte de Antonio Maceo (Causas y consecuencias)*, Impresor: A. Ríos, La Habana, 1941.
- : *ANTONIO MACEO. Análisis caracterológico*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2011.

GUÍA DE FORASTEROS en la Siempre Fiel Isla de Cuba para el año Económico de 1893-94, Imprenta Gob. General, La Habana, 1893.

HELG, ALINE: *Our rightful share*, The University of North Carolina, Press Chapell Hill, London, 1995.

HODELÍN TABLADA, RICARDO: *Enfermedades de José Martí*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007.

IBARRA CUESTA, JORGE: *Encrucijadas de la guerra prolongada*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008.

LE ROY Y GÁLVEZ, LUIS FELIPE: *Sobre la muerte del capitán Francisco Gómez Toro*, Imprenta Cárdenas y Compañía, La Habana, 1952.

LE ROY Y GÁLVEZ, LUIS FELIPE: *A cien años del 71. El fusilamiento de los estudiantes*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971.

LÓPEZ SÁNCHEZ, JOSÉ: *Ciencia y Medicina. Historia de las Ciencias*, Editorial Científico-Técnica, Ciudad de La Habana, 1989.

MÁRQUEZ FARIÑAS, JOSÉ MIGUEL: *Entorno de un insigne mambí*, La Habana, Editora Política, La Habana, 2014.

MARQUINA, RAFAEL: *Antonio Maceo. Héroe epónimo*, Editorial Lex, La Habana, 1943.

MARTÍNEZ-FORTÚN Y FOYO, JOSÉ A: *Cronología médica cubana. Contribución al estudio de la Historia de la medicina en Cuba*, Edición Mimeografiada, La Habana, 1948.

-----: MARTÍNEZ-FORTÚN Y FOYO, JOSÉ A: *Cronología Médica Cubana. Contribución al estudio de la historia de la Medicina en Cuba*, fascículo X, edición mimeografiada, La Habana, 1957.

MINISTERIO DE LAS FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS: *Selección de textos sobre la historia de la logística militar cubana. 1868-1898*, tomo I, tercera parte, Ejército Libertador de Cuba (Mambí), Tradiciones, edición mimeografiada, La Habana, 1990.

- MIRANDA ÁLVAREZ, AURELIO: *Historia documentada de la masonería en Cuba*, Molina y compañía impresores, La Habana, 1933.
- MIRÓ ARGENTER, JOSÉ: *Crónicas de la Guerra*, tomo III, Ediciones Huracán, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.
- MOURLOT MERCADERES, JOEL NICOLÁS: *Heroísmo y síntesis en Antonio Maceo*. En Colectivo de autores: *Visión múltiple de Antonio Maceo*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1998.
- PADRÓN VALDÉS, ABELARDO H: *Panchito Gómez Toro. Lealtad probada*, Casa Editora Abril, La Habana, 2008.
- PAPELES DE MACEO*, tomo II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.
- PÉREZ GUZMÁN, FRANCISCO: *La guerra en La Habana. Desde enero de 1896 hasta el combate de San Pedro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- : *Radiografía del Ejército Libertador, 1895-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- PIEDRA MARTEL, MANUEL: *Mis primeros treinta años*, Ediciones Minerva, La Habana, 1943.
- : *Memorias de un mambí*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.
- PORTUONDO DEL PRADO, FERNANDO: *Historia de Cuba, 1492-1898*, sexta edición (segunda impresión), Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965.
- REVERTÉR DELMAS, EMILIO: *Cuba española. Reseña histórica de la insurrección cubana en 1895*, ilustrada por Francisco Pons. En: Weyler, tomo II, Centro Editorial de Alberto Martín, Barcelona, 1899.
- ROMAY GUERRA, ZULEICA: *Elogio de la altea o las paradojas de la racialidad*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2012.

-----: *Cepos de la memoria. Impronta de la esclavitud en el imaginario social cubano*, Ediciones Matanzas, Matanzas, 2015.

SARMIENTO RAMÍREZ, ISMAEL: *El ingenio del mambí*, tomo II, *Bronce*, Colección Historia, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008.

SOSA BRAVO, ZOE: *Antonio Maceo en la historiografía cubana. El tratamiento a aspectos controvertidos de su biografía*, Editorial del Caribe y Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2015.

SOULERE, EMILIO AUGUSTO: *Historia de la insurrección de Cuba (1869-1879)*, Establecimiento Tipográfico Biblioteca Hispanoamericana, Barcelona, S/A.

TORRES-CUEVAS, EDUARDO: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, segunda edición corregida y aumentada, Academia de Ciencias de Cuba, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2012.

-----: *Historia de la masonería cubana. Seis ensayos*, tercera edición, Academia de Ciencias de Cuba, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2013.

VALDÉS DOMÍNGUEZ, FERMÍN: *Los voluntarios de La Habana en el acontecimiento de los estudiantes de Medicina por uno de ellos condenado a seis años de presidio*, Imprenta de Segundo Martínez, Madrid, 1873.

-----: *Diario de soldado*, tomo primero, Colección Documentos no. 8, Centro de Información Científica y Técnica, Universidad de La Habana, La Habana, 1972, y tomo tercero, Colección Documentos no. 10, Centro de Información Científica y Técnica, Universidad de La Habana, La Habana, 1974.

VARGAS ARAYA, ARMANDO: *El código de Maceo. El general Antonio en América Latina*, Academia de Ciencias de Cuba, Colección Historia-Academia, Imagen Contemporánea, La Habana, 2012.

VARONA GUERRERO, MIGUEL: *La guerra de independencia en Cuba*, Editorial Lex, La Habana, 1946.

VESA Y FILLART, ANTONIO: *Historial del Regimiento de Caballería de Jaruco y de su estandarte. Disposiciones generales acerca de los movimientos de voluntarios y recompensas que le han sido concedidas*, s/e, Madrid, 1908.

WEYLER, VALERIANO: *Mi mando en Cuba (10 febrero 1896 á 31 octubre 1897)*, tomo tercero, Imprenta, litografía y casa editorial de Felipe González Rojas, Madrid, 1910.

YANES, TOMÁS R: *Anuario médico social de Cuba*, s/e, La Habana, 1937.

ZARRAGOITÍA LEDESMA, LEOPOLDO: *Biografía de Antonio Maceo a través de doce momentos decisivos de su vida*, Editorial Lex, La Habana, 1945.

Hemerográficas:

Caserón, revista del Comité Provincial de la Uneac en Santiago de Cuba

Cuadernos de Historia de la Salud Pública

Honda, revista de la Sociedad Cultural José Martí

Periódico *Acción Ciudadana*

Periódico *El Fígaro*

Periódico *Juventud Rebelde*

Periódico *La Caricatura*

Periódico *La República Cubana*

Periódico *Patria*

Periódico *Sierra Maestra*, suplemento *El Cubano Libre*

Revista *Bohemia*

Revista *Cubana de Medicina General Integral*

Revista *Cubana de Medicina Militar*

Revista *Cúspide*

Revista *Del Caribe*, publicada por la Casa del Caribe en Santiago de Cuba



MÁXIMO ZERTUCHA, MÉDICO DE ANTONIO MACEO

Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Revista de Medicina y Cirugía de La Habana

Revista de la Universidad de La Habana

Revista Mediciego

Revista Medisan

Tabloide Antonio Maceo en nosotros, publicación especial por el 165 natalicio del Titán de Bronce, auspiciado por la Uneac, la OCC y la Unhic, Santiago de Cuba, 14 de junio de 2010

Documentales:

Archivo de la Oficina del Historiador del Minsap

Archivo Histórico de la Universidad de La Habana

Archivo Nacional de Cuba

Archivo Personal de la Dra.C. Daysi Cué Fernández

Archivo Personal del Dr. C. Israel Escalona Chádez

Archivo Personal del Dr. C. Reinaldo Suárez Suárez

Índice

Prólogo/	11
Visión de un historiador/	13
Introducción/	19
Primeros años/	23
- Familia, estudios y graduación/	23
- La reválida en Cuba /	34
- El matrimonio y su labor en otras funciones/	39
Incorporación a la sanidad mambisa/	45
- Antecedentes del Cuerpo de Sanidad/	45
- Incorporación a la contienda independentista/	53
- La masonería y su relación con la designación de Zertucha como médico de Maceo/	63
Acontecimientos y acusaciones/	77
- Los sucesos de San Pedro/	77
- Visión de las acusaciones desde el extranjero/	92
- Apreciaciones en Cuba/	110
La defensa/	123
- El médico se defiende/	123
- Opiniones de mambises/	128
- Otras opiniones favorables/	134
- La desinformación/	142
- Inconsistencias en la obra de Miró y sus desavenencias con Zertucha/	149
- Reincorporación a las filas mambisas/	158
Últimos años/	161
- Deserciones en las filas mambisas /	161

MÁXIMO ZERTUCHA, MÉDICO DE ANTONIO MACEO

- Exhumación de los cadáveres/ 168

- Las versiones de Zertucha/ 171

- Discrepancias finales, enfermedad

y muerte del galeno/ 175

Anexos/ 181

Anexo 1: Declaración del Dr. Máximo de Zertucha

y Ojeda ante la comisión nombrada para investigar

las causas de su acogida a indulto el 9 de diciembre

de 1896 y presidida por el General de División

Alejandro Rodríguez/ 181

Anexo 2: Habla Zertucha/ 189

Anexo 3: Declaraciones del doctor Máximo Zertucha

ante el Consejo de Guerra que se celebró el

día 21 de abril de 1898/ 196

Anexo 4: Carta del Dr. Máximo Zertucha

al director del periódico New Herald de Nueva York/ 198

Anexo 5: Carta del General de División

Alejandro Rodríguez al Generalísimo Máximo Gómez/ 203

Anexo 6: Certificado de defunción

de Antonio Maceo, expedido por Máximo Zertucha/ 205

Anexo 7: Carta abierta al General Máximo Gómez/ 206

Fuentes consultadas/ 213

